

# LITERATURA CHILENA

creación y crítica

ABRIL / JUNIO / PRIMAVERA de 1984

EDICIONES DE LA FRONTERA / LOS ANGELES, CALIFORNIA

XXVIII

# SUMARIO

Vol. 8 \*\*\* No. 2

Año 8. ••• No. 28

LITERATURA CHILENA, creación y crítica  
ABRIL / JUNIO de 1984

Editorial	<b>1</b>	Los partidos políticos
Pedro Bravo Elizondo	<b>2</b>	Tarapacá, novela olvidada de la era del salitre
Carlos Droguett	<b>7</b>	Guillermo Araya, el amigo que jamás conocí
José María Naharro	<b>16</b>	Nueve poemas
Mario Ferrero	<b>17</b>	Diez poemas
Carlos Bolton	<b>18</b>	Trece poemas
Antonio Campaña	<b>19</b>	Seis poemas
Ana Vásquez	<b>20</b>	Pequeñas revoluciones sin importancia
Pedro Meléndez	<b>24</b>	Momentum
Rodrigo Quijada	<b>25</b>	Coyunturas
Carlos Lozano	<b>26</b>	Manuel Rojas: instantes humanos
David Valjalo	<b>27</b>	Bibliografía de Luis Merino Reyes
Eduardo Carrasco	<b>28</b>	Conversaciones con Matta
Teresinka Pereira	<b>32</b>	Teatro de Juan Radrigán, Hurtado / Piña / Vidal
Marcelo Coddou	<b>32</b>	Contradiccionario de Eduardo Llanos
Hernán Castellano Girón	<b>33</b>	El jardín del lado de José Donoso
A. Alejandro Bernal	<b>33</b>	Historia de la literatura infantil chilena de M. Peña
Emma Sepúlveda-Nolan	<b>34</b>	Las desterradas del paraíso de Marjorie Agosín
Fernando Alegría	<b>34</b>	Piano-Bar de solitario de Poli Délano
Francisco A. Lomelí	<b>35</b>	José María Arguedas de Silverio Muñoz

Las ilustraciones del presente número corresponden a grabados de  
Carlos Hermosilla Alvarez.

### DIRECCION COLEGIADA

† Guillermo Araya  
Armando Cassigoli • David Valjalo

### CONSEJO EDITORIAL

#### LITERATURA

Jaime Concha / Juan Armando Epple  
Luis Eyzaguirre / Juan Loveluck  
Naín Nomez / Miguel Rojas Mix  
Grinor Rojo / Víctor M. Valenzuela

#### PLASTICA

René Castro / Mario Toral

#### CINE

Patricio Guzmán

#### MUSICA

Patricio Manns

#### TEATRO

Jorge Díaz

### COMITE DE SOLIDARIDAD

Claudio Arrau, Presidente

Fernando Alegría / Nemesio Antúnez  
Carlos Droguett / Juan Pablo Izquierdo  
Miguel Littin / Juan Orrego Salas  
Roberto Matta

David Valjalo, Editor

Ana María Velasco, Asistente del Editor

Editado por Ediciones de la Frontera  
Los Angeles, California

Copyright, Literatura Chilena, creación y crítica  
International Standard Serial Number  
(ISSN) 0730-0220

Publicación Trimestral

Enero / Marzo (Invierno)  
Abril / Junio (Primavera)  
Julio / Septiembre (Verano)  
Octubre / Diciembre (Otoño)

Los partidos políticos son las organizaciones que se da la ciudadanía para canalizar su pensamiento y acción cívicas. En un desenvolvimiento institucional normal unos ejercen el poder, mientras que los otros realizan el control y la fiscalización. Esto es determinante en la manifestación soberana de los ciudadanos como resultado del sufragio directo.

El partido que no cuenta con la aceptación de la manifestación ciudadana es reemplazado en el ejercicio del poder, alternándose de esta manera la dirección política.

En nuestro país, de acuerdo con la última constitución válida, este plazo era de seis años. No resistimos la tentación de citar nombres y fechas, cifras y porcentajes del proceso del último medio siglo, para refrescar la memoria de quienes lo necesiten. Alessandri (Arturo) —1932— derrota la tendencia de los restos del militarismo; Aguirre Cerda —1938— derrota a Ross (gobierno); González —1946— derrota a Alessandri (Fernando), candidato de gobierno; Ibáñez —1952— derrota a Alfonso (gobierno). Sigue esta tendencia con la continua derrota de los partidos en el poder: Alessandri (Jorge) —1958—; Frei —1964— y Allende —1970—. Ampliamos estas consideraciones entregando desde 1946 los porcentajes obtenidos por la suma de los candidatos de oposición en contra del gobierno en la fecha respectiva: año 1946 - 70.5% / 1952 - 80% / 1958, la oposición obtiene el 100% ya que el ibañismo no tuvo heredero / 1964 - 95% / y por último en 1970 (gobierno de Frei), la oposición (Allende + Alessandri) obtiene el 72%.

Una conclusión definitiva de acuerdo con estos antecedentes es la siguiente: los resultados electorales siempre fueron desfavorables a los partidos en el poder, efectuándose por lo tanto un reemplazo en el ejercicio del mismo. La sola excepción, Ríos Morales. Justificamos esto en el éxito sin precedentes del corte gobierno de don Pedro —diciembre 1938/noviembre 1941— y del importante factor externo como fue la Segunda Guerra Mundial.

O sea, cada seis años el partido (o la combinación de partidos) que gobernaba era desplazado del poder, por mandato constitucional manifestado en las urnas.

En la actualidad este proceso no se ha realizado por un lapso casi equivalente a dos períodos presidenciales normales. El poder aparentemente es ejercido por las fuerzas armadas en forma colectiva. La verdad es que el partido político gobernante se llama ejército, organización que si la consideramos como tal goza además de su monopolio hegemónico, de la ventaja de ser financiado por el presupuesto nacional, contando a lo largo del territorio con locales gratuitos, uniformes, servicios de utilidad pública (teléfonos, agua potable, luz eléctrica, calefacción, aire acondicionado, telégrafo, correos, etc.). Decimos que el ejercicio del poder está en manos del ejército pero la verdad es que por jerarquía de mando (heredada de la disciplina prusiana) éste es un monopolio individual de una persona.

Se agudiza esta preponderancia ya que por un lado las fuerzas policiales (carabineros) no cuenta con dotación en conglomerado concentrado. La armada y la fuerza aérea, aparte de la inferioridad numérica, necesitan de elementos controlados desde tierra.

Como conclusión el poder que por mandato constitucional reside en la ciudadanía, ahora es ejercido por la fuerza bruta y las determinaciones que normalmente deben corresponder al pueblo son realmente determinaciones unipersonales.

# TARAPACA, NOVELA OLVIDADA DE LA ERA DEL SALITRE

□ PEDRO BRAVO-ELIZONDO

El salitre por su significación histórica en el desarrollo económico de Chile (1880-1930), y su alcance en las luchas sociales y organizativas del movimiento obrero chileno, fue un motivo persistente en la literatura chilena. A través de poemas, narraciones y novelas, sus autores anotaron no sólo el testimonio de una época, hoy conocida entre los estudiosos como la Era del Salitre, sino una muestra de la imprenta que tal período dejara en ellos. (1)

Iquique, durante algunos años el puerto salitrero más importante de la zona, cuenta con una de estas obras, *Tarapacá*. La novela se identificaba de esta manera:

T A R A P A C A

*Novela local, debida á la pluma*

*del escritor don*

JUANITO ZOLA

*Editores:*

*Oswaldo López y Nicanor Polo*

*Iquique*

*Imprenta de El Pueblo— Serrano 83*

1903



En la dedicatoria, "A los obreros de Tarapacá", Juanito Zola advertía:

"Cuando viví en esa árida y desolada Pampa del Tamarugal, compartiendo con vosotros las vicisitudes de una existencia triste y afrentosa, germinó en mi cerebro la idea de escribir una novela, que fuera algo así como una historia de lo que ocurre en la rica provincia de Tarapacá, teatro de muchas proezas y de grandes crímenes.

(...)

*Tarapacá*, no es un monumento literario, ni siquiera una obra de mediano valor intelectual; pero posee el mérito de tener su fuente en la verdad, y de ser escrita por un hijo del pueblo, honrado y sincero como todos los hombres de su clase.

Recibid, pues, la novela que os dedico, como una muestra de compañerismo y estimación.

Santiago, 1o. de septiembre de 1903."

Oswaldo López, tras la huella del naturalismo francés (2) - la novela como indagación social - presenta el cuadro completo de la situación creada por la riqueza salitrera en el Norte. El narrador es portavoz de la realidad político-social, y su registro del mundo ambiente corresponde a la transposición literaria que caracteriza el naturalismo y la concepción utilitaria de la literatura.

López con *Tarapacá*, es el primer escritor chileno y latinoamericano que escribe un *Germinal* "a la Zola" en tierras americanas. (3) La razón: el proceso industrial en la zona Norte con una alta concentración de trabajadores, y los enfrentamientos periódicos entre capital y trabajo. Recuérdense las huelgas generales de julio de 1890 y la de diciembre y enero de 1902, dirigida por la Combinación Mancomunal de Obreros, ambas de Iquique. La primera terminó en un enfrentamiento con las fuerzas armadas. Consciente de su modelo literario, la oficina salitrera foco de interés de la narración, se llama "Germinal"; en el plano metafórico apunta al despertar de la conciencia obrera pampina, a través de la acción del protagonista, y a la idea implícita ya en Zola del alzamiento revolucionario en el mes de *germinal* (10. de abril de 1795 durante la Convención). El autor no necesita literaturizar las condiciones de vida de los obreros pampinos para igualarlos a la explotación de los mineros carboníferos de *Germinal* (1885). *Tarapacá* se adscribe más a la técnica documental e historicista, que a la estrictamente literaria. Y no otra cosa persigue el autor. Denuncia la corrupción administrativa en la provincia, los abusos patronales, el manejo de las salitreras por los ingleses, la vida en los prostíbulos frecuentados por la burguesía iquiqueña de la época, y como un gran trasfondo, la preparación de un movimiento huelguístico que termine de una vez para siempre con el poder omnímodo de los salitreros. En este sentido utilizamos el término documental, en cuanto relata la trayectoria de personajes reales con un trasfondo sincrónico de sucesos ocurridos en la pampa salitrera. Con estos elementos, el autor representa el espacio salitrero.

Como novela de tendencia política, el autor busca la identificación del lector con la historia y el trasfondo de los hechos. Para verificarlos, basta conocer el Iquique y la pampa salitrera del 1900, donde imperan las grandes compañías y su secuela de corrupción, la politiquería y el caciquismo fiel reflejo de la actividad política chilena, las primeras huelgas ya mencionadas. Más que en ninguna otra región, la "cuestión social" es un problema latente en la vida laboral nortina.

La trama se desarrolla en dos planos paralelos que se confundirán al final en uno solo: el aniquilamiento de la base de sustentación del capitalismo salitrero. Uno de los planos es la vida del obrero Juan Pérez y el otro, la del empleado Luis García, arribista, quien llega a convertirse en administrador de *Germinal*. Aunque sus vidas no se entrecuzcan, sus acciones afectan sus destinos. García, hijo de clase media, educado a un nivel en que al menos podía distinguir el bien del mal, dice el narrador, es atrapado por la vida fácil y el ambiente en que se mueve; Juan Pérez, con una visión político-ideológica del mundo, no sólo vence y supera su entorno, sino que lo modifica y transforma con su indoctrinación.

Pérez, socialista, era un convencido *de que la salvación de los hijos del pueblo, estribaba en una fusión de todos ellos, (por eso) no tuvo otro objetivo que el de constituir una gran federación de obreros, una sociedad vasta y bien organizada, de la que ningún operario se sustrajese. Y pensó*

*que esa institución gigantesca, extendida desde Zapiga hasta Lagunas, podía convertirse en la República del Trabajo, la que se iniciaría con una Fiesta roja, que hiciera conmovir los cimientos en que descansa la República burguesa (p. 24).*

Con el planteamiento de tales temas y motivos, es fácil entender el distanciamiento que el autor busca mediante la dedicatoria fechada en Santiago y el seudónimo.

La llegada a Iquique del joven Luis García, quien venía a "probar la suerte" en la Metrópoli del Norte, sirve como pretexto al autor para entregar una vívida descripción del Iquique de 1900: *Desde abordó miraba los grandes caracteres que se destacaban sobre las bodegas vecinas a la playa. Leía Lockett Bros. y Ca., Inglis Lomax y Ca., Gildemeister y Ca., Gibbs y Ca., y pensaba que los ingleses y alemanes, con ese espíritu absorbente que los caracteriza, habían monopolizado la industria salitrera, convirtiendo la región del nitrato en un feudo sajón. Recordaba que el Presidente Balmaceda, aquel espíritu grande y netamente chileno, a cuya muerte se suicidó la política recta, quiso nacionalizar la industria del salitre, previendo con su clarividencia los atropellos que cometerían esos albioneses y teutones que habían venido a Chile en busca de esclavos a quien explotar (sic). Esos Lockett, Gibbs, Lomax e Inglis, encabezados por aquel plebeyo soberbio que en Inglaterra se hizo noble debido a sus millones de libras, que se llamó Mr. North o por otro nombre, el "Rey del Salitre", fueron los que azuzaron al pueblo, el 91, a que desconociese el gobierno de Balmaceda, y facilitaron armas y dinero, para conseguir la caída del último Presidente honrado de Chile.*

*¡Qué fea encontraba la ciudad, encajada en una llanura árida, sin asomos de vegetación! Los edificios, casi todos de un solo piso, se achataban sobre la improductiva tierra, dejando paso a dos únicas eminencias, dos aristas que simbolizaban cosas distintas, pero que tenían su origen en el fanatismo: la torre de la Iglesia Parroquial y la Plaza Prat (pp. 45-46).*

La referencia a Balmaceda no es gratuita. Su viaje a la región salitrera (Marzo de 1889), según Encina, (4) le permitió "hacer declaraciones sensacionales que repercutiesen en la conciencia nacional y preparasen el terreno para un cambio de orientación en la política salitrera. En el peor de los casos, sería un gesto de dignidad y entereza delante del próximo arribo de North y de los proyectos que traía entre manos". Balmaceda llega a Iquique el 7 de marzo (North y su comitiva al puerto de Coronel el 16 del mismo mes) y el día 9 en un banquete celebrado en la Filarmónica, para 600 invitados, el Presidente pronuncia el discurso que motivó su viaje.

*Mis conciudadanos tienen sus ojos fijos en Tarapacá, porque de esta región mana la substancia solicitada en todos los mercados del mundo para rejuvenecer la tierra envejecida y porque somos los transformadores necesarios de las fuerzas productivas de la superficie cultivada por las manos del hombre. La extracción y elaboración corresponde a la libre competencia de la industria misma; mas la propiedad nacional es objeto de serias meditaciones y de estudios. La propiedad particular es casi toda de extranjeros y se concentra exclusivamente en individuos de una sola nacionalidad. Preferible sería que aquella propiedad fuese también de chilenos.*

*La próxima enajenación de una parte de la propiedad salitrera del Estado, abrirá nuevos horizontes al capital chileno si se modifican las condiciones en que gira y se corrigen las preocupaciones que lo retraen. La aplicación del capital chileno en aquella industria producirá para nosotros los beneficios de la exportación de nuestra propia riqueza y la regularidad de la producción, sin los peligros de un posible monopolio.*

Proseguía luego el Presidente refiriéndose al papel del Estado, que debía "resguardar la producción y su venta y frustrar en

toda eventualidad la dictadura industrial en Tarapacá". Alude específicamente Balmaceda a las Combinaciones salitreras, esquema desarrollado por los productores para controlar la producción mediante cuotas y obtener el más alto precio en el mercado mundial. Durante su presidencia (1887-1891) se opuso a la Segunda Combinación, cuyo líder era John Thomas North. (5)

Para los chilenos informados, no fue sorpresa mayor que al producirse la contrarrevolución del 91, el asiento del gobierno alzado fuese Iquique. Este discurso en su esencia fue la divisa que levantaron los líderes obreros pampinos y que llega como legado a los partidos de izquierda y de avanzada en la historia política de Chile. No podía el narrador de *Tarapacá*, en su novela del salitre, dejar pasar un comentario como el que provocan estas líneas. Hay otra observación interesante. Es la referente a los dos edificios que sobresalen a la vista del "recién llegado": la Iglesia Parroquial y la Plaza Prat. La primera obedece al anticlericalismo propio de las luchas sociales y a la posición ideológica del narrador, y el segundo al sentimiento antibélico, producto de lo acontecido con la Guerra del Pacífico. (6) Juan Pérez, ex-soldado del 79, reflexiona en varias oportunidades sobre las proyecciones de tal acontecimiento para el pueblo chileno:

*Pasó la guerra; en los campos del Perú, quedaron miles de chilenos muertos, abonando tierra extraña; los que regresaron, lo hicieron inválidos o extenuados por las fatigas de la campaña; el país adquirió la valiosa zona salitrera; el oro entró en abundancia en las arcas fiscales; y los famosos dirigentes, vieron repletos sus profundos bolsillos. Al pueblo no se le dio ninguna participación en el reparto; se le eliminó de toda recompensa; se le dio el pago de Chile (p. 300).*

Su antimilitarismo queda de manifiesto a lo largo de la novela. En su prédica a los obreros, insiste que el ejército es una extensión de la burguesía, de la aristocracia que los utiliza a su amaño. En otra cita, comenta Juan Pérez, *(La guerra del Pacífico sirvió solamente) a los aristócratas, los que no pusieron su pecho al frente, los que se quedaron en la capital, aglomerando los rebaños que mandaban a los mataderos de Tacna, Chorrillos y Miraflores. Para los obreros que habían abandonado todo, sufriendo las privaciones de las campañas y quedando tendidos en los campos de batalla, no existía ningún premio. Habían ido a pelear, porque ése era su deber, porque era obligación de los pobres, sacrificarse por los ricos (pp. 12-13).*

En la explotación del salitre intervenían principalmente en el plano laboral, cuatro nacionalidades: peruanos, bolivianos, argentinos y chilenos. En el administrativo y de "management" los extranjeros, especialmente los ingleses; "los yoneses" decía la prensa obrera. El contador de Germinal, la oficina salitrera, es Mr. Jones. La explicación puede entenderse con una cita: *La influencia que los inmigrantes ingleses tenían, era desproporcionada a su número. Esto se debía a que a menudo trabajaban para firmas financiadas con capital inglés, las que controlaban gran parte de la minería, Bancos y transportes (...). En Chile, las más grandes inversiones inglesas estaban en la explotación del salitre, lo cual trajo a miles de ingenieros, gerentes y capataces al lejano Norte. Llegaron a ser tan numerosos y poderosos en la región que un viajero se refirió a los habitantes chilenos en Iquique, como "la Colonia chilena (7)".*

Mr. Jones es quien adentra a Luis en las relaciones públicas de la oficina cuando éste se hace cargo de Germinal, gracias a sus amoríos con la esposa de Mr. Chamberlain, propietario de oficinas salitreras. A la pregunta de Luis sobre cuál es el modus operandi, en caso de que se produzca un levantamiento de los obreros por el rigor con que se les trata, el contador replica:

*-Ninuno. La estación queda cerca, y llamando por teléfono a la Policía, ésta se presenta aquí en dos minutos. A propósito de Policía, mañana estamos a primero, y hay que abonar las*



El ascensor (Valparaíso), grabado de Carlos Hermosilla Alvarez

*subvenciones que esta oficina da al oficial de la guarnición, al subdelegado, al juez y al agente postal.*

*-¿A cuánto asciende la subvención?*

*- A ciento cincuenta pesos, para los tres primeros, y a veinticinco para el último (p. 246).*

Así se explica que el obrero pampino tuviera que obedecer a más de un amo y que sus libertades individuales fueran violadas en la misma forma que su correspondencia. El "dinero inglés" regía los actos y las conciencias de quienes debían velar por la seguridad y bienestar de sus compatriotas.

El viaje de Luis García a la Pampa a hacerse cargo de su nuevo puesto brinda al narrador ocasión de entregar un aspecto de la vida en una oficina:

*Luis García, llegó a la oficina Germinal, a hacerse cargo de la administración, completamente ciego en materia de salitre, al igual que muchos otros de sus colegas, que debían sus puestos a influencias de familia.*

*Aquello, fue para él algo como un cuento de hadas. Se vio con un poder inmenso sobre esa gran faena salitrera y pensó que era un pequeño rey de ese territorio. Por donde quiera que extendía su vista, encontraba obreros que trabajaban afanosamente, animales que corrían llevando el caliche, locomotoras que resoplaban, poleas que chirreaban, chancadoras que desmenuzaban (...). La máquina elaboradora de salitre, fue para García una cosa nueva. Transportado del Banco a la oficina Germinal, se encontró con que, no sólo era su misión hacer anotaciones en los libros,*

sino también velar porque el cocimiento del caliche se hiciera en debida forma y porque en la Pampa se llevaran en buen estado los trabajos de extracción. El mayordomo de esa sección, lo recibió con mucha amabilidad; le hizo dar un paseo por el laberinto de escaleras, cañones y fierros que constituía la máquina, y le habló de las economías con que hacía el trabajo, empleando la menor cantidad de operarios (pp. 241-243).

El segundo párrafo es un magnífico ejemplo de la actividad vital y bullente en la oficina, desde el ser humano a los animales, máquinas y objetos que producen ruido, movimiento, interacción. Gran parte de la novela está dedicada a disquisiciones e intromisiones del autor con largos párrafos sobre la moral burguesa, la prostitución tanto en las capas altas como bajas, constitución de la sociedad, características de la burguesía, daño del alcoholismo, etc. El lenguaje referencial prima por sobre el literario. Ello ratifica nuestra aseveración anterior de que *Tarapacá* es un documento más que un artefacto literario per se.

La unión de los obreros en su lucha contra el capital rompe las barreras de las nacionalidades en *Tarapacá*. Proféticamente, manifiesta la solidaridad de peruanos, bolivianos, argentinos y chilenos en la Gran Huelga del salitre en 1907, que terminara con los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique el 21 de diciembre (8). Así presenta el narrador la reunión convocada por Juan Pérez, quien “ya había dado principio a su obra redentora de agrupar a todos los obreros bajo una bandera, para llevarlos a la lucha, donde debían jugar el todo por el todo”, *La reunión acordada por Pérez y Mendoza, se realizó en el cuarto del primero. Acudieron, aparte de los iniciadores, Manuel Retamales, Francisco Urbina y Fernando Juárez. Pérez y Retamales, eran chilenos; Urbina, boliviano; Mendoza, peruano, y Juárez, argentino. Podía decirse que el elemento obrero de Chile, Bolivia, Perú y Argentina, estaba representado en esa minúscula junta (p. 29).*

El plan del líder obrero es formar una asociación de resistencia en la oficina y extender la acción al resto de la pampa, pero todo en el mayor secreto. Sólo una persona estará al tanto de los planes de Pérez. El día de la huelga será conocido como “la reclamación”. En la estructura de la obra, la huelga ocupa sólo las últimas páginas (la novela tiene 479). El narrador se inclina a enmarcar el relato más en el suceder que en el acontecer. La conciencia que el autor tiene del género literario a que adscribe su creación, opera como elemento organizador de *Tarapacá*: la novela como documento.

En la tradición de los costumbristas chilenos, López ofrece un cuadro de una fiesta en la oficina salitrera, lo cual otorga a la narración un descanso y un punto de vista diferente. El lector podrá contrastar así la “típica fiesta chilena” con las de la decadente burguesía en los prostíbulos iquiqueños. El pulpero, don Panchito y doña Anastasia van a bailar una cueca.

El varón azuza a su acompañante:

- ¡Vamos a ver cómo se porta la veterana!

- ¿Cómo me he de portar? Como siempre. Así viejecita como soy, desafío a cualquier joven.

*La concurrencia sonrió ante las palabras de doña Anastasia, quien con la mano izquierda se había levantado el traje bien alto, y con la otra, hacía jugar en el aire un pañuelo de seda bordado.*

*Con las exclamaciones de don Hermógenes y de don Emeterio, la cueca fue bailada con tal animación, que el zapateo hacía temblar las débiles paredes de calamina.*

- Ahora birlocho, bizcocho, maravilla, frutilla, tomate, petate, velita, velón, aroooh...

- Con uno que se pare basta.

- Echele cumpa Meterio, un güen trago de ponche, que es mejor que ese whisky de los gringos.

- La obligo, señorita Juanita.

- Le cumplo, y obligo aquí a don Benito.

- Y la cantora tendrá boca de caballo vigilante?

- Ay, ispense, ña Bartolina; ei va el brindis de ño Hirmogio, que lo hizo puste.

- Le pago con mucho gusto y me repito.

- Salú, ño Hirmogio, aquí ña Bartolita le güelve a comprometer.

*Chiqui chiquichín, chiqui chiquichán*

*En el hospital de Cádiz*

*hay un ratón con terciara*

- Ahora sobaco, macaco, trina, trena, los ojos del paco, chispa, fuego, brasero, candela, puchito de vela, hacha, fuego, a la casa de alto, a la casa de bajo, pónete leva, quítate el paltó (pp.254-255).

Los acontecimientos siguen su marcha en la pampa salitrera, y la situación laboral se agudiza. La pésima administración de Germinal por Luis García, quien aconsejado por el contador Mr. Jones rebaja los salarios, conduce a la unión de los obreros, quienes se deciden enfrentar a sus patrones. Juan Pérez, laborando en otras oficinas, conquista el apoyo de los trabajadores para la “gran fiesta roja”. “Fijó el gran día, tanto tiempo acariciado en su mente, como un ideal supremo, para las fiestas patrias del 18 de septiembre”. El detonador de la huelga sería la petición tantas veces reclamada en el historial pampino:

*abolición de las fichas*

*aumento de salarios*

*libre comercio*

*indemnización por desgracias y enfermedades*

*disminución de las horas de trabajo.*

Las fichas y el libre comercio estaban íntimamente relacionados (9). En las oficinas que empezaron en gran escala la elaboración del salitre, se introdujo el sistema de fichas o señas que luego abarcó la región salitrera. En lo del libre comercio, “los serenos de las oficinas, convertidos en guardas de un Resguardo extranjero, ejercían el papel de Argos implacables (...) La tiranía llegó hasta el extremo de declarar contrabando los dulces, verduras y hasta las prendas de uso personal, como la ropa, los colchones y los catres” (pp. 186-187). (10).

En todas las oficinas, a la misma hora, la “reclamación” sería el prelude de los acontecimientos. La huelga era inevitable.

“Pero, reflexionaba Pérez, qué sacaremos con esa huelga? (...)

Sus capitales (los de los salitreros) son enormes, para que sufran una huelga de una, dos, tres semanas, o un mes” (p. 436).

Resuelve entonces “dar una lección a los inhumanos capitalistas”.

El autor recurre a una metáfora animalesca, la cual acentúa el carácter dócil del obrero al ser manipulado y abusado por el patrón pero cuyo despertar y descontento puede igualar a la ira subyacente, cuando se rebela.

*(...) es de rigor hacerles comprender que el pacífico buey, no huyó del campo, con su paso tardo y uniforme, sino que recordó su vitalidad de toro, y vengándose de la sumisión a que estuvo sujeto, y de los pinchazos de que fue víctima, atravesó a escape por entre las sementeras, destrozando los plantíos (p. 436).*

El destrozo comienza la noche anterior a la huelga, con el desmantelamiento de los alambres telegráficos y de los rieles del ferrocarril, para impedir que “de Iquique suba tropa a la Pampa”. Igualadas las fuerzas, los obreros se presentan ante los administradores a exigir su petitorio. La respuesta - la de siempre en la Era del Salitre - “consultarían con sus superiores”, es la señal para destrozarse los plantíos sin derramar sangre, sin recurrir al asesinato, arma favorita de la burguesía capitalista.

*En una hora todas las oficinas quedaron convertidas en escombros, en ruinas lamentables. Las guarniciones de Policía habían tenido el buen tacto de no acudir a intervenir, para que no peligrara la vida de sus soldados (p. 478).*

Los trabajadores se vengan en las propiedades de sus verdugos, pero respetan sus existencias. Pérez observa larga y detenidamente

la pampa. Con la purificación lograda mediante el fuego, ha redimido a la clase trabajadora pampina de sus humillaciones y sufrimientos. La justicia poética se superpone a la dura realidad. Pérez da por terminada su labor, y dando un adiós a la tierra donde tanto sufriera, se encamina en dirección a las sierras. Después, hombres, mujeres y niños, cubrieron la inmensa pampa, formando una gigantesca romería, que dirigía sus pasos hacia el Oriente, a Bolivia.

*Iban allá, a ese país del frío, a buscar entre los habitantes de la altiplanicie, un pedazo de suelo y un pan dulce, que les negaba su propia patria (p. 479).*

Tarapacá, provocó escozor en la burguesía iquiqueña al igual que Casa Grande en todo el país (1908) de Orrego Luco, no por el tema obrero, sino por los comentarios íntimos de la alta burguesía. Esta adquirió la edición, sepultando la novela en el olvido.

El dinero proveniente del salitre lo podía todo, menos eliminar la escritura o pretender ocultar una época que posteriormente encontraría su expresión en obras como *Canto de venganza* más conocida como *Canto a la Pampa* del obrero anarquista Francisco Pezoa, primera muestra literaria del proletariado, de lo acontecido en la Escuela Santa María de Iquique. Le seguirían, cronológicamente, *Revolt on the Pampas* de Theodor Plivier, (1937); *Norte Grande* de Andrés Sabella (1944); *La luz viene del mar* de Nicomedes Guzmán (1951); *Hijo del salitre* de Volodia Teitelboim (1952); *Caliche y Pampinos* de Luis González Zenteno (1954 y 1956 respectivamente). En la creación teatral, Elizaldo Rojas con *Santa María* (1966); en lo musical, Luis Advis con *La Cantata Popular Santa María de Iquique* (1969). Miguel Littin filmará en México *Las actas de Marussia* con la cual recreará un movimiento obrero ignorado en la historia del salitre.

La Era del Salitre no sólo está registrada en los archivos de la Casa Gibbs, Gildemeister y otros en los museos de Londres, sino en los periódicos obreros y en la literatura ya olvidada como *Tarapacá* (11), tal vez, porque no conforma con los cánones artísticos actuales y los modos implantados por las teorías literarias y la crítica de avanzada. Nuestro deber hacia los heroicos proletarios pampinos, forjadores de una tradición de lucha, exige una re-lectura de estas obras, porque ellas sintetizan lo que fuimos y lo que debemos ser. \*

Notas.

(1) El estudio de Yerko Moretic *El relato de la pampa salitrera* (Ediciones del Litoral, 1962), analiza gran parte de la producción literaria nortina. Sin embargo, Mario Bahamonde y un equipo de colaboradores confeccionaron una *Guía de la producción intelectual nortina* (Investigación bibliográfica) Universidad de Chile, Antofagasta, (1971), la cual es un estudio exhaustivo sobre el tema.

(2) Véase Juan Armando Epple, "El naturalismo en la novela latinoamericana", *Cuadernos Universitarios* (Universidad de San Carlos, Guatemala), Enero-Febrero 1980, 15-21.

(3) El profesor Donald F. Brown en su estudio "Germinal's Progenie" *Hispania*, L1/3 September 1968, 424-432, cita a Baldomero Lillo, quien con *Sub terra* (1904) "seems to have been the first imitator of *Germinal*".

(4) Francisco A. Encina, *Historia de Chile*, Segunda edición (Santiago: Editorial Nascimento, 1970), Volumen XIX, páginas 394-396. Sobre el arribo de North a Chile, véase William Howard Russell, *A Visit to Chile and the Nitrate Fields of Tarapacá* (London, 1890). Russell da su versión de la primera entrevista entre Balmaceda y North el 25 de marzo de 1889 (pp. 81-82) en Viña del Mar. Un segundo encuentro, esta vez en Santiago, se realiza el 29 del mismo mes (pp. 90-91).

(5) Sobre las Combinaciones Salitreras, véase el excelente estudio de J. R. Brown, "Nitrate Crises, Combinations, and the Chilean Government in the Nitrate Age", *Hispanic American Historical Review*, Vol. 43/1, May 1963, 230-246.

(6) El cineasta Helvio Soto hace un análisis sobre la Guerra del Pacífico con su filme *Caliche sangriento* (1969). En él ataca el mito de que "el Ejército chileno no había ganado ninguna guerra patriótica (...) no había hecho otra cosa que (...) defender una burguesía decidida a sostener su interés en comportarse como a marioneta del imperialismo".

"Mi aprendizaje con *Caliche sangriento*", *Araucaria* No. 11, 1980, 144-145.

(7) Citado por Carl Solberg, *Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914* (University of Texas Press, 1970), p.41. El viajero francés es André Bellesort, *Le jeune Amerique: Chili et Bolivie* (París, 1897).

(8) Elías Lafferte recuerda en sus memorias la actitud de los trabajadores extranjeros durante los momentos previos a la masacre, al ser requeridos por sus cónsules para que abandonaran el local de la Escuela Santa María. Su respuesta "fue instantánea: argentinos, peruanos y bolivianos se negaron a desertar. Estos últimos respondieron a su cónsul: - Con los chilenos vinimos, con los chilenos morimos". *Vida de un comunista*, Segunda edición (Santiago: Imprenta Horizonte, 1961) pp. 63-64.

(9) Sobre la ficha, véase el excelente estudio de Marcelo Segall, "Biografía Social de la Ficha Salario", *Mapocho* II/2, 1964, 97-131.

(10) Las pulperías, almacenes donde los trabajadores debían comprar sus comestibles y demás artículos, mereció el siguiente comentario de un inglés que visita Iquique en 1885: "Este es un sistema que las leyes de Inglaterra no podían reconocer (...) Sólo puede justificarse por el hecho de que si no existieran tales establecimientos, los empleados se morirían de hambre". La lógica del "free enterprise system" no funciona para William MacCoy F. Castle, *Sketch of the City of Iquique: Its Past and Present during the last Fifty Years* (Plymouth, 1887), p.30.

Russell en la obra citada hace el siguiente comentario, cuando pasa por la pulpería de la Oficina Buen Retiro: "Después de almuerzo pasamos por la pulpería, donde se vende a los trabajadores artículos de mercería, tendería, comestibles y vegetales, sin mencionar vinos, cerveza y bebidas espirituosas, en lo que sería acremente denunciado en Inglaterra como el "truck system". Es decir, pagar los salarios con mercaderías en vez de dinero al contado. Coinciden ambos autores en sus apreciaciones y corroboran lo que los obreros denunciaron en todos sus petitorios, como un abuso. Pero la justicia provincial y nacional era sorda al clamor pampino. Los salitreros eran dueños de su territorio.

(11) Interesante personaje Osvaldo López, en los anales proletarios de la época. Periodista obrero, residió en Iquique desde comienzos de este siglo. Fue autor de un *Diccionario Biográfico Obrero*, publicado por entregas, redactor del periódico *El Pueblo* de Iquique, cuando la Comisión Consultiva del Norte en 1904 viaja a la región del salitre a investigar en el terreno las quejas de los obreros, Osvaldo López redacta el memorial que el Comité de la Pampa, entre otros, entrega a dicha Comisión. Pero López va más allá. Encomendado por dicho Comité, escribe un folleto - mil ejemplares - en el cual los pampinos plantean al resto del proletariado chileno sus puntos de vista sobre el sistema laboral vigente. Obsérvese el lenguaje del autor: *Hermanos de opresión y de esclavitud: mirad nuestras miserias y que ellas sean trompeta vocinglera que despierte las multitudes para hacer justicia por nosotros mismos, ya que ella se nos niega cuando la pedimos con sumisión, por los encargados de administrarnosla.*

Citado de Enrique Reyes N. *El desarrollo de la Conciencia proletaria en Chile* (Ciclo salitrero) (Santiago: Editorial Orbe, 1972 ? ) \*

# GUILLERMO ARAYA, EL AMIGO QUE JAMÁS CONOCI

□ CARLOS DROGUETT

No obstante la afirmación que supone el título de este trabajo, a Guillermo lo conocí, incluso dos veces, la reiteración que significa, primero, estar preso en una cárcel y luego cerrado e inmovilizado en la reja más extensa, con la extensión de toda la república, que significó o significa vivir, o tratar de sobrevivir, desde el fatídico 11 de setiembre de 1973, en el régimen policial de terror permanente, en el clima putrefacto de una tiranía. Sí, Guillermo, que había sido, o aún lo era, Decano de la Facultad de Letras en la provincia de Valdivia, un día cualquiera, amaneció en la celda de la cárcel en lugar de su sala de clases, probablemente él mismo lo ignoraba, como producto y resultado de una delación, de la grácil y gratuita envidia de algún colega jibarizado, a quien le aterrorizaba su rápida y certera inteligencia y su extremada bondad. Era bueno, generoso, casi demasiado generoso, era un pan de dios perfecto, me contaba tiempo después, poco antes de salir yo para siempre de Chile, su ex alumno y oportuno compañero de cárcel, Hernán López. Hernán, que por estos días debe andar vagabundeando en alguna escuela universitaria de Quito o Guayaquil, no era hombre de muchas palabras, hablaba sólo lo justo, y a veces menos de lo justo, como si a causa de la prevista catástrofe, su lengua no recibiera ya de su cerebro, su memoria, su imaginación, el caudal de lenguaje necesario para pintar un momento clave y crucial determinado —y esa época de los últimos meses de 1973—, estaba siendo todo eso, violentado y exterminado, además, por la rapidez vertiginosa del crimen total, que lanzaba el terror y la sangre en todas direcciones, en busca de los menos pensados o esperados domicilios, circunstancia que, sin otro superficial adorno, paraliza el cuerpo y el alma del ser humano que sufre, en el curso de breves horas, muchas menos que las que contiene un día, un solo día de nuestra vida, en escalonado descenso hacia el cero absoluto, la denuncia, la prisión, la tortura visible e invisible, la negación total de su calidad de frágil ser humano.

Digo que conocí a Guillermo en la cárcel de Isla Teja, paradisíaco lugar la Isla, adornada durante decenios, largos inviernos, larguísimo veranos del pasado siglo, por los cómodos burgueses chalets de geografía alemana, que habían construido hacía tanto y tanto tiempo por los primeros colonos que un Ministro previsor, acumulara escrupuloso en las tierras cristianas del orgulloso Imperio, lo conocí en aquellos inolvidables e imborrables meses de la primavera del sangriento año 73, porque yo, no obstante no ocupar ninguna celda, estaba, sin embargo, encarcelado, aunque él, Guillermo, no lo supiera, aunque yo, los primeros días, lo ignorara. Porque si un hijo tuyo está retenido en la cárcel o en la enfermedad, eres tú también el prisionero o el enfermo.

Ignoro yo si mi hijo Marcelo, el compañero de presidio de Guillermo, podría, por aquellos días, haber sido caracterizado también, domésticamente, por Hernán, como un pan de dios, es decir por un ser enteramente puro de cuerpo, de alma, de intenciones, sin pasiones comunes, sin repugnancias lógicas, es decir, inexistente. Como a Hernán lo conocí, salido él de la cárcel, regresado yo a Santiago, aunque mi hijo menor seguía preso, el suyo fue el primer informe directo que tuve de la existencia de Guillermo, del ser excepcional que era en seguida, intelectual pero no intelectualizado, no intoxicado y alienado por el morbo disolvente y esplendente de la literatura en sí, separada y operada de la vida, siendo, como debe ser, como tiene que ser —si no, no vale— una expresión de ella, uno de los profundos ramajes en que ella misma, la vida, se vierte para irrigar la carne del ser humano, también la carne de su alma, de su soledad, de sus carencias, la carne de su ansia de comunicación, de ejemplo, de permanencia. Después, no hace muchas semanas, le he preguntado a mi hijo menor, por qué, no obstante que yo iba a la Isla dos o tres veces por semana me

en la larga fila de familiares, amigos, compañeros, que iban a visitar a sus deudos durante breves minutos en el patio o en la gran sala abyecta de recepción, le he preguntado por qué jamás, en tales oportunidades, jamás llegué a conocer, siquiera de vista, a Guillermo. El no recuerda los motivos, era posible, me dice, que estuviera rodeado y absorbido por sus familiares o en visita ritual, era posible también que en esos momentos estuviera fuera de la cárcel, exactamente en el regimiento donde era interrogado acerca de sus actividades terroristas, sus contactos, sus cómplices delictuales. Pues Guillermo, profesor de literatura de larga e intensa trayectoria, como mi hijo, médico con pocos años de práctica en la profesión, eran, o habían sido, denunciados y catalogados como terroristas. El nombre de los soplones que causaron la detención, encarcelamiento y torturas sucesivas de Guillermo, lo ignoro, Hernán decía que también lo ignoraba, pero se sonreía fino, iluminando sus recuerdos, se excusaba de su ignorancia con voz suave y delgada que parecía resbalar por sus temores, como si no emanara abierta y libre desde sus recuerdos, desde su cabal y nerviosa información, que lo tornaba más pálido y escurridizo. Sin embargo, había un detalle, Guillermo era inteligente, era curiosamente inteligente y lo que era mejor —o peor, por las consecuencias sobrevinientes— era que no insistía en su capacidad de ser distinto y especial, hablaba, actuaba, opinaba, escogía, como si no hubiera nada de particular ni original en sus palabras y en lo que contenían dentro. No era un divo, un escogido, un exhibicionista, por lo tanto, no hacía sufrir ni rebajar con la expresión normal y bien respirada de su inteligencia, pero para los seres pequeños, o encogiéndose, los medios seres de un mundo deformado, su actitud limpia y natural, su tranquilo y normal modo de ser inteligente, y consciente de su inteligencia, esa capacidad abarcadora suya para mirar el mundo y la vida y los comentadores y rastreadores de ellos, novelistas, cuentistas, poetas, parecía, recordaba y titubeaba Hernán, y se sonreía Hernán, una especie de vanidad gozosa de la modestia, un aire sutil y cruel de estarse burlando de unos pobres tipos mucho menos preparados, o preparados a ratos y a contrata, a golpes súbitos de intuiciones apagadas, de relumbrones humildes surgidos de una palabra sola, de una sugerencia, de una pregunta última de Guillermo, no dirigida a ellos sino a sí mismo, o al autor que tenía entre manos en sus recuerdos y en sus nervios y cuyo párrafo, trama, comentario, lagunas, no le bastaban o le sobraban, ese pensamiento activo, esclavo nocturno y diurno, trasnochador tozudo y constante que es el cerebro funcionando siempre, aun dormido, enfermo, prisionero, amordazado y torturado, insistiendo siempre en su doble papel de recolector de elementos y fusionador de elementos, materias, tendencias, desvíos, discursos y discursillos literarios y literatizables. La envidia es un dios, un semidiós deforme y derretido, retratándose y espejeándose en su propia deformidad constante y profesional, mirando el mundo, todo el mundo, y el invisible mundo tan evidente del arte mirándolo también deformado y siniestro como ella, la envidia celosa, cascada, ajada, amarillenta, cantada por Shakespeare antes de condenar y asesinar a su héroe en un pañuelo de lágrimas.

No tenía información alguna, y menos podía pedírsela a mi hijo, quien habría sido el confidente y el dialogante ideal, pero comprendía, aunque él no hablara, todo el infierno que había conocido y respirado en aquellos meses que precedieron y siguieron al asesinato del Presidente Allende. No, no me atreví a hablarle, preguntarle, hacerle retroceder y recordar su reciente infierno, su compartido infierno. Debían pasar años, casi diez, hasta el mes de marzo último para que finalmente terminara por

enviarle un memorándum, en mi afán de recoger, inventariar, ordenar o desordenar las informaciones que tenía, no muchas, pero intensas, de Guillermo. En su larga respuesta a ese memorándum numerado, y más caudaloso de lo que yo hubiera querido, me daba un dato importante, el primero. Cuando él llegó a la cárcel, Guillermo ya estaba ahí. Cuando salió de la cárcel, Guillermo seguía ahí. En el intervalo, estuvieron uno junto al otro, en aquel espantoso y brutal intervalo que forma la vida o formula el destino, de manera que los limpios y honrados quedan clavados en la cárcel y en el suplicio, mientras que los abyectos, los sucios de alma, de mentalidad, de recuerdos, los repugnantes que ya, internacionalmente, tienen un adjetivo definidor y definitivo, los pinochet generalizados se elevan al lugar de mando, chorreando barro, mierda y sangre, pero ésta no de ellos sino ajena. Con el tiempo, de regreso de los interrogatorios, cuando se respiraba más calmado y con un poco de más de vida concedida, tuvieron ocasión de conocerse, mostrarse un poco los primeros datos de sus vidas, como se muestra, con rubor, nostalgia u orgullo, la primera página de nuestro carnet de antecedentes. Entonces supo Guillermo que yo existía, que yo aún existía y, lo que era más increíble, en libertad. Cito textualmente: *Fue Guillermo quien me dirigió la palabra, me preguntó si era cierto que yo era hijo de Carlos Droguett. Sí. ¿El escritor? Sí. Y entonces se mostró muy interesado, me preguntó que dónde estabas tú, que si estabas en Chile, si te había pasado algo, en resumen diría que estaba muy preocupado, como si te quisiera mucho y me hizo un alcance a la reacción que habrías tenido, conociendo tu genio, tu buen genio. . .* Marcelo recordaba después otra cosa, referente a Guillermo y a su calidad especial de ser profesor de literatura, lo que era, para la mentalidad gorila, no sólo un síntoma de fulminante peligrosidad sino de desvergonzada insolencia. Sí, no sólo en Isla Teja, no sólo en esa cárcel que albergaba a una cantidad impresionante de universitarios, se pudo entonces observar, por parte de los prisioneros, en realidad de los sobrevivientes, una sorprendente circunstancia en dos tiempos o actos teatrales. Cuando se trataba de un obrero, de un humilde obrero, ni siquiera dirigente sindical, la ferocidad, la villanía, la vesanía, eran corolario obligado y reglamentario, el adorno regular y actual del viaje al regimiento, de la interrogación banal y cobarde, pronunciada no sólo con la lengua sino con las botas, con los yataganes, con las cachas de las carabinas y revólveres, finalmente, con los sables y puñales de servicio. Eso era lo natural, lo corriente, el pan duro de cada día, la medicina diaria del torturador con el torturado, el intercambio, a menudo confidencial, de palabras y palabrotas por un lado y de suspiros y sangre por la otra, comentada y frivolidada por un chorro de música echada a sonar bailables a todo chanco, para que no se escucharan los gritos o los sollozos cuando era una mujer la que estaban torturando.

Sí. Recordaba Marcelo, y su recuerdo me ha sido confirmado en París, en Roma, en Berlín, en Rotterdam, en Praga, en Varsovia, en Madrid, en Estocolmo, por otros antiguos prisioneros. Cuando el reo era un profesional, un tipo escogido salido de la Universidad —y salido de la Universidad Católica era, por demás, deplorable, una agravante de agravantes, un pecado mortal sin remisión— el interrogatorio que precedían los gritos, los gritos, insultos y puteadas que precedían a las bofetadas y patadas en plena cara y en los oídos, estando el interrogado amarrado a su silla, los dos en el suelo, cuando no a un sommier enchufado como una anafe para preparar la comida de los verdugos, las torturas eran más profundas, lentas y prolongadas, y por demás esmeradas, como si la tortura en sí fuera un objeto precioso y delicado que había que preservar, prefiriéndose desde luego la cabeza, donde residía en general el prisionero y en particular el moribundo recitando sus salmos, desgranando sus astutos y aburridos delirios. De la cabeza se escogía la lengua, que era la que había estudiado en la universidad, cuando los ojos, que se habían doctorado animosamente en la universidad, ya no servían, pues chorreaban pus y sangre, sangre y lágrimas, y del resto del cuerpo utilizable, las manos, que hacía días, nada más, rayaban ordenadas cifras de matemáticas finitas en el pizarrón y hacía semanas, meses, años, desfilaban por la Alameda alzando los puños, las manos, para hacerles señas a la revolución e indicarle el sitio exacto en que ellas, las manos, la estaban esperando.

Cuando descubrieron este trozo asombroso de película, los presos escogidos, los malditos universitarios, cuando iban empujados a un interrogatorio y salían más delgados y viejos de él, respiraban lento, se buscaban los ojos, se miraban las doloridas manos y, de repente en voz alta, se proponían temas, problemas, enigmas de la física de los quanta y la fisión nuclear, de la inmortalidad a plazos del alma, como suponía un científico francés, que era, además, astrólogo, la posibilidad cada vez más cercana de aislar un día en el laboratorio, la célula de dios, la primera célula de dios, como exponía un químico neozelandés en el último congreso científico de Stuttgart, efectuado el año pasado, la posibilidad, cercana a la certeza de que el manuscrito del manuscrito del Poema del Cid, copiado por Pero Abad, fuera una superchería inocente e incipiente de los endemoniados curas afrancesados que no alcanzó a quemar La Inquisición, y que, como había informado la BBC de Londres, en su último boletín de noticias del domingo antepasado, acababa de descubrirse en los jardines de Stratford-on-Avon, una copia, pero en griego antiguo, casi ilegible, rota y desencuadrada, de los sonetos de Shakespeare, lo que hacía suponer que tampoco los había escrito a su querido efebo, sino plagiado, como se susurraba desde hacía más de cuatrocientos años, había hecho con el primer Hamlet, con el segundo Romeo. . . Sorprendidos en la oscuridad, bajo el cielo cálido estrellado, comprendían que estaban solos, solos, solos, tiritando de frío, de miedo, de incertidumbre, mirándose las caras famélicas, las caras desconocidas y partidas, como si recién ahora se hubieran sentado en las piedras heladas, como si sólo hiciera unos instantes hubieran apagado los torturadores el sol del anafe y se hubiera secado el llanto que chorreaba de la calavera de Yorick, el legendario cómico de la legua. Al día siguiente, las torturas eran aún más prolongadas, pausadas y repetidas, repetidas una y otra vez, como si esa escena clave del Hamlet no estuviera aun lograda del todo, mientras no surgiera la sangre, la primera gota de sangre, el labio apache pintado por la sangre, la sangre bañando esa cara odiada y universitaria, que anoche se reía, hablaba y se reía, mucho, demasiado, pero esta noche, la noche de ahora, estará muy bien presentada dentro de unos vendajes o, también era y es posible, dentro de una caja de palo sin pintar, y ya no podría reír, al menos no de esa manera. Conversando en estos días con Marie-Hélène, la compañera de Guillermo, y hablando sobre este tema de dos hojas que fue nuestra amistad, sin conocernos, conociéndonos sólo a retazos, yo por los recuerdos de mi hijo y la lectura de algunos trabajos que me mostrara Hernán en su casa de Valdivia y él a mí por la información sucinta, trunca, soterrada, nerviosa que le daba en la cárcel Marcelo, pues él funcionaba, como Guillermo mismo, en esos días como reo de un delito no calificado, menos clarificado, como todo lo inexistente, al mismo tiempo como miembro de una sociedad en la cual tenía y cumplía su profesión y su devoción, y como reo del crimen que era desear la libertad para su tierra y que en esa tierra no hubiera pobres, miserables, injusticias, como había soñado y deseado Allende, el primer asesinato, me decía, pues Marie-Hélène que ella tenía la impresión que Guillermo me había leído poco. Creo haberle contestado con probable sentido de la realidad que quizás había sido una suerte que él no me leyera entonces, mientras estuvo preso, pues mi lectura, es decir mis escritos, son páginas, generalizando, nada de alegres ni aireadas, son, de hecho, una cárcel, una obsesión, un minucioso y balbuceado martirio. Y agregué, u olvidé agregarle, una pequeña circunstancia, que en uno de mis numerosos viajes a Valdivia, a su Isla y a su cárcel, llevé algunos de mis libros con la intención de regalárselos a los compañeros de cárcel de mi hijo, pero ellos, en reunión improvisada de célula, resolvieron que los dejara firmados para todos los presos, los de entonces, los futuros, y así se hizo.

Con Guillermo, pues, nunca logramos hablar cara a cara, ojo a ojo, labio a labio y, especialmente —y en lo que a mí concierne es sólo una suposición— de inteligencia a inteligencia. Pero la prisión y el recuerdo de ella nos había unido. Marcelo recordaba nítidamente la primera vez que lo vió y supo quien era o, lo más seguro, preguntó al reo más al alcance de su mano, quién era ese tipo de cuerpo algo macizo, de rostro muy quemado, de barba cerrada y negra que enmarcaba una presencia perfectamente ilegal. Creo que fue en mi primera carta a Guillermo, los dos ya en nuestro exilio europeo, que le transmití que la primera idea de Marcelo al verlo fue

que era, sin duda alguna, un terrorista en cuerpo y alma, pues había en su mirada una tranquilidad pasmosa y una suficiencia gentil y nada de disimulada y pensó *los gorilas serán todo lo asesinos e imbéciles que podamos imaginar, pero este tipo no los va a convencer de que no es lo que parece*. Al conocerse, al hablar de sus vidas, sus destinos, sus motivos políticos o simplemente vitales, supo en seguida que Guillermo era otra cosa. Me escribe: *Sobre Guillermo mismo, sé que fue detenido en los primeros días del golpe, día exacto, no lo conozco, motivos: era de izquierda y tenía un puesto importante, no te puedo asegurar si tuvo una actuación política especial. Lo ignoro o no lo recuerdo, pero indudablemente su militancia era de izquierda absoluta, (difícil a esta distancia de años recordar con seguridad, si incluso nombres de torturadores se han ido quedando atrás). Sé que era casado, que tenía dos o tres hijos, que se doctoró en Estados Unidos, que trabajó allá, que le gustaba un poco esa vida provinciana, recuerdo que, a raíz de eso, hablamos de An American Tragedy, y se expresó de una manera muy locuaz, enamorado, además, diría yo, de la literatura española y del Quijote (había escrito un ensayo, que me prometió y que, por supuesto, no me lo pudo dar nunca), demostró un profundo desprecio, tratándolo de burgués y superficial, por Anatole France, calificándolo y situándolo con ironía, consideraba que lo único profundo era Le livre de mon ami. Tenía por Allende una gran admiración, (¿quién no la tenía?), especialmente por las condiciones de su muerte, con ese sentido histórico de las cosas que tenía Allende, pero al mismo tiempo sentía repugnancia por otros políticos (¿Altamirano?) que habían incitado a muchas cosas y que en el momento decisivo desaparecieron completamente. Recuerdo haber conversado con alguien (no creo que fue con él), sobre la actitud de Víctor Jara, que el día del golpe hizo lo único de que era capaz: tocar la guitarra para ayudar a los que peleaban en la Universidad Técnica, como hubo médicos que se fueron a las postas, pero los políticos, siendo capaces de hacer sólo política, arrancaron... En la cárcel se organizaron concursos de ajedrez (había dos tipos que tenían el grado de maestros) y Guillermo no sabía jugar, pero decidió aprender y terminó jugando muy bien. Creo que esto te puede orientar sobre su personalidad, tenía no sólo cara de inteligente sino de testarudo, muy seguro de sí, si decidía hacer algo lo hacía hasta el final, sin detenerse hasta haber logrado el objetivo. No era creyente, pero tenía más espiritualidad que muchos. Recuerdo la pasión con que participó en unas sesiones de espiritismo que efectuamos en la galería 11 (era el número del pasaje a donde se abrían nuestras celdas).*

Pero no fue una ignorancia total. Un día, yo ya en el exilio y, sabiendo por un amigo común que él también estaba libre, es decir relativamente libre —pues el exiliado, es, para siempre jamás, un encadenado, atado con eslabones invisibles a la tierra que lo vio nacer y de la cual lleva en sí un puñado, que es él mismo— le escribí la carta a la que he hecho referencia. Me contestó de una manera sonriente y exacta, como si nos hubiéramos conocido toda la vida. Más tarde recibí un telefonazo y escuché un pedido, una insinuación, una oferta de trabajo, referida siempre —como todas nuestras acciones y absesiones— a nuestra tierra. Tenía la voz de Guillermo, al hablarme, dos cualidades y dos tonos. Es decir, primero una cualidad y una certeza, que le agradecí, no hubo en su voz ningún preámbulo, acabábamos de ser presentados telefónicamente por Iñigo, ninguna antesala ni explicación de su motivo y su llamada. Eso me gustó. Era un hombre que por haber vivido —como su invisible colega— toda su vida rodeado, sitiado, atosigado, sumergido por palabras, por millonadas de palabras, por toneladas de palabras, de uno a otro siglo, de una a otra lengua —él manejaba, sin duda alguna, más literaturas radiales y radios que yo— parecía por un milagro atroz y lúcido de su fuerza de voluntad, salirse entero de esa socorrida y almidonada figura del profesor, del catedrático, del master de escritorio, pasillo, biblioteca y fichas, para atenerse y retenerse en la vida, en un momento y un breve episodio de la vida, sólo a las más comunes y diurnas palabras de quien propone, pide y estimula a otro a que haga tal cosa, tal silla, tal herramienta, un hecho concreto de palabras y sin palabras, pues estábamos los dos unidos, además del vicio y el gusano de la literatura, inficionados y vacunados para siempre jamás amén por la enfermedad de la que no hay remedio hasta la fecha, el exilio, el total, intercalado y

generoso exilio, porque el exilio te robustece, te enriquece, te despierta cuando ya no estabas dormido y muerto al atravesar los umbrales de tu patria. Me gustó esa sencillez, esa naturalidad, ese estilo sin estilo asumido por Guillermo en nuestra conversación inaugural. Además, emanaba de su garganta, de su voz, de su cuerpo y su espíritu que estaban iluminando esas palabras lejanas y cercanas, un aura de éste y del otro mundo, el de los elegidos por el destino, la sangre o la desgracia, para abrirse camino fácil y difícil en la vida, y después de la vida, en esta tierra misteriosa, apenas superficialmente explorada —y con tal cúmulo de exploradores a través del mundo y las edades— que es el arte, todo el arte, sea musical, pintado o garrapateado, donde son absorbidos y procesados tanta cantidad y calidad de seres, frustrados, recortados sin alas, ciegos de nacimiento, ciegos de alma aunque no de cuerpo, sordos magníficos, sordos por dentro y fuera, por ambición, por dilusión, por demasía, por aéreos sin peso, por petulancia, por ignorancia heredada y codificada, sin mirar ni sentir a la vida que transcurre junto a ellos y a través de ellos y que, una vez cada cien años, me decía un amigo ya muerto, descubre, inventa, improvisa, idealiza volando, forma y formula, rápida, furiosa, entusiasmada y olvidada, la figura insondable de un artista, de un real y fatal artista, siempre un desesperado, un negado, un desahuciado, un maldito por la vida terrestre, social y burocrática, aunque elegido por la vida insaciable para su carne, lo que llaman funeraria inmortalidad, lo que se suele llamar genio. Sí, tenía Guillermo una voz especial y única, no sé si heredada o adquirida por los avatares y las suertes de su destino, que no llegué a conocer, pero que presiento y persiste en sus escritos, una voz que no se olvida, como un rostro que no se olvida, voz succionadora e impulsora de almas, buceadora e iluminadora de espíritus, voz al mismo tiempo segura de sí y de lo que busca y adivina cercano o lejano y posible o imposible, persistente, insistente, como un soplo intencionado de viento que se mantiene intacto e invariable esperando, mientras estás solo en tu habitación abierta y en tu cuerpo indeciso, absolutamente solo en tus manos y en tu alma y de repente suena el teléfono y coges el teléfono y escuchas que, desde hace mucho tiempo, no sólo desde ahora en que sonó la campanilla y descolgaste la campanilla, supiste y sentiste que aquella voz era, además, una llave y una mano abriendo la puerta, empujando la puerta para acercarse a tu alma, a tu sensibilidad, a tu carne visible y probable, para decirte eso, esa sencillez, esa seguridad, no estamos solos mientras recordamos, no estamos desesperados mientras podemos cantar, pintar, deletrear nuestra desesperación, voz que viene de regreso de toda experiencia, de la suya y de la de otros, porque él no fue el primero que sufrió negaciones, persecuciones, alevosías, infamias, ni tampoco el último. Eso me decía la voz de Guillermo hace un par de años, ¿verdad, Marie-Hélène? La voz que regresa cuando uno se va, la voz que no regresa porque no se ha ido, porque el hombre no es el ojo, ni tampoco la mano, ni menos la lengua que se pulió a través del sufrimiento con causa y la experiencia que llaman martirio los místicos que mueren porque no mueren. Cuando aprendemos a leer, por ejemplo —lo he observado estos días en uno de mis nietos— no es sólo el ojo el que está funcionando, cavando, desentrañando, desempaquetando ese pequeñito atado, envoltorio, misterio, mentira, acertijo de una sola, frágil, insignificante y suprimible letra, es todo el cuerpo moviéndose, esforzándose, enfureciéndose, libertándose, cansándose otro poco, riendo desconfiado, descubriendo y descubriéndose, cuando ese pequeño signo y cifra, ese par de rayas, a veces una sola raya, en el despertar del mundo que comienza en cada niño que nace y —sobre todo, en cada niño que aprende a leer— contiene una contenida y apagada sabiduría, un signo, un misterio, un velo apenas perceptible y audible, un color de cielo creciendo y retrocediendo, de nube, de montaña, de agua resonando en el recuerdo del pasado verano en los Alpes. Lo mismo la mano, cuando se alarga y abre para coger, una flor, un lápiz, una hoja de papel o de bosque, no es sólo la mano, el hombre es toda la mano, todo el ojo, toda esa riqueza apenas parcamente insinuada y gastada, adivino yo y creo no que no me equivoque al recordar —a través de la palabra de su compañera—, era el prodigio de amistad, de hermandad, de complicidad, de solidaridad, un prodigio jamás enviado ni salpicado por el veneno de la literatura, sino asimilado y comentado por la vida, lo que emanaba de la voz



Nicomedes Guzmán, grabado de Carlos Hermosilla Alvarez.

de Guillermo cuando, desde su casa de Amsterdam, marcaba mi número de teléfono en Wabern, y me ofrecía y mostraba un trabajo, una prueba, un atreverse, uno más, muestra y constancia, más que de escritor —este autoespejo que es la materia literaria—, de hombre. A propósito de la experiencia llamada mundo, de la experiencia llamada cárcel, de uno y otro exilio, del primero, que es la cárcel y de la muerte, el exilio más prolongado, si no definitivo, quisiera traer y extraer de los míos otro poco de recuerdos. Lo que escribo en estos momentos no me ha sido contado por mi hijo penado, no sólo por él, sino por una cantidad de compañeros de presidio, que primero en Santiago, luego en Caracas, La Habana, Palma de Mallorca, me conocieron y retrocediendo en su memoria, me decían casi siempre lo mismo: *La primera vez que oí hablar de usted fue en la cárcel, en la cárcel de Isla Teja.* Y a partir de ahí, como era lógico, los recuerdos y remembranzas retrocedían no a mi persona, o a esas emanaciones reiteradas y desteñidas que se suele llamar novelas, relatos, apuntes de viajes, sino que el interlocutor se situaba exactamente, o se apoyaba en mi pretexto de los años 73 adelante para contarme algo que ya me habían contado o para agregar detalles a la información en estado de crecimiento. El tema no era yo en la cárcel, yo visto desde la celda, la reja o el pasillo por unos compañeros, desconocidos la mayoría por Salvador Allende, que sufrieron y soportaron un largo y anónimo martirio en servicio de aquel gran espíritu que quiso hacer de la sociedad explotada y explotadora que era Chile, una comunidad sin taras, sólo y simplemente una sociedad sana y no enferma pudriéndose, una extensa y unánime familia y no una desperdigada ignominia, unos ocultos y apresurados cementerios improvisados por los asesinos para guardar sus tesoros, soterrando con su crimen, eso, al menos, creían, el rastro de él. Sí y no. El tema era y tenía que ser otro. *La vida detenida y prohibida* vista desde la cárcel o el delirio post tortura. La vida entrevista o adivinada desde la última noche de insomnio en la celda antes de que, hacia la madrugada, comenzaran a palpar en la oscuridad, removiéndola y rayándola, los conocidos ruidos metálicos, susurros malvadamente grotescos, gritos burlones y gozosos que se iban desperezando, puteadas urgentes de los asesinos que sacaban a empujones de sus celdas a sus asesinados para llevarlos al lugar acostumbrado de los fusilamientos, a la entrada sur de Valdivia, bajando de La Unión, a mano izquierda, unos terrenos de ejercicio del ejército. Aquel momento, repetido sin falta cada amanecer, me explicaban, o trataban de explicarlo, se vaciaba en una vertiginosa visión, en una cruel y, sin embargo, no desesperada alegoría y reviviscencia, la muerte dando imperceptiblemente paso a la vida, como si aquellos condenados que se perdían en las tinieblas, en los pasillos y patios de la cárcel, con sólo moverse,

con sólo moverse por postrera vez, les transfirieran y heredaran a sus compañeros de infortunio y encierro, visible y solemnemente, aquel soplo usado y desnutrido de vida que ellos no alcanzarían a gastar y caminando ellos hacia la muerte empujaran a los que no iban a morir todavía hacia la vida, entreabriéndoles la puerta y la certeza de estar vivos para algo evidente, para algo que no sería fusilado con ellos, más trascendente y permanente que el odio y la desesperación. El hecho exacto y claro era que mientras los pasos de los asesinados y los asesinos resonaban en el patio, en la sala de visitas, en la grama del camino, mientras rodaba la camioneta en la tierra apenas teñida por la aurora, desde todas las celdas enfiladas y repetidas, brotaba un cadencioso adiós, una canción que subrayaba conmovedoramente no sólo la despedida sino el motivo, causa y efecto de esa despedida. Nunca, antes ni después, me decía un muchacho estudiante, había sentido yo esa otra dimensión y clamor escalofriante de la Internacional, la canción que recoge, enumera, congrega y remece a los pobres de este mundo para formar con ellos no sólo una nueva y difícil sociedad sino unos seres humanos distintos y pletóricos, sin asesinos, sin asesinados, ignominia y exterminio, en otras palabras sólo imaginable por las palabras, en estas horas paralizadas e histéricas del mundo occidental, más que del mundo oriental, en que el hombre vive, trabaja, piensa, inventa, rectifica, planifica sólo para eso, para aniquilar al vecino o para adivinar o espiar lo que está haciendo el vecino para aniquilarlo.

Lo atroz, lo detestable, lo imperdonable, lo inolvidable, no era sólo ese momento último y limpio de cada trágico amanecer, sino lo otro. En la cárcel funcionaba, como era natural, un cura capellán, de nacionalidad argentina, de marca Sagrados Corazones, de nombre Campardón. Sí, eso era. Cada atardecer, el cura, que estaba bien informado y muy calificado por sus arrendadores, —hasta disponía de media hora cada mañana, ocho, ocho y media, en la radio local, desde la cual difundía, perfectamente apoyado en versículos, los justificativos de cada matanza y la cristiana y provechosa moraleja de aquella matanza—, cada atardecer, con su semblante que mostraba al mismo tiempo ignorancia e indiferencia, el enviado del señor dios de los ejércitos se acercaba a dos o tres presos y les secreteaba lo que ellos ya sabían: Esta madrugada les toca a ustedes, no se desesperen, no son los primeros, no serán los últimos, hay que acostumbrarse, hijos míos, la muerte es una fácil costumbre y, como seguramente no podrán dormir, y hasta creo que no deben dormir, se pueden confesar conmigo, conversarlo todo, contarlo todo, hay que dejar liviano el cuerpo y la conciencia, desocupar los bolsillos, dejar al lado adentro de la reja, la carga, hacia la medianoche me parece la hora clavada y aconsejable para tener un rato de charla a solas conmigo, lo mejor antes de

medianoche, mucho antes de medianoche, pues, de todas maneras es posible que el terror les pase un poco de sueño y yo de todas maneras estaré bostezando y esperando. Una vez, sólo una vez, alguien le gritó golpeado ¡Mira, cura, yo no moriré esta noche, esta noche será asesinado y tampoco es lo mior! Asqueroso y folklórico cura compadrito, un santurrón chorreado que al día siguiente le transcribía el secreto de la confesión al Comandante del Regimiento Valdivia, para que éste, a su vez, finiquitara el milagro barato de transformar la sangre viva en sangre fusilada. Pero, de repente, a pesar de todas sus seguridades labiales, Campardón desapareció misteriosamente de la cárcel, de su domicilio castrense, para regresar a su patria argentina, a su capital Buenos Aires, para continuar, con más confianza, pisando la propia tierra y los propios compatriotas, seguir entregando con sus santas manos otro poco de sufrimiento, otras gotas de sangre del crucificado.

Ese clima de inseguridad, de vigilancia, de sospecha, de insinuaciones, de amenazas, lo pinta bien Marcelo en su respuesta al memorándum inicial:

*Yo fui detenido en dos ocasiones, la primera fue el 13 de setiembre, a las ocho y media de la noche en momentos en que estábamos escuchando radio Cuba. La detención misma se efectuó con un despliegue de carabineros extraordinario, sospecho que prácticamente todos los medios de los pacos estaban alrededor de la casa (pienso que yo me moví demasiado el día 11). La detención la llevé a cabo un teniente de los pacos de cuyo apellido no me acuerdo (¿Palacios?) con seguridad, y a quien yo había tratado médicamente, como también a su mujer, por un problema de esterilidad. Evidentemente, sin ninguna orden de detención, dijo que era para un interrogatorio de rutina, registraron toda la casa y se pusieron muy contentos cuando encontraron un archivo enorme con nombres y notas a mano mías: eran las fichas clínicas de mis pacientes privadas, (yo había dejado de trabajar privadamente después que me lo pidieron por razones políticas: no era lógico trabajar privado si se quería llegar a la socialización de la medicina. De pasada, te recuerdo que yo estaba de vacaciones y eran mis primeras vacaciones desde que había empezado a trabajar en mayo de 1971. A la salida de la casa me subieron a un jeep de esos de fabricación rumaña importados durante la Unidad Popular, Noemí vió que escondido en su vergüenza y cagado de miedo en uno de los autos, estaba Ricardo Rademacher, que era médico de los pacos y con quien hicimos los estudios de Medicina juntos en la Universidad Católica. A la entrada del cuartel me dieron de culatazos en la misma puerta, después adentro me tomaron los datos generales, estaba lleno de pacos, a muchos de los cuales conocía por haber tratado a sus mujeres, yo o Noemí, después me tiraron a una celda y había una persona dentro, Noemí me había pasado un chaleco grueso y una parca café (que todavía la tenemos), después se escuchaban conversaciones de que a nosotros dos nos tenían que fusilar lo más luego. Después de estar una hora, el otro tipo me habló (yo tenía desconfianza, no sabía quien era y él evidentemente también), me preguntó quién era y por qué me habían llevado, le contesté mi nombre, sin decir que era médico y que no sabía por qué estaba allí; el resultó ser un radical de la UP, director de la escuela primaria de La Unión, que el día del golpe hizo poner la bandera a media asta, formó toda la escuela y se pegó un gran homenaje al Presidente que resistía a los asesinos (era en la mañana y no se sabía nada de Allende); estando seguros de que nos iban a matar, conversamos mucho, muchísimo, todas nuestras cosas, nos dábamos mensajes en caso que mataran a uno y no a otro, me preguntó si había resistencia, le contesté que aparentemente sólo en Santiago, que Allende había muerto, etc. . . .*

*El 3 de octubre estaba efectuando el consultorio de pediatría, una especie de bodega en construcción que quedaba al lado del hospital, cuando llegó Rademacher y me dijo que había una patrulla de carabineros con orden de detención del Ministerio del Interior, le dije que podían ir a buscarme al consultorio, me dijo que se podía arreglar para que yo fuera a despedirme de Noemí, me fue a dejar a casa un chofer del hospital, Sergio, que ya lo había pasado muy mal a raíz de que el 11 me anduvo llevando en todos mis movimientos y lo interrogaron durísimamente para que hablara; de ahí a la cárcel, donde se confirma la orden de detención del Ministerio del Interior, a todo esto Rademacher siempre cagado de susto y mirando*

*siempre de lado; yo nunca vi una orden de detención contra mí, bastaban las ametralladoras. Como favor personal, me dejaron pasar la noche en casa y a la mañana siguiente me llevaron a Valdivia, junto con un grupo de compañeros de fábricas y de las minas de carbón y al director general de la IANSA, que era un liberal, de ahí al cuartel militar, donde vi grupos de gentes botadas por los jardines, con los milicos que les pasaban por arriba y los pateaban y al lado de la oficina donde interrogaban oficialmente una fila de compañeros cara a la pared, entre los cuales uno que me llamó inmediatamente la atención: era más bien bajo, más chico que yo, pero físicamente desarrollado, no gordo, pero macizo muscularmente, con una hermosa cabeza, pelo oscuro, no negro, peinado hacia atrás, ligeramente ondulado, con una barba de algunos días, vestía una casaca contundente, oscura, jean azul y unos grandes bototos, que creo que fue lo primero que me llamó la atención y me hizo pensar en alguien relacionado con la reforma agraria o algo por el estilo y al mismo tiempo pensé es un peso pesado del punto de vista político. Sin ser interrogado fui llevado a la Isla Teja, en esta ocasión sin sufrir mal trato físico; quizás deba agregar que durante el viaje el vehículo de los pacos se detuvo y pensamos todos que hasta ahí no más llegábamos: había noticias de "tentativas de fuga" terminadas con la muerte de todos. A la Isla llegué alrededor de las cuatro de la tarde, era, a pesar de ser el mes de octubre (día 3), un día lluvioso, después de una larga espera, no quedé incomunicado y pasé directamente al patio común, donde estaban los presos, ese día la moral general era mala, pues esa madrugada habían fusilado al comandante Pepe y a otros cuatro compañeros, uno de los cuales (Rudolph, me parece que tú hablaste con su mujer en Chile), no estaba ni siquiera incomunicado el día anterior se lo habían llevado a interrogar y no volvió más. Fuí recibido por médicos que conocía y me puse en una carreta (así llamaban los presos comunes al rincón donde se junta siempre el mismo grupo a comer, es donde hay una especie de banco de zapatero y tarros para comer, etc.)*

*(A mí alguien me delató: el Dr. Luis Soto, que trabajaba en mi mismo hospital, viajó especialmente a Santiago para delatarme y regresó con la orden de detención. Se me acusaba, decían, de estar participando en la organización de los hospitales clandestinos, en vista del alzamiento militar que se veía venir.)*

Ese era el clima, el ambiente, la atmósfera de incertidumbre y de estar viviendo horas no autorizadas, el que fue vivido por Guillermo en sus meses de prisión en la Isla Teja. Creo que todos aquéllos que, desde el asesinato de Allende, sufrieron una prisión absurda, injusta y tanto trato repugnante e inhumano, ni siquiera explicado, ni siquiera enjuiciado, en la Isla o fuera de ella, los que salieron con vida, salieron al mismo tiempo enfermos. Unos se recuperaron, otros, los más limpios, los más abnegados, los más orgullosos, los más apasionados, absortos, deslumbrados e incrédulos por haber sufrido aquella repetida pesadilla, no se recuperaron jamás. Así se lo decía a su compañera, en mi carta de común duelo, que cito con su autorización: *Hay veces y circunstancias en que el desaparecimiento de un ser querido —especialmente si es tan valioso y necesario como lo era Guillermo—, tiene todos los caracteres de un asesinato. Uno más del abyecto y cobarde tiranuelo que ha diezmado a nuestra patria".* Sí, la muerte de Guillermo tuvo todos los caracteres de un asesinato largamente preparado, ella se inscribe junto a otras muertes, que, aparentemente, no fueron asesinadas, pero que en el fondo y en la forma sí lo fueron. En este mundo, lo recordé para mí mismo una vez, no hay suicidios, sólo hay asesinatos y especialmente, bajo el terror permanente irrefutable de una sangrienta tiranía, nadie muere enfermo de enfermedad, todos mueren asesinados. De manera que, por ejemplo, Laura Allende —con quien tuve varias conversaciones en su departamento de Santiago, antes de que fuera echada a la cárcel y después del país—, Beatriz Allende, la regalona Tati, hija predilecta, secretaria efectiva y espiritual de su padre, al suicidarse, no lo hicieron ellas, no, no se mataron ellas, fue siempre el mismo repugnante asesino, uniformado y autocondecorado, el que empuñó la escopeta, el que abrió la ventana y las empujó al vacío.

Pero. . . ¿qué es lo que ocurre cuando una persona muere, es decir cuando su cuerpo muere? También mis antiguas lecturas, que datan de mi adolescencia— de los místicos españoles, italianos,

alemanes, escandinavos, orientales de la India, del Japón, de la China, me ha hecho llegar, tal vez por seguridad y preservación del yo encarnado, a una conclusión, pues no debo ni me atrevo a llamarla teoría. Cuando en los partes de defunción, en los avisos pertinentes de la prensa, en los anuncios de grandes catástrofes aéreas, al hablar de algunas, diez, cien o miles de muertes, se generaliza apresurado y con muy poca cuota de información. La corta información del hombre corriente, del hombre común y recortado, digamos un soldado de tierra, un marinero acorazado, un cabo gris de aviación, que en la especie chilena, no por mandato de su pobreza canina, de su miseria material y moral, de su estado civil —de civil fuera de la civilización—, se convierte en un reiterado asesino de un obrero, de un niño, de una niña, de un estudiante, de un profesor, sólo *porque mi general lo manda*. Creo, y no estoy solo en esta creencia, que el mundo no comenzará verdaderamente a vivir sino cuando desaparezcan de la faz de la tierra esas fábricas de asesinos que son los cuarteles, los campos de aviación militar, los puertos artillados hasta las cachas. Mientras no desaparezcan de raíz los uniformados de toda laya y deficiencia, habrá asesinos en este mundo. En realidad, son los únicos asesinos químicamente puros. ¡Unos asesinos autorizados por la constitución y la ley, sin excepción, a través de la tierra! Basta, para convencerse, o seguir convenciéndose, entreabrir el diario, encender la televisión: ahí está el asesino impecable e intachable, sin una mancha de sangre y, sin embargo, históricamente, chorreando.

Aquella era mi idea, de la que —como siempre— me he distanciado, pero también, como siempre, regreso. ¿Quién, en realidad, muere? ¿El hombre integral o sólo su cuerpo? No es una pregunta pueril, no soy un tipo pueril, aunque alguna vez, algunos críticos de superficie así me clasificaron desde que publicara mi primer cuento, hace exactamente cuarenta y nueve años y siete meses. Lo que ocurre es que la vida, la tierra, los países, los continentes, los climas, están poblados de dos clases de seres. Los hombres verdaderamente hombres y los otros más numerosos, mucho más numerosos, que sólo aparentemente son seres humanos, sin serlo en realidad de verdad. Apariencia de una apariencia, retratos improvisados todos, todos sin falta, sin faltar uno solo, en la caverna legendaria del filósofo, que se acerca cada vez más, él y su caverna. El cuerpo no es más que un intermediario entre nosotros y el mundo. Yo, por ejemplo, no soy mi cuerpo, mis piernas, mis manos, mis ojos, mi lengua y, sin embargo, sin ellos, yo no soy yo o soy otro o soy nadie. Y, por supuesto, tampoco soy la ropa que uso o no uso, mis zapatos, mis jockeys, mis camisas sin corbatas. Pareciera que, como resultado de una larga química buscada y rebuscada del dios o de la naturaleza que inventó al llamado ser humano, necesitó, como todo inventor de cosas, una materia palpable, ubicable, medible, pasable, en la cual dejar estampada para siempre —para una perecible eternidad— su figura del primer adán que se alzó de patas en la tierra y comenzó a caminar hacia el futuro, transformándose, mejorando su aspecto, depilando su pelambre, sus gritos y sus gestos, afinando y rectificando en agua, montes, abismos, mares, tormentas, su voz finalmente lista terminada y dejada experta para funcionar, su garganta, sus cuerdas, su lengua y su primera letra, la forma musical y gutural de esa garganta y esa lengua que llamamos voz. Voz humana o inhumana. Voz de asesinado, voz de asesino. No estoy filosofando, estoy escarmenando las tinieblas, tratando de apartar mis dudas para extraer de ellas un poco, si no toda, de certeza. ¿Qué soy yo? ¿Mi cuerpo? Sí, hasta cierto punto. Mi cuerpo es el animal tangible y cercano que habita en mí y que me representa, o se presenta él, en una ventanilla de burócrata o en un confesionario nocturno y prostibulario para desempeñar mi papel, para hablar, por mí, también para callar por mí.

Con mis hijos lo he conversado, desde que conociera, sin llegar a conocerlo, a Guillermo. Nunca, desgraciadamente, nos vimos con la mirada, como he tratado de decirlo al principio de estos apuntes. El quizás me teorizó, o descubrió un esbozo en los ojos, la cara, sobre todo en las palabras de mi hijo, su compañero de prisión. Yo tuve menos suerte o, quizás, más suerte. Ahora, sólo después de algunos meses, he logrado mirar quién era, cómo era Guillermo. Es decir, su rostro, dentro del cual vivía y desde el cual hablaba, escribía, abría un libro y lo desmenuzaba y lo hacía pedazos con sus pensamientos encendidos, sus revelaciones súbitas, sus distracciones

fecundas, sus adivinaciones, sus hallazgos, pues todo libro, en especial todo libro de creación, novela, teatro, poesía, es, ni más ni menos que el hombre, otra cosa de lo que el libro, el cuerpo del libro, aparentemente es o representa. Un libro es, en realidad, varios libros, o muchos libros. Igual que el río, que es, al mismo tiempo, un solo río y en seguida otro diferente, terminando la noche, alejándose él caminando en su agua, cuando ya no es el antiguo río y todavía no es el futuro río. Igual el libro, el cuerpo del libro. El cuerpo del ser humano. Porque el libro, como el hombre, no es una sustancia concreta y escueta y terminada de crear. El libro es, siempre, otro libro. Especialmente cuando los ojos de un hombre lo abren después de que las manos del hombre lo han entreabierto. De ahí la importancia fundamental que tiene lo que de normal y de anormal, de no material contiene el cuerpo del libro o el cuerpo del hombre. Porque uno sale del otro, uno puede salir diversamente del otro, sin darse cuenta ellos mismos de su transmigración o mutación, otro libro, otro hombre. Es decir, la envoltura que llamamos libro, la envoltura que llamamos hombre. Para ambos, libro y hombre, producto uno del otro, no importa el orden de producción, es aplicable como un guante el famoso dicho y resumidero: *cultura es lo que le queda al hombre después que ha olvidado todo lo que ha aprendido*. Pero ese hombre, y esa cultura, evidentemente —y por fin comienzo a divisar una rayita de cielo en el horizonte de mi oscuridad cerrada— esa cultura no tiene nada de material. Como el amor, como el odio. Que son supuraciones del cuerpo, de la forma carnal llamada hombre y, sin embargo, no son emanaciones sólo de él, del cuerpo, creo en estos momentos sin equivocarme que el amor y el odio emanan con seguridad de la porción oculta del hombre, que no es el cuerpo, que no puede existir sin él y que, sin embargo, le sobrevive en algún cielo o en algún infierno. Eso que queda del hombre después que el cuerpo del hombre ha desaparecido, es, me parece, el verdadero hombre, más cercano, más decisivo y transitivo, el verdadero ser humano.

Conversando con mis hijos he dejado a veces insinuar unas palabras de mi pensamiento, porque no me he atrevido —en realidad, la incapacidad ya me está alcanzando por este lado de la mediana luz—, o no he sido lo suficientemente lúcido yo mismo, yo de carne, yo sin carne, yo dentro de mi carne para buscar, yo salido de mi carne para hablar, escribir o tratar de hacerlo. Escribir no por la escritura misma sino por la obsesión de ella, pues no hay tema, intriga, historia sin la obsesión enloquecida que la entrega y la integra. Pensamientos para limpiar un poco por adentro un cuerpo que ha leído demasiado, que ha comido en exceso comida impresa, a medias cocida, a medias cruda, plato rústico o encuadernado que te caía como una patada en el hígado, especialmente cuando el hígado se te sube a los ojos, se instala en tu recuerdo, en tu memoria, en tu sentido de la frágil permanencia. En otras palabras, quisiera, pero no puedo, quitarles un sentido o una apariencia, una pose, una suficiencia o insuficiencia de necesidad o de trascendencia, para decir y convencerme, porque me conviene, cuando uno ha vivido unos largos larguísimos minutos de vida, pocas cosas le convienen, sólo las más esenciales, las más vitales, las más urgentes y precisas para el largo viaje del viajero, excursionista, aficionado que no sabe cómo le irá por el camino, cuando atraviese una selva que hable otra lengua, cuando trepe una cordillera interminable y variable como su pensamiento y su terror, cuyo silencio blanco no comprende, cuyo elocuente terso silencio no corresponde con el diminuto, leve, aterido terror terrestre de él mismo, el joven, el ignaro, el débil que salió de viaje, probablemente sin retorno o con un retorno cambiado, trastocado y distinto. Sí, eso es, hay muchos hombres sobre la tierra, hasta exagerados, pero muy pocos seres humanos. El ser humano que sigue siendo tal cual, y aun más crecido y difundido, a medida que pasen los años y quienes lo conocieron, compartieron su vida, sus dolores, sus prisiones, también pasen. Pero lo que era, y es, ese ser de excepción, ese ser de lenta y peregrina excepción, no se ha muerto del todo. En realidad, lo que ha muerto en él es sólo su ropa, su envoltura, su vestido que llamamos cuerpo. Pero lo que él hizo, pensó en pensamientos y en hechos, en libros, en conducta, en ejemplos, eso no muere. Eso es el hombre real, el único hombre verdadero e imperecedero. Acabo de nombrar a Guillermo Araya.



Oscar Castro, grabado de Carlos Hermosilla Alvarez.

Marcelo cuenta que no tardó mucho en intimar con aquel desconocido de aspecto extraño y seguro de sí, vestido con una casaca contundente, con bototos, de hermosa cabeza y, como ocurre en las prisiones de los regímenes de sangrienta tiranía, no faltaron ocasiones para que se acercaran más: *Las torturas las efectuaban en un gimnasio que quedaba en una calle paralela a Picarte, a mano izquierda entrando a Valdivia, y que quedaba cerca del regimiento. Nosotros, cuando sabíamos que alguien iba a los interrogatorios especiales le dábamos un valium (nos habíamos conseguido algunos medicamentos), de manera que estuviera más relajado, además se instruía sobre gritar fuerte cuando te golpearan en partes que no te dolían. Guillermo estuvo siempre muy entero, no recuerdo haberlo visto quebrado en ningún momento, al contrario, era bastante agresivo: nunca podré olvidar cuando una tarde en que ya estábamos en las celdas, unos milicos y unos civiles le llevaron la notificación de la expulsión de la universidad por ausencias injustificadas, para que la firmara, los subió y los bajó de la manera más elegante y furiosa posible, sin ser vulgar. Se fueron por donde vinieron, en silencio y con la notificación en blanco.*

Por haber sido en su vida un ser excepcional, la prisión y lo sufrido en ella, han dejado profunda huella en los escritos de Guillermo, ya sea en sus ensayos, en sus poemas y, una formidable sorpresa para muchos, en sus dos novelas inéditas. Doy sólo algunos ejemplos. En el Homenaje a Andrés Bello, en el bicentenario de su nacimiento, organizado por el Spaans Seminarium, Universiteit van Amsterdam, en 1982, y que me lo enviara como regalo de Navidad, dice al finalizar el sentido de ese homenaje:

*Así como la Universidad es llamada en Chile "La casa de Bello", la Facultad de Filosofía y Letras se conocía con el nombre de "Macul". Macul se llamaba el cacique dueño de esas tierras en los tiempos de la Conquista. En ellas se asiló la más antigua facultad universitaria, aquella a la cual perteneció el rector fundador. El actual poder político establecido ilegítima e ilegalmente en Chile está llevando a cabo la destrucción sistemática de las universidades chilenas. Las facultades han desaparecido y sólo perduran en su seno doce*

*carreras profesionales. Las bellas artes, las ciencias sociales, la filosofía y las letras han sido eliminadas de la Universidad. El año pasado, un grupo de cinco estudiantes colocó en el pedestal de la estatua del rector fundador un lienzo que decía: "En los 199 años de tu nacimiento Macul te saluda". De inmediato surgió la policía con gran despliegue de fuerzas. Los estudiantes fueron aprisionados. Algunos que habían logrado subir a un bus fueron descendidos a la fuerza. Después de algunos días de encarcelamiento fueron relegados por tres meses a lugares alejados e inhóspitos de la República y expulsados de la Universidad. La doctrina de la seguridad nacional y el nacionalismo propalado a voces por los usurpadores del poder político de Chile son incompatibles con los valores que Bello representa. Esta incompatibilidad es la quinta razón que tienen los intelectuales de América y de Europa para conmemorar con emoción la obra de uno de sus más ilustres antepasados. (Amsterdam, 18 octubre 1981).*

Si yo fuera un crítico estructuralista y, a pesar de eso, tuviera la razonable cuota de imaginación poética que es precisa, escribiría un paralelo de tres grandes poemas chilenos, de clima orgiático, panteísta y forestal: *Danza*, de Juvencio Valle, *Entrada a la madera*, de Pablo Neruda y *El árbol*, de Guillermo Araya. El poema de Guillermo no es una entrada a la sustancia primigenia, trabajada, herida o muerta, es, en realidad, una entrada al ser mismo que nutre a la madera y se nutre de ella. Es un canto melancólico, entusiasmadamente melancólico del ser vivo hecho de otra materia que nosotros, del ser-árbol, es una descripción pictórica y psicológica, una enumeración certera y cercanamente religiosa de lo que es el árbol, el que vemos y el que no vemos, este ser misterioso y antiquísimo que yace para siempre, y sin remisión, encadenado y prisionero en la tierra y que, sin embargo, crece y se ensancha y se abre esplendente y silente hacia el cielo y la lejanía, protegiendo con sus brazos a la tierra que lo mantiene cautivo, a la que además y sin embargo, nutre y de la que se nutre. Prisionero y libre al mismo tiempo. Un prisionero que se está liberando, espiritualizando. No es una casualidad que Guillermo haya escrito este poema, porque todo él es una libertad soñada y pensada en la cárcel, es la cárcel que echa raíces en ti y en tu carne, en tus recuerdos, en tu memoria. Los músculos, nervios, venas de las raíces del árbol, se hinchan, crecen, rompen la tierra y se rompen, se alzan para liberarse, mientras, allá arriba, tan lejos, las ramas echan hojas, las hojas echan flores, las flores echan frutos, como el otro hemisferio de la vida, la abundancia y demasía que llamamos libertad. La contemplación total de esa profundidad partida, abajo en la tierra y arriba en el espacio, da un signo de optimista nostalgia:

*Jaula abierta de los pájaros  
esponja verde de la lluvia  
arpa del viento  
cabellera hundida en tierra  
al viento los cabellos  
tubo silencioso del agua  
red de líquido oculta  
Guitarra vertical del horizonte  
tierra en la atmósfera  
aire aprisionado por la tierra  
tiempo circular  
anillos del tiempo que se suma  
muelle de anillos temporales  
testigo inmutable  
torre tranquila;*

Esta reflexión estática, esta contemplación inmóvil del ser-árbol, que yace erguido ahí afuera, allá lejos y aquí cerca, clavado y abierto en plena vida iluminada, esta reflexión, digo, regresa hacia sí misma, en la sombra del frío y del silencio, donde está detenida y prohibida la vida, apagada la vida y lo que ella señala y sustenta, puesta entre paréntesis la vida:

*(Briareo, cruz, sabiduría,  
escala, genealogía, Ciparisio  
barca, horca, ataúd  
lápiz, regla, traviesa  
viga, mesa, fuego  
Dafne, lanza, arado  
papel, idea, poesía);*

Es curioso y notorio que esta estrofa 5, que aparece encerrada,

es decir aherrojada, apartada, encarcelada, se sale casi enteramente del tema singular del árbol, de ese aspecto y esa inercia descriptiva y panteísta y se queda mirando aunque no lo diga diciéndolo, sus raíces prisioneras, las del árbol, las del hombre, para reiterando la obsesiva enumeración de la cualidad y cantidad que es el árbol, todo el árbol, cualquier árbol, hacer un postrer arqueo, un recuento, un memento, de los sueños, actos, padecimientos, que han ido formando y acarreamo a través de su cuerpo y de su alma —*barca, horca, ataúd*— la imagen esquemática y totalizada de su vida y de su destino, mirada, recordada, respirada desde el árbol, la rama, la flor que fue su vida, rama tronchada de sus sueños, encadenada y retenida en sus raíces que huelen la tierra prohibida, liberada y desplegada en un remanente perdido, perseguido, expropiado y recuperable —*papel, idea, poesía*—. Es un poema triste y desesperado que rezuma optimismo o lo transfiere sin tenerlo. Porque, fijémonos bien, todo el poema del árbol, antes y después de la estrofa cerrada, que no se refiere a él, fluye libre y suelto, sin la carga y condenación que suponen los puntos y comas gramaticales. ¿Por qué? Esto no es una casualidad sino una explicación. En este sacramento del sufrimiento humano, cuando se habla del árbol, se prescinde, como el árbol prescinde, de ceremonias, condiciones, retenciones, ripios, taras, estropicios, él crece libremente, se va caminando por el suelo y subterráneamente por el cielo y se libera en sus flores y en sus frutos, nada lo detiene, nada lo contiene, está libre como nadie, creciendo como una ostentosa inundación hacia el cielo, expandiéndolo. Por eso, el ser-hombre, que lo contempla y se contempla, cuando lo mira obsesivo y lo admira silencioso, olvida todo, todo cierre, toda impotencia, toda excrecencia y censura y se olvida de las ideas fijas y sedentarias que suponen las comas, los puntos y coma, los puntos seguidos, los puntos aparte, todos puntos suspensivos, suspendiendo la vida borboteante del ser vivo que cayó en las redes imprescindibles de la retórica y su alambrada de púas. Sin embargo, cuando deja de mirarlo al árbol y se topa con sí mismo, ingresa a su celda, a sus grillos, a su paréntesis, controlado, vigilado y reposado para siempre por la ortografía, por los perros de presa que embridan el estilo y el estilo de vida, agusanándolo. Cuando mira el árbol, el poema rechaza instintivamente la puntuación paralizante y enervante, cuando se mira a sí mismo, asume el traje rayado y puntueado de la reglamentaria y carcelaria puntuación, como el presidiario que ingresa una vez más a su uniforme. En el primer verso de esta estrofa apartada, el autor tropieza con la *cruz*, en el último y la última palabra tropieza con la *poesía*, que le tiende la mano y la hoja en blanco del árbol de la vida para que siga viviendo la vida y justificándola. Y no olvidemos tampoco que Goethe comparaba al hombre con un árbol: los pies las raíces, el cuerpo el tronco, los brazos las ramas, el rostro la flor. Opinión y asimilación del naturalista que había en el poeta, del poeta que había en el naturalista.

El de Guillermo es un poema tranquilo que da intranquilidad, porque, al aparecer, ya él había digerido sus sufrimientos y durante esos primeros días del exilio en libertad, limpiaba sus recuerdos y los preparaba y se preparaba para seguir pensando, hablando, escribiendo, todo para ayudar a vivir al que, a menudo, no sabe que está vivo. Felices los que lo conocieron, aunque fuera en la cárcel, donde se portó tan íntegro, donde endureció su natural blandura, donde se preparo para subir por las raíces hacia la copa plena. (El poema aparece escrito en Amsterdam el 5 de junio de 1981 y sugiere una consecuencia, una misma fuente de inspiración del ensayo *Fray Luis de León, la Vida como naufragio*, publicado por primera vez en la revista *Signos*, Valparaíso, en 1972, esto es, el primero señala que a Guillermo le quedaba sólo poco más de un año de vida, el segundo, que le quedaba, probablemente menos de un año de libertad).

Si en ambos el tema principal es la cárcel, el feroz paréntesis que significa la pérdida de la libertad para un hombre que, para serlo cabalmente, necesita disponer de la totalidad de su ser, de su cuerpo y de su espíritu, el poema no es, hemos tratado de decirlo, desesperado, fatalizado, definitivo, sino por el contrario, tranquilo, positivo, optimista, pues está en él la imagen del árbol esclavo-libre, que es todo espíritu arrojado a la cárcel, misteriosamente, oblicuamente, por las fuerzas desatadas del mal, por una tendencia a retener, prohibir, cortar las alas y las ramas, al ser que es más

espíritu que cuerpo, a todo ser que, como el autor, era, aun en plena libertad, un reflexivo, un melancólico, un condicionado por la vida y sus naufragios, como lo fuera el mismo Fray Luis, y como aparece en este ensayo, que fuera hijo predilecto de Guillermo, como me lo advierte Marie-Hélène, esperando, es decir teniendo la certeza de que lo reconocería en él. Y así ha sido, desde luego porque el mismo Guillermo se reconocía y miraba su destino en el destino de Fray Luis, con esa premonición que otorga la vida a algunos elegidos, no sólo para hacerlos sufrir injustamente sino para anticiparles, como un sibilino regalo, la fatal seguridad de ese sufrimiento. El autor señala que *aunque Fray Luis de León "no vio nunca el mar"*, en diez de sus poemas originales aparece éste *temáticamente tratado* y en seguida, nos advierte: *El mar que aparecerá en los poemas que nos ocuparán a continuación es la sociedad en que vivió Fray Luis. Esta sociedad será como el mar embravecido y tormentoso. Paralelamente, el poeta dejará de ser la voz lírica impersonal de los poemas del primer grupo y pasará a ser un pobre naufrago en el piélago de los conflictos humanos. Así como el mar se transformará en símbolo de la vida humana, el poeta será el combatido navío o el naufrago trabajosamente a flote. ¿Cuál había sido el pecado original de Fray Luis? Sólo uno, que él no había cometido, del que era miserable hereditario: tener ascendencia judía, la cual, era irrisorio y obvio, él no había elegido, pero que aceptaba y comprendía al absorber su martirio en forma de cárcel. Guillermo, sin saberlo todavía, probablemente presintiólo, piensa en sí mismo, en su destino, al mirar la desgracia de Fray Luis: ...el naufragio de Fray Luis ocurrió en una época patológica. Todo pensamiento personal, cualquiera actitud científica rigurosa, amenazaban las creencias de la época. Y había que hacer no viable, por todos los medios, que la posibilidad misma del ejercicio libre del intelecto pudiera ejercitarse. La obra de Fray Luis, su movimiento natorio, no pudo así desarrollarse libremente, enfrentando sólo las dificultades. La estructura vital de la sociedad en la que debió mantenerse a flote ató a este naufrago parte de sus extremidades.*

Se proyecta ya, claramente, sin atenuación, quizás también sin intención, la imagen simbólica del árbol-árbol, del árbol-hombre, amenazado, en un primer acto, por el hecho mismo de existir y actuar en una sociedad *patológica*, y en un segundo acto de esta tragedia, sólo insinuada en la escritura, pero vivida totalmente por la carne y el espíritu, la pérdida de libertad, la cárcel sin motivo, sin proceso, sin causa aparente alguna que no fuera otra que ser un hombre libre, partidario, en sus acciones y en sus pensamientos de una sociedad sin trabas, rejas, condiciones, como la había querido Allende, el primer asesinado. Guillermo habla de la experiencia carcelaria de Fray Luis, desde su futura, propia y similar experiencia. Al escribirlas y describirlas, ni uno ni otro se quejan. Sólo cuentan, ordenándolo, como un informe docente, su martirio. Porque cuando tienes un libro, una carta —y todo libro es una carta a un destinatario desconocido—, un ser humano en tus brazos, en tus besos, en tus lágrimas, es un ser y dos seres al mismo tiempo lo que transcurre por tu vida y tu conciencia, el ser-árbol, el ser-humano. Ambos desarraigados por un crimen que no cometieron, echados a las tinieblas como el hombre encadenado, echados al fuego, como el árbol, desencadenado sólo para aniquilarlo.

Es necesario aquí, para completar, o intentar hacerlo, el breve cuadro del padecimiento sin causa y sin tregua, que muchos prisioneros, víctimas del régimen político de terror que ensangrienta nuestra patria, fueron encarcelados, incluso asesinados —*dados de baja*—, decían los partes en que se daba cuenta de esos fusilamientos, muchos prisioneros, digo, sufrieron esta increíble desventura, sin saber por qué, qué habían hecho, de qué se les acusaba. Ocurre también que los prisioneros de todo tiempo y toda tierra, han recurrido a menudo, prohibidos y aherrojados como estaban, espontáneamente, sin que pensar en ello, viniéndoles el soplo inspirado desde lo alto, donde crecen los árboles para liberarse, al chiste, a la anécdota, a veces cruel, como la crueldad que soportan, a veces insólita, como el destino que les ha señalado la suerte. Como ejemplo de ello, cito un caso, un caso excepcional, que no fue en sí una anécdota inventada sino que ocurrió verdaderamente, la cual me fuera transmitida, sin siquiera sonreír, por mi hijo menor, el compañero de prisión tantas veces citado, de Guillermo. Una mañana, el Comandante del Regimiento Valdivia, ordenó que se

llevara a su presencia a todos los detenidos universitarios, prisioneros en la cárcel de Isla Teja para interrogarlos. El Comandante, el Mayor Bustos, se había hecho famoso en la región al declarar públicamente que ellos no tendrían ningún empacho en fusilar de una vez a 350.000 marxistas si ello era necesario. Ya en su presencia los prisioneros, los fue interrogando uno a uno. El diálogo fue el siguiente:

- Tú, ¿qué eres?
- Ingeniero electricista.
- ¿Y tú?
- Arquitecto.
- ¿Y tú?
- Médico cirujano.
- ¿Y tú?
- Profesor de historia.
- ¿Y tú?
- Doctor en letras.
- ¡Ah, estos son los de los hospitales clandestinos!

Desde su excarcelamiento y su residencia definitiva en el exilio, hay, indudablemente, en el trabajo intelectual de Guillermo, no sólo en sus ensayos sobre los grandes autores españoles, especialmente clásicos, que fecundaron su sensibilidad, sino también en su personal creación artística, ésta en gran parte inédita, una huella indeleble de su reciente y cruel pasado: En su narración *Un hombre yace sobre la pampa*, fechado en Gradignan en noviembre de 1980, encontramos el recurrente pensamiento: *Nunca supe de raíces, no hay árboles en la pampa, no hay raíces que penetren su dura costra...* y este final: *... el jeep seguía avanzando, cada vez más lejos de la ciudad, se internaba huyendo de todo, de los pueblos, de la gente, buscaba la soledad barrida por el viento, había abandonado el camino, huía de toda comunicación, se internaba en el vacío del desierto; el jeep se detuvo, los oficiales fumaron otro cigarrillo, me ataron una muñeca con otra, me pusieron con las piernas muy abiertas, con la cabeza apoyada en el jeep, mis ojos estaban apegados a su puerta trasera, sentí dos disparos simultáneos, uno en cada talón, me derrumbé sobre la costra del desierto, me desataron las manos, encendieron un cigarrillo cada uno, servido maestro, me dijeron, y partieron en el jeep.*

Este relato, más que producto de la imaginación, es un informe, escueto parte pericial de la socorrida ley de la fuga, aplicada a gran parte de los prisioneros que repletaban las prisiones y los campos de concentración desde los hielos australes, hasta el desierto salitrero con el tristemente célebre presidio de Chacabuco, que llegó a albergar a miles de seres, los que, como hemos leído, pasaron a ocupar las reiteradas tumbas confidenciales que sembraron nuestra geografía, así murió notoriamente el diputado Espinoza, cuyo asesinato fue difundido más allá de las fronteras y el que, se me ocurre, inspiró las citadas páginas de Guillermo. Sus sufrimientos, los suyos y los de sus compañeros, también los de sus compañeros desconocidos, han ido marcando lentamente su paso por la vida a medida que se hundía en el sufrimiento. Salido de él, lo rememora en una suerte de delirio frío: *...llorar es una tarea en la que colaboran numerosas secciones del cuerpo, centros secretores, nervios conductores de órdenes, reflejos sincronizados por microprocesadores, resortes ocultos y activos, cómo dominar todo eso, cómo ponerlo en funcionamiento, otro camino para el llanto es ser un retrato puesto en este velador blanco de este cuarto blanco, quedarse allí en un marco inmóvil con unos ojos modelados para interminables lágrimas...* En realidad, hablo sin apoyarme en nada o en muy poco, pues para conocer a una persona, un talento, una sensibilidad, no bastan finalmente las opiniones, las suposiciones, los recuerdos de los seres queridos que estuvieron junto a él en el infortunio de la cárcel o de la enfermedad. Pero descubro en sus escritos posteriores a la terrible experiencia, una impresionante lucidez, una conformidad buscada para tener toda la presencia de su cuerpo y de su alma, antiguamente prisioneros y torturados, para contarlos todo, describirlos todo, sin olvidar nada, pero al mismo tiempo, sin agregar nada al infierno bien amoblado y calefaccionado. Yo no sé si esa serenidad estática y, sin embargo, vigilante y pronta a funcionar, le fue formada y formulada por la vida a partir de su nacimiento o de sus padecimientos a partir del fatal 11 de setiembre, primero de su enfermedad después. De su labor

estrictamente creadora sólo conozco los trabajos anteriormente y superficialmente comentados, que se publicaron en el *Homenaje a Guillermo Araya, Spaans Seminarium - Acto Literario del Departamento de Estudios Hispánicos, 4 de mayo de 1983*, organizado por sus colegas, su compañera y, supongo, por quienes fueron sus alumnos y conozco, además, de sus novelas inéditas, una sola, *Nosotros los buitres*, texto hablado no exclusivamente por el hablante directo, como dicen los técnicos, sino por los seres que le dan título. Guillermo parece haberse hecho a un lado —como en el teatro— para que hablen los actores y no el autor de la trama, pero ellos lo hacen con oficio, con dignidad, sin jamás enfurecerse o extrañarse por algo inesperado o exagerado o repetido por el destino, hablan como hablaba él cuando estaba en la cárcel, como si no estuviera en ella, con ese modo frío y cortante con que les contestaba a los gorilas carcelarios o torturadores, es posible que haya furia en él y en ellos, pero es una tranquila furia, una furia inserta en el puro clasicismo: *... en el camión corría la sangre sobre mí, los cuerpos tenían aún movimientos repentinos, un quejido sordo surgía de un rincón, una pierna buscaba su posición definitivamente rígida, unos sobre otros, sentía calor bajo mis espaldas, los que me rodeaban se enfriaban lentamente, había ojos que me miraban impávidos, la sangre manaba sobre mi garganta, encima de mis senos, corría por mi vientre, una mano se apoyaba en mi cabeza, se introducía rígida entre mi pelo, sentía rodillas contra mis costillas, blandos vientres inmóviles contra mis espaldas, pertenecía a una masa anónima de cuerpos, era materia humana acumulada, carga con uñas y con dientes, con ojos y rodillas, toda la sangre confundida, cuál era mi mano, cuál era mi cintura, la materia se unía a la materia, la carga borraba toda distinción, metros cúbicos, toneladas de carnes y de huesos, este ojo mi ojo cualquier ojo...* (Original, páginas 37-38.)

*... Todos se retiran, excepto los dos recién llegados que contemplan al caído. Llaman a cuatro más y uno de los recién llegados señala con su rama corta las piernas. Los otros se inclinan y le sacan los pantalones al sombrero. Le abren las piernas sentándose después dos en cada una de ellas. La señal se dirige al centro de las piernas, allí llega de inmediato la punta de una bota. No hay nuevas señales. La punta de la bota tiene su propio ritmo. Golpea sin prisa, pero sin pausa. Cinco veces, diez veces, veinte veces. La bota va poniéndose roja y pedazos de material se pegan en ella. La función parece llegar a su término. Todos los engorradados que rodean al caído suben sobre él y zapatean encima. Luego hacen una pequeña venia y se retiran. Uno vuelve con una caja con cuerdas y las arroja encima del sombrero. A través de ella percibimos la luz roja de la sangre que se esparce sobre la madera. De inmediato nos prestamos a ir a recibir esa carroña dulcemente macerada.* (Original, página 49.)

Guillermo, en estas páginas, no cuenta nada que ya no supiéramos y, sin embargo, recibimos como un descubrimiento y un deslumbramiento esta larga y dramática descripción de la bandada de carroña que sigue, en la vida y en la Historia, a la carroña militar. Este deslumbramiento y descubrimiento se explica, al menos, por el pensamiento incisivo y auténtico de Marcel Proust: el estilo no consiste tanto en las palabras como en el modo de mirar. Y la mirada de Guillermo va muy lejos, nos lleva y trae a través del tiempo, que pasa y, sin embargo, desgraciadamente, horrorosamente resta detenido. Este modo de mirar, agregaba Proust, es lo que da eternidad al estilo y, por supuesto, a la obra que en él transcurre. Sí. La palabra de Guillermo Araya queda. Su voz, que vivió calladas injusticias, vesañas y terrores, queda y regresa cada vez que releemos una carta suya o su ensayo, para él tan querido —mojado en agua de mar y no de llanto— sobre Fray Luis de León, su precursor en estigmas y sufrimientos.

Es tarea, deber, mandamiento de quienes lo conocieron más íntimamente que yo, de quienes lo acompañaron en la vida y en la agonía que fue su vida desde que saliera de la cárcel, sus alumnos, sus compañeros, sus colegas, ellos tienen la obligación, esta obligación, rescatar del olvido, de la postergación, del anonimato a este gran maestro y creador, uno de los seres de mayor sensibilidad que he conocido en el curso de mi no menos azarosa —un azar en realidad casi enteramente burocrático y empapelado— existencia. \*

París / Wabern, Julio 1983.

# JOSE MARIA NAHARRO

## DIES IRAE

En demasía tocamos  
el dolor, la angustia o sólo esa mujer  
que nos deja porque decirse dice  
sin burcarnos, buscarse.

Pena que no agoste  
de altibajos la llama de un porvenir,  
no tiene papel, señor,  
en esta injusta partida  
del odio, del mal, del desamor.

## EL ORDEN DE LOS FACTORES NO ALTERARA EL PRODUCTO.

Cómo será el cielo sin su tormenta  
o la luz sin el ciclo de sus apagones.  
Y el banco de los parques, le traerá  
la misma invocación de los balandros.  
Y el relámpago de las aguas vespertinas,  
acogerá en su amanecer  
la poza de sus torrentes.

Y su serena cara tras el ocre deseo de los besos  
seguirá riendo, abrazando  
la desatendida sonrisa,  
mi vago humor en el chapoteo de la ducha:  
la incógnita despejará  
el desterrarme al trastero de mis plantas.

## OTRA MAÑANA

Con un chasquido de olvido  
y hedor de la cara ausente;  
otra mañana cuando otrora  
esa luz tan apreciada  
juguetea en zócalos de memoria.

Otra mañana de obligación,  
otro día que por saber sabes  
dará con tus huesos como el relámpago  
en un látigo de vigilia,  
y con sudor de vacío marco,  
la pestaña  
tras los trapecios del tiempo.

Y esta mañana, también sin ella  
vendrá el cuerpo a medirse de pantalones,  
sin atisbar la pendiente,  
el ángulo de arrugas en la senda,  
otra mañana.

## LOS NAIPES DEL TAROT

Todavía en esa partida, en esta mano,  
te guardas de la baraja,  
una carta:  
los años, la acritud de los años  
ya ni perdonan deslíz,  
ni gestos de la inocencia,  
mas aún clavar no saben  
ese par de banderillas.  
Qué distraídas  
al no hay dos sin tres de una pasión,  
ese par de banderillas.

## VIGILIA DEL POEMA

Calor de los cuerpos amainados:  
En tenue alborada de voz  
con su temblor de invierno  
tras los cristales, nos somete  
espesada la luz,  
junto al café, las toses,  
los no será hoy  
que me despierte el corazón.

## RESOLUCION

Nunca más, te dices,  
a la vera de un retoño,  
una ociosa jatica,  
una galopante begonia  
de inquietud y ajena indolencia.  
Nunca más te dirás hoy,  
para sumirlo en el mañana  
de un más que no aprende  
a templarse de nunca.

## PRISIONERO Y ERRANTE

"Si emprendes el camino a Itaca  
desea que el camino sea largo"  
Duerme y despierta al cabo de la vela;  
y a la cabeza, mejor que el sueño,  
una sonrisa,  
y la babucha ligera al pie  
por temor del Centinela.  
Y toparás, el muro toparás  
de no atisbar hoy como entonces  
ni un resto de tentación, ni un salto.  
Mata la vela,  
y a la cabeza en previsión  
líá todo marco de sonrisa  
que hoy como anoche,  
tal vez  
al fondo del viaje,  
si emprendes el camino,  
te engaste.

## SI TORNAS HOY A NACER

Si hoy te despierta  
el arrullo y en disposición  
te conciertan la savia del patio,  
la pajarería;  
si hoy el colado pocillo  
ya no predice un arabesco  
o ese concierto andante ma non troppo  
se te agría en un adaggio de alocada fuga  
por las mamposterías,  
arañando maderas y trepando  
luceros por los techos,  
ni un solo compás dudes  
o del Te Deum aguardes los inicios,  
si esto torna a nacer:  
mas en pedazos la batuta,  
con fanfarria de trompas abre armarios,  
y sigue los espejos de memoria  
hasta el primer movimiento  
del acallado teclado de tus yemas,  
mi acorde,  
nuestro infinito.

## POEMA SIN MADUREZ DE TABLAS PARA SER SALMODIADO CADA VEINTICINCO DE OCTUBRE POR DIEZ AÑOS.

Ahora en esta hora,  
en esta hora llaman  
benditos los años, los gladiolos:  
estos sexos violetas.

Es hoy tu cumpleaños:  
hoy te engalanan de besos.

Hoy traza la pluma  
en su adiós al dos  
el rabo del tres,  
tu dos sin mi tres  
de una resolución,  
mesada para mi tres,  
camino del cuarto decenio. \*

# MARIO FERRERO

TRES POETAS CHILENOS:

MARIO FERRERO

CARLOS BOLTON

ANTONIO CAMPAÑA

## TODO ES CENIZA AHORA

*Todo es ceniza ahora  
Mi corazón se aleja se va por los caminos  
Un árbol me recuerda que yo no soy un árbol  
Es necesario sacudirse los pájaros  
Además hay que llorar  
Hay que llorar y besar una rosa  
Entre los muslos gritones de un mercado  
Hemos viajado tanto que ya me olvidé  
De qué color eran las alas de los astros  
El tiempo quedó atrás como un enano  
Yo solo estoy de pie  
Lo mismo que los leñadores en la tarde  
Mi cabeza es un molino viejo  
Aunque después de todo a quién le importa  
Que sea un molino o que sea una lámpara.*

## TATUAJE MARINO

*(Canto octavo)*

*Debajo de la capa,  
Aisén es un cuchillo de oro fino,  
un dorado mantel bordado a mano  
donde brilla la sal y canta el vino.  
Aisén, agua de piedra,  
hilacha de sudor entre los dedos,  
molino de cristal, cuna del viento,  
alucinado espejo de la nieve.  
Tus mujeres llegaron desde lejos  
remando a contrapelo el cataclismo.  
Y tallaron las velas de aparejo  
y tejieron la piragua marisquera.  
Tus mujeres, Aisén, faroles verdes  
que inventaron las lunas de madera,  
que fueron navegantes de la selva  
y esquilaron la espuma ganadera.  
Todo el amor de golpe,  
como un río de antorchas rumorosas.  
Allí navegó el mar, voló el aire a su centro,  
estalló el mineral en las neveras,  
balaron en el cielo las ovejas.  
Tus hombres fueron santos, bandoleros,  
comerciantes de mar montaña adentro,  
alucinados duendes de aventura  
que techaron el alma con alerce.  
Tus hombres fueron fuego, nieve ardiendo  
en las soberbias noches de epopeya,  
cuando el puño era sólo una bandera  
y los pumas ardían en las sienes.  
Todo lleva tu sello, tu viva escarapela.  
Tus caminos, Aisén, piedra en la piedra,  
de piedra tu viruta montañesa  
y pura piedra el agua de tus cuencas.  
Son de piedra las hojas, los ríos tutelares,  
el terciopelo negro de tus noches  
lleva una piedra roja entre los dedos  
y un gran grito de piedra te corona la idea.  
Por eso una miel de oro te circula en las venas,  
llevas la entraña fragante como un anillo de abejas.  
Y te vuela la sonrisa por el arco de las trenzas,  
mientras tus niñas azules tejen papeles de almendra.  
Debajo de la capa,  
Aisén es un cuchillo de oro fino,  
un dorado mantel bordado a mano  
donde brilla la sal y canta el vino.*

## ALEGATO EN EL BOSQUE

*Ya no soporto más  
la disciplina de los bosques,  
con sus árboles sentados uno a uno  
como poetas de concurso.  
Hay que ser leña de nacimiento,  
oscura casa sin remedio,  
para pasarse así la vida  
viendo crecer la copa del vecino,  
sin otra alternativa  
que saludar al sol en las mañanas  
y recibir la lluvia a manos llenas.  
Árbol que no discute,  
que no cambia de sitio,  
que no se rebela ni lo llevan preso,  
árbol que no camina por los bosques  
no merece a los niños  
el menor respeto.*

## CIRCULO

*Entro en ti,  
victorioso,  
una brasa de sangre  
en cada poro.  
Hasta la última gota  
de mi ser  
entro en ti,  
desbocado,  
radiante,  
plafando de alegría  
como un gran potro negro.  
Salgo de ti.  
Afuera llueve  
la plumilla de cardo  
nevada por el tiempo.  
No estabas.  
No eras eso.  
Se morían los pájaros  
en una jaula de oro.  
Y sin embargo eres la eternidad,  
la otra orilla del mundo,  
la lujuria del sol  
contra la muerte.*

## DISCRIMINACION RACIAL

*Los negros nacen del útero  
de su madre negra,  
un pájaro celestino  
trae a los blancos de París,  
los cobrizos vienen de la cobra,  
pequeños seres amarillos  
transitan por la orilla de los ríos.  
Un niño me pregunta:  
¿Dónde está el Hombre?*

## DOBLE VIA

*Es un hombre sin salida,  
ya van diciendo de ti,  
como si fueras un garage  
o un pasillo de acceso.  
Son los hombres sin entrada,  
piensas tú,  
y te sientas en el trono  
de la pelantería.*

## GAJES DEL OFICIO

*Has de morir de risa,  
de hambre o de misterio,  
de balazo en la boca  
o en el verbo que sangra.  
Lo sabes desde antes,  
no culpes a los dioses  
ni a las bestias.  
Después vendrá la mueca  
del payaso,  
el edecán de turno,  
el discurso enemigo,  
esa magna opereta  
de los empecinados.  
Lo sabes desde antes,  
no culpes a los dioses  
ni a las bestias.*

## LA TOS

*Viene la tos tan ácida  
tan bronca, tan barbada,  
tan fusil a la cara contra el tiempo,  
que se alza la quebrada de la mano  
y empieza a repartir la selva hojas,  
piedras de luto el aire de la sierra,  
voces de mando recién amanecidas,  
duro café quemado en las costillas.  
Si el guerrillero ha muerto  
por qué crece la tos,  
el asma al brazo  
bajo la luna de raíz incierta.*

## PUERTA DE ESCAPE

*Me huyo de mí mismo  
por la puerta de escape.  
Se me vuelan las chispas del disparo,  
las manos saltan lejos  
entre los aplausos de la galería.  
No es nada, no se muevan.  
Sólo es un pobre hombre que corría  
sin saber por qué.*

## AZOGUE

*Dan ganas de llorar sobre tu cuerpo,  
dan ganas de llorar, cortar naranjas,  
encumbrar volantines en la punta del mundo.  
Dan ganas de estar solo bebiéndote la luna  
mojada de tu cuerpo.  
Dan ganas de reír sobre tu cuerpo,  
dan ganas de reír, hacer incendios,  
llegar a tu cintura con un morral de caza.  
Dan ganas de treparse al último peldaño  
celestino de tu cuerpo.  
Dan ganas de morder la sombra de los sueños,  
las uvas de tu cuerpo.  
Y ponerse a llorar como el niño sediento  
ante un espejo. \**

# CARLOS BOLTON

## UN TRANVIA LLAMADO . . .

*Cierta angustia en grandes garras  
mientras espero tranvía  
me atenaza, mas, no hay ya más  
tranvías por esas calles  
si en mi garganta tranvías  
con tranvías se atragantan  
mientras espero tranvía  
inútilmente en mi casa.*

## MONADOLOGIA

*Si el mundo  
fuera cuadrado  
y más chico,  
las cosas  
mucho peor aún  
serían.*

## CONTRADANZA

*Se habla y canta a la Muerte  
cuando muy bien sabemos que ella  
no ha existido jamás.  
¿Que se mueren los muertos,  
que ahí están los cementerios,  
con sus pilas de huesos?  
Sí, sí, mas,  
una cosa  
son  
los esqueletos  
y otra  
muy diferente cosa  
la danza  
de los huesos indiscreta.*

## TELEFONEMA EN LA NOCHE

*Dormía.  
Duermo.  
El teléfono repica  
con vehemencia suma.  
No es campanilla es campana  
que dobla y redobla aguda.  
En mi mano el artefacto  
auricular aún tibio  
deja vibrar el silencio  
por un segundo nítido.  
Aló  
aló aló  
disculpe  
noche equivocada  
noche  
con cierta noche confundida  
aló  
aló no importa  
mañana es de día.  
Duermo. Oía  
una voz sin labios. Dormía.*

## MANO MIA

*Por el espejo mi mano avanza  
automática y ligera  
abrochando chaleco  
pantalón  
y bragueta  
tan hábil  
segura en su arpegio  
tan por su cuenta y riesgo  
que tuve miedo a tarántula miedo  
a "La mano que aprieta."*

## CRISTO MUERTO

*De Hans Holbein, el Joven  
su Cristo Muerto  
no sería lo mismo  
si no tuviese  
un ojo abierto.  
Esa muerta mirada misteriosa  
que no mirando nada  
nos deja solos, muertos  
de miedo abandonados  
entre los muertos.*

## RASSUREZ VOUS

*Al rasurarte  
ante el espejo  
con muy bien asentada  
la navaja no basta  
cara a cara mirarse.  
Bueno es hacerlo  
ante un espejo  
de cuerpo entero así  
por si acaso llegase a cercenarse  
la testa y ésta  
rodase por los suelos  
ser por lo menos  
consciente de ello  
que suicidarse  
de mañanita  
antes de ir al trabajo  
es llegar tarde  
a lo profundo  
del subterráneo  
del tren del metro  
situación no del todo  
que digamos correcta  
y más que problemática  
para jefes subjeses  
y señoritas  
del pool secretarial  
ejecutivo  
perfecto.*

## LOS MUERTOS NO LLORAN

*El tiempo de los asesinos, ay, tú  
ni lo notas,  
van  
por esas calles  
cual  
como si tal cosa.  
Los muertos no lloran.  
De tumba en tumba  
salir suelen pero  
qué importa . . . ,  
para eso están las bolsas  
de cuerpo entero  
y sus largas sogas  
que ya van bajando  
verticales  
a sus comunes fosas.  
Los muertos no lloran  
pero hacen  
muecas transparentes en sus bolsas  
al tiempo  
que tú  
ni lo notas.*

## DE LA AGRESIVIDAD EN EL REINO ANIMAL

*Que yo vea un pollo  
a lo spiedo  
y el león  
un cordero por el prado retozando  
no hace mucha gran diferencia  
como cuando yo veo  
a otro hombre por la vereda: el león  
por lo menos  
no necesita saludar  
ni sacarse el sombrero.*

## CANCION DE ADIOS AL SASTRE

*Ha pasado un año y otro  
y otro sin hacer ropa  
alguna, camisas, nada,  
nada, aunque acércese la hora.  
Es que para mí tal vez  
es insubstancial la moda  
detenida para siempre  
en lo que es o fue mi forma.  
Irán entonces mis ternos  
caminando por la sombra  
de un espejo a otro espejo,  
de un ropero a otro ropero  
más allá de las polillas  
más acá del agujero.*

## CHANSON

*Los caballos mugen,  
relinchan las vacas,  
rebuznan los perros  
y los gatos ladran.  
¿Nosotros?  
Nosotros humanos  
hipando  
rumiamos, rumiamos.*

## DE PIE

*Comer de pie  
ante un mesón de lata  
o copular de pie  
en el zaguán  
oscuro de una casa.  
Comer de pie  
mientras se lavan  
y se pulen los platos. Copular  
de pie con la mirada  
extraviada en la calle  
por temor a que alguien pase. En fin  
de pie para qué  
para morir de pie  
contra la pared.*

## FIN O COMIENZO DE UNA PELICULA

*Una puerta  
que sola se cierra  
una ventana  
que sola se abre  
una persona  
que sola se queda  
en un cuarto  
demasiado grande  
unos pasos  
en cámara lenta  
una música  
que no toca nadie.... \**

# ANTONIO CAMPAÑA

## EL AMOR TENAZ

Debo entregar tu cuerpo suspirado  
y en soledad de llama y beso puro  
furioso arder, deshecho, sobre el muro,  
por tu región de labios habitado.

Debo perder tu llanto hoy encielado,  
tu voz y tu deseo, el celo oscuro,  
la rosa oculta entre tu seno duro  
como una cera tibia a tu cuidado.

Llanto del mar, mi amor es lo que moja;  
huella del aire, tránsito del sueño,  
fragilidad de lluvia, apenas hoja,  
yo no quiero soltarte y sólo pido  
por no entregar tu voz y ser tu dueño,  
cortar el viento o padecer su ruido.

## SONETO XI

Después del mar tu vida llega al fuego,  
cuerpo pulido a roces animales,  
arde tu cima viva entre puñales,  
vivas regiones para el muslo ciego.

Quema tu labio abierto por el ruego,  
labio en vedas de dichas infernales,  
guardadora del sol, luz de esponsales,  
pierde el agua por t'í su sabio juego.

Oh llama sin cenizas acelera,  
noche sembrada a huesos de paloma,  
que hoy techo de tu fuego es mi madera.

Arder de musgo, amparo que calcina,  
despiértame en el cruce de tu aroma,  
entre tu hoguera al pecho como encina.

## EL TIEMPO EN LA RED ( Canto XVII )

La soledad no cambia y va de un lado a otro,  
la soledad no cambia aún cuando tiene un rostro para cada ocasión,  
la soledad que junto al tiempo nos tiende la mano  
pues a veces no es fácil sentir aquello que la piedra siente,  
lo que el aire acaricia al elevar pájaros y unas dóciles sombras,  
lo que el mar incorpora noche a noche en los lechos del amor,  
no es fácil sentir y yo me dejo caer en tentación y sueño,  
yo me dejo caer en tentación y vuelvo de nuevo a los recuerdos,  
vuelvo hacia unas horas que piedra fría son, es decir, tiempo,  
hacia el ser ansioso del ayer y del hoy tanto como del amor,  
al que de la nada y del espacio siempre le llega algo,  
algo que al hombre hace volver hacia las viejas autoridades de los mitos,  
no es fácil saber es cierto lo que la historia deja en la memoria,  
no es fácil, nada es fácil, nunca es fácil,  
a pesar de que todo hombre es un poco el rostro del mundo  
es el gesto del azar que vuela desde el hechizo del universo,  
la alianza entre el sueño y sus tijeras de ceniza,  
es un poco el pájaro que no recuerda los árboles que ha visitado,  
el que nunca ha estado más que en el cambio,  
el que nunca deja de ser sino su propio sueño  
y busca rumores salvos que sólo nacen de unas formas lucientes,  
de formas de cuerpos de brasas, no de llamas,  
no es fácil si apenas recordamos los tiempos que se han ido,  
si apenas nos damos cuenta lo que es un grito en medio del mar,  
lo que agita los desnudos que se empujan para coger un gesto del amor,  
no es fácil saber del tiempo que anda lejos de nuestro cuidado,  
de la viscosa cosecha de los sueños en los cuerpos sin amor,  
sueños de vivientes descalzos sobre las aguas jóvenes,  
sueños de vivientes trabados bajo la lluvia,  
como rostros de pausados amantes con trajes de agua,  
no es fácil saber la ruta de la verdadera vida,  
de esa vida que es sólo para la muerte,  
no es fácil saber y yo me dejo caer en tentación y sueño.

## EL TIEMPO EN LA RED ( Canto XXIII )

Cuando se tocan los hilos que nos sujetan al sueño,  
cuando en la sombra se suspenden nuestros goces de pájaros,  
y el mar no es sino un fanático del deseo,  
un corruptor que celebra la armonía con movimientos sospechosos,  
cuando sabemos que es sólo el hombre quien revela el exterior,  
quien comunica el acto en que la luz suele llegar hasta el abismo,  
y sospechamos de la pobreza de algunas leyes  
al ver como la muerte pesa menos que el cuerpo que desaloja,  
vaho espumándose amoroso, casi ternura viva palpándonos el pecho,  
cuando desde todos lados contemplamos nuestra miseria  
y vemos que nada podemos ser en un mundo sin piedad,  
nos vamos dando cuenta de ciertos estados ya habituales,  
cubiertos por un mar de tinieblas que toda luz no alcanza,  
que nos dan fuerzas que no se sabe de donde vienen,  
que no se sabe a donde van ni que es lo que quieren,  
aquellos que nos dan el sufrimiento en una alcoba del otoño,  
soplos que se instalan como espumas encima de la memoria,  
soplos amados, soplos enemigos desatando sus sueños,  
por aquí asoman ignorándose los unos a los otros,  
llamando siempre, convocando ruiseñores vibrantes,  
por aquí llegan a traer y romper un orden de pluma acumulado.

## LA PRIMAVERA JUNTA ( Canto VI )

Los días de primavera conducen al amor en hombros como al aire  
Y la alegría los cuida a manera de hijos que han de vivir siempre  
Delante de estos días la tristeza ya no cuenta su historia  
Y en ellos vamos como en el mar hecho de una lágrima tuya repetida  
Son los días que se asoman para ver la luz de la ceniza del bosque  
Los que contemplan al mundo con sus cambios malqueridos y amados  
Son los días que nos llevan hacia los términos como el tiempo  
Hacia ese residir de blanco en tus brazos y muslos asesinados  
Son los días cuando el pájaro lleva su primer fuego de árbol en árbol  
El primer fuego que nace de unos miembros frotados por el amor.

## EL INFIERNO DEL PARAISO ( Canto V, fragmento )

Las cosas están ahí donde tu hallas el polvo,  
Pero entre el cuerpo y el alma sigue una agua espesa,  
El tono más a propósito para un entierro,  
Como la hoja que cierra los ojos de la sombra y va y viene,  
Como la roca que acepta vivir sin un deseo  
Y sabe que el presente no se borra con divisar el pasado,  
Oh ángel de la memoria vuelve con el olvido en tu cabeza ardiente,  
Solo un instante vuelve para buscar mi labio preferido,  
El regocijo sin sueño, la red cerrada de los cantos,  
Aunque Dios está cada vez más lejos, no se sabe dónde,  
Pues si nada tenemos nada hemos perdido para siempre  
Y todo no es sino sueños creados como hojas o plumas.  
Alma, por t'í hago jornadas cual un pájaro en el cielo,  
Ahí no hay rutas para vivir dentro de un seno o de la vida  
Porque Dios no estaba y todos iban tal el que se ahoga,  
Y si pides una aurora en mitad de la noche algo pasa,  
Algo se desliza allá más lejos de ti como las épocas,  
Y si te acercas ello llega por el único hueco que tu no ves,  
Todas las cosas están ahí, puedes tocar la roca,  
La tierra tiene muslos de madera de hoja liberada,  
Ahí no hay miedo de siempre tener un traje antiguo,  
Ni olores de ácidos, ni sueños mojados por el aire,  
La soledad tiene un talle de niña donde se acuesta el alba,  
Nada es extraño ahí como el hombre en su cuerpo,  
Extraño más que el asco en brazos de la inocencia,  
Nada altera las cosas, ni aquel poder oculto,  
Ya que también Dios envejece en su más allá hermoso  
Y sólo tú eres el dividido, la mitad clavada en el azar. \*

# PEQUEÑAS REVOLUCIONES SIN IMPORTANCIA

□ ANA VASQUEZ

Se acercó sonriendo, perdonen que los interrumpa, prefieren una escalopa o un roast-beef. Ricardo demoró unos segundos en reaccionar, los demás levantaron la vista del documento, observándola en silencio. Los ojos de Ricardo escrutándola por encima de esos anteojos ridículos —la mitad de un vidrio— que usaba ahora. Se avergonzó pensando que la inclinación que le imprimía a la cara para mirarla por encima de los lentes lo envejecía, y que no quería aceptar la diferencia de edad que había entre los dos. Ricardo le acarició la mano para suavizar las palabras, mi amor, usted hace tan bien todo eso. . . decídale solita, no ve que estamos hablando de cosas serias. Retrocedió, sintiéndose más chica que una hormiga. Porque lo que comían —sobre todo que era ella la que lo preparaba y no él— era agradable, sabroso, pero no importante. Se deslizó por detrás de la mesa de la cocina. Furiosa. Pero ya sabía que su ira no la llevaría a ninguna parte, porque él era instintivamente un seductor, y durante la comida alabaría sus escalopas ideliciosas! viste el detalle de la crema con mostaza. . . y llevaría la conversación de tal manera que pondría en relieve sus cualidades, las manos de hada de Angelita, el cuidado que le había prodigado al gomerito, y yo no sé qué haría sin mi muchachita, terminaría afirmando. Con esa insistencia en aniñarla, como si ella ya no tuviera treinta años, como si nunca pudiera llegar a ser adulta. Se imaginó a sí misma caminando con pasos seguros hacia la puerta de entrada, poniéndose su viejo chaquetón de cuero que quería como un talismán porque le recordaba el “allá”, paseos al borde del mar, riesgosas reuniones nocturnas y mañanas heladas en que salía, con las manos en los bolsillos y respirando fuerte para combatir el frío. Cerrándolo por encima del foulard, diciendo indiferente, me voy Ricardo. . . Los movimientos regulares de las piernas al bajar la escalera, la mano estirada para abrir la puerta del edificio. Podía irse para siempre. Que se quede con su prepotencia. . . Le palpitaron las sienas de angustia. No no. No tenía ganas. Respiró

hondo. De todas maneras lo quería. Soy ridículamente contradictoria. Porque cuando él la acogía con esa sonrisa medio apreciativa y tan posesiva, ella sentía que se le apretaban las tripas, una excitación, una alegría profunda porque él la miraba de una manera. Al caminar por la calle, él la tomaba firmemente del brazo. Entonces ella se sentía segura, protegida; sabía que si alguien se atrevía a mirarla con un poco de insistencia, los dedos que le sujetaban el brazo se endurecían, preparándose para romperle la cara al insolente. Y había algo tan decidido en el gesto de Ricardo que el molesto entendía el mensaje y dejaba de mirarla para fijar la vista en algún punto del horizonte. En las calles de París, se decía, me siento tranquila cuando ando con Ricardo. Qué vergüenza, se confesó, porque se rebelaba pero al mismo tiempo amaba esa actitud posesiva y protectora.

Por la mismísima mierda, masculló, agregando todos los insultos que sabía, en varios idiomas, porque Francia era el tercer país de Europa donde se instalaban, y ahora sí que ella estaba decidida a no moverse de París hasta que terminara sus estudios. Las manos temblando de rabia, porque encuentro humillante que ellos analicen el documento mientras yo me pudro en la cocina. A fin de cuentas, estoy estudiando economía, se les olvida siempre. Pero ese mierda no era sólo para Ricardo sino también (y quizás ante todo) para ella misma. Porque se daba cuenta que no podía aceptar que la protegiera (en la calle) y encabritarse (en la casa) cuando él decidía que ella no era capaz de entender ciertas cosas o de aportar en una discusión. Era ella la que se metía en la trampa cuando le pedía que la acompañara porque (ambos lo sabían) en cuanto oscurecía le daba miedo aventurarse por los pasillos lúgubres del metro, no le gustaba caminar entre los tipos que deambulaban desnudándola con la mirada. Si no fuera tan cobarde, si lograra superar el miedo. . . El frasco se quebró con un ruido de catástrofe, salpicando el linóleo de crema y pedazos de vidrio. Los labios ligeramente

ásperos rozándole el cuello, no se preocupe preciosa, no se ponga nerviosa, comerán sin crema. Transformándose en su aliado contra “los otros”, con esa capacidad de darse cuenta por un detalle ínfimo —el ruido del frasco estrellándose— que ella estaba enojada, y que un mordisquito en la oreja la calmaría. Porque siempre era así, después de la frase dura venía el amor, y ella cedía siempre, terminaba riéndose, no es nada, no te preocupes. Pero, por qué lo perdono y trato de olvidar lo que me dijo, por qué estoy haciendo este esfuerzo constante para disminuir la importancia de los pequeños roces cotidianos, por qué tengo que contarme una y otra vez lo magnífico que es él, su sonrisa adorable, sus pequeñas atenciones, estás cansada Angelita, ¿vamos al cine? ¿quieres pasear por el borde del Sena? Es que, por muy fascinante que fueran las noches, la opacidad del día, invadido por mil gestos rutinarios, abrir envases, limpiar, guardar, ordenar, comprar siempre lo mismo terminaba por contaminar la pasión, reduciéndola también a una rutina. Pero soy yo sola la que elegí meterme en esta vida idiota. El no me pidió que asumiera la casa, fui yo la que. . . . Trató de recordar el primer acto de esclava doméstica, cuando subieron al cuartucho que acababan de alquilar. El primer movimiento, el inicio de todo. Sofocados y riéndose, llegaron, arrastrando las maletas. —¿Qué tienes en la maleta? —Puñados y puñados de la tierra prohibida. . . . No era cierto, después Angelita descubrió que no tenía ropa sino carpetas de papeles y recortes de diarios. —Bueno, bajó a buscar la caja de libros. Y entonces, mientras lo esperaba, ella hizo el gesto fatal, puso a hervir agua. Y le sirvió la taza de té a un Ricardo desplomado entre los bultos, que fumaba mirándola acercarse con el té humeante. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué hacía Ricardo cuando ella colgaba las cortinas? Adónde estaba mientras ella guardaba la ropa, qué reflexiones lo absorbían cuando tarde en la noche, lápiz en mano, Angelita revisaba lo que faltaba, preparando la lista de compras para el día siguiente. . . . Se detuvo, abismada en la contemplación del brazo tenso, la mano izquierda contraída sujetando la lata de salsa de tomates, los dedos de la otra encogidos por el esfuerzo que le imponía el maldito abrelatas. Dedos de cocinera torpe, donde cada comida hecha con rabia y apuro imprimía su huella, el rasguño de anteayer, cuando no sujetó bien el cuchillo, la quemadura de anoche y una uña quebrada, en el índice. Dedo mocho acusando a la que improvisó una tortilla y se puso nerviosa porque no encontraba los ingredientes. Manos casi ajenas que aparecían de repente pegadas a su cuerpo, imponiendo una nueva realidad irreductible, una Angelita-cocinera en que no se reconocía, no quería reconocerse. Pero mi amor, le diría él riéndose —si ella tomaba valor y trataba de explicarle que tenían que compartir responsabilidades—, pero mi amor, si usted sabe que yo soy el primer feminista latinoamericano... porque quién no sería feminista viviendo con la Angelita, adorable, encantadora, con ese hoyuelo en la mejilla cuando se enojaba y hacía esfuerzos para no estallar. Y cómo podía seguir planteándole reivindicaciones domésticas, mientras él empezaba a describir lo linda que era, en sus rinconcitos más secretos, y entonces, claro, una es feminista pero no fanática, y las discusiones se terminaban en la cama.

El metro horadaba el túnel oscuro con sus movimientos bruscos e irregulares, sentados uno al lado del otro, volvían de un acto por la recuperación de la democracia. Discursos vibrantes, flautas andinas y al final, todos de pie, cantando “Venceremos” con el puño en alto. ¿Rutina de exilio? Angelita ya no toleraba esa atmósfera cargada de humo de gauloises y de consignas heroicas, se mareaba entre los militantes de todo el mundo que repartían en la puerta del teatro, papelitos a roneo denunciando crímenes, masacres, incluso genocidios. Volantes donde terminaban afirmando que de todas maneras, siempre, el pueblo unido tendría que triunfar. Preguntas que una no se atreve a hacerse, terribles dudas. Ricardo no compartía su malestar. No, Angelita, estás viéndolo todo negro, somos los desterrados de todo el mundo, es cierto pero. . . . Y entonces, nada que ver, ella lo interrumpió para decirle que no podía desperdigar ropa arrugada y tazas sucias por todo el departamento, que un verdadero revolucionario no explota a su compañera y que ella no estaba dispuesta a fregar siempre la cocina, porque él también podía. . . . Quizás fue un sacudón del metro al partir, Ricardo se estremeció como si lo galvanizara un correntazo:

—Pero Angelita —la voz cálida y convincente— no seas injusta, tú sabes que yo sólo quiero ayudarte. . . . Diálogo imposible, como si hablaran en idiomas distintos. Angelita suspiró, mordiéndose los labios para no gritarle que no era eso lo que le estaba pidiendo. Enormes y rubios, una pareja de escandinavos se sentó frente a ellos. Con una mano de pelos rojizos sobre el muslo de su compañera, él comentaba en su idioma incomprensible algo divertido que los hacía reír. Seguro que salían del cine. Ricardo desarrollaba su análisis; Angelita se preguntaba si la rubia de muslos insensibles y suecos del 42 tendría los mismos problemas que ella para vivir en pareja. Tal vez habrían logrado compartir los trabajos monótonos y las ideas brillantes, quizás simplificaban al máximo comiendo sólo hamburguers y vitaminas. Horrible. En el asiento de la derecha se instaló un gordo con una mujer chiquita, la cabeza y la frente tapadas con un chador. Ahí no había dudas, él acaparaba las palabras y el poder, ella la rutina y el silencio. La gringa soltó una risotada sonora y Angelita se estremeció tratando de retener las lágrimas. Todo le parecía inútil, la discusión con Ricardo, las tres parejas —contemporáneas y extranjeras, reunidas por azar en un metro nocturno— su propia pelea, vital para ella, que los otros sentirían como ajena y sin importancia. —¿Qué te pasa Angelita? Vamos. . . . no te pongas así. Era mejor juntarse en un café, ella insistía, déjame que te explique Ricardo, no se trata de que tú me ayudes; no es eso... él la miraba muy serio, excesivamente atento, los dedos tamborileando contra el jarro de cerveza. Y ella se ponía nerviosa, incoherente, se ahogaba, se le olvidaban las palabras, tenía que respirar hondo para no ponerse a llorar ahí mismo, en la terraza del café, qué vergüenza. Lágrimas de impotencia, de ira consigo misma, por qué, por qué soy tan tonta, no logro decirle nada importante sin lloriquear. De todas maneras Ricardo hablaba mejor que ella, la primera vez que lo vio, más que verlo lo escuchó y quedó deslumbrada por lo que decía, por la manera como lo decía. El lenguaje era su mejor arma, y él lo sabía. Esperaría un rato, le pasaría un pañuelo (impecablemente planchado por ella misma), y con esa voz llena de matices, expondría argumento tras argumento, como un prestidigitador que saca palomas y conejos de un sombrero, citaría a Gramsci o a Althusser, e incluso a Kate Millet, terminaría mezclando algún verso misógino de Neruda, loas a su cuerpo moreno, a las piernas que se entrelazan, y ella aceptaría que ese amor era más importante que cualquier discusión estúpida sobre tonterías de la vida cotidiana. Embobada escuchándolo, como quien admira a un artista en un número repetido pero siempre genialmente distinto.

Aceptaba y no volvían a hablar del tema, pero no por eso estaba convencida. De alguna manera estaba segura que era ella la que tenía razón, aunque no era capaz de demostrárselo. Y tres días después, caminando sola por el boulevard, cargada de las compras del día, preparaba un diálogo imaginario, le hacía una demostración brillante, frases unidas lógicamente, las bases de una relación contemporánea de pareja, y él estaría obligado a reconocer que era ella la que tenía razón, que así no podían seguir. —. . . No es el amor lo que quiero, si quieres somos amantes, pero la casa la asumimos los dos o sino yo prefiero vivir sola. Jaque mate, las discusiones terminaban siempre en un fracaso. Podía hacer una exposición teórica en la Universidad, presentar argumentos inteligentes en el Comité de Economistas Exiliados, donde preparaban un proyecto para la post-dictadura, pero no era capaz de plantearle a Ricardo sus puntos de vista sobre la vida en común, su propia vida en común. Subió rezongando los seis pisos, malditas casas sin ascensor. Entonces cambiemos de estrategia. Dejó caer la bolsa de compras, parecía de plomo. ¡Última vez! Hoy martes. Última vez. Palabra de mujer.

—Amorcito, ¿a qué hora vuelves mañana? —Tal vez a las siete, no sé. . . . —Tengo que quedarme hasta tarde en la Universidad, quería pedirte que hicieras las compras. —No creo que alcance, Angelita, tú sabes como son esas reuniones, puedo salir a las seis como a las nueve. . . .

Arreglárselas para llegar después de las ocho, cuando ya ha cerrado todo el comercio, cargada de libros, culpa, tengo que seguir trabajando. Encontrar a Ricardo, tumbado ante la televisión, su opio personal, que apenas la saluda, concentrado en las noticias. Pasar de largo hacia la mesa, la única, aquella en que se come y donde se escribe; hacer un gran despliegue de papeles y libros (no



Joven mapuche, grabado de Carlos Hermosilla Alvarez.

hay nada que Ricardo respete tanto como los libros). ¿Cómo va a reaccionar y cuándo? Oye la voz de Lino Ventura, está empezando la policial que pasan después de las noticias. —¡Angelita! —¿Qué quieres? —¿Te molesta que vea la película? —No te preocupes, tengo mucho que estudiar. Las diez. Las diez y media. Una catarata de disparos, cayó el asesino. Ricardo apaga la televisión, se estira, bosteza, se pasea. —Hola mi amor. . . —Mmm. . . Angelita apenas contesta, relee sus fichas. Escucha los pasos del dormitorio a la cocina, de ahí al saloncito, da vueltas, indeciso, en torno a la mesa. Ella, con la cabeza hundida en el libro, el pelo tapándole la cara, que no se dé cuenta que me estoy riendo. El crujido de la puerta del refrigerador, está lastimosamente vacío. —¿. . . No se come esta noche? —¿Qué compraste? le pregunta ella, con su voz más inocente. —¿Cómo que qué compré? Pero Angelita, si te dije que tenía una reunión. —¡Qué horror! no te oí, te acuerdas que yo tenía un curso hasta tarde. . . a la hora que salgo ya está todo cerrado. . . Continúa escribiendo, aunque apenas ve las letras. Busca la goma, borra la última frase y sopla las migas con cuidado. No lo mira. El sigue dando vueltas, inquieto. Se detiene bruscamente: —¿Qué hacemos? —No sé, mi amor. . . ¿Tiene mucha hambre? —¡Me suenan las tripas! —Pobrecito. Comentario magistral, si estaba sospechando algo se siente desarmado con esa ternura compasiva. —¿Qué podemos hacer, insiste. Ella gruñe suavemente, qué lástima, tengo que terminar este resumen para mañana. —Angelita, vamos a comer un hamburgüer. Alternativa desesperada, Ricardo perora contra los fast-foods, los considera la perversión de las buenas costumbres francesas. Y ahora están apoyados en la fórmica roja y manchada, bajo el neón enceguedor, masticando el pan blanduzco y los doscientos gramos de carne molida, como asegura la propaganda. —Asqueroso, protesta Ricardo y la mira, esperando un comentario comprensivo, pero ella sigue callada. ¿Qué te pasa? —Estoy preocupada, se me vienen encima los exámenes y tengo mucho trabajo atrasado. —¿No puedes dar sólo la mitad y dejar la otra parte para el año que viene? Una mirada escandalizada: —¡Jamás! “tengo” que sacar el año. Y él lo acepta, sabe lo importante que es para ella, después de haber empezado y vuelto a empezar en tantos países, demostrarse que es finalmente capaz de hacerlo. No es un monstruo, es Ricardo, el hombre que quiere, que la quiere. . . aunque le cuesta tanto a veces que la entienda. —¿Puedo ayudarte en algo? Hay que interpretar bien la pregunta, él le está proponiendo hacerle los resúmenes, leer algunos libros para ella. Sí claro, le hubiera gritado, encárgate tú de la casa, tú que tienes más tiempo. . . Pero le sonrío, realista y sin entusiasmo: —Tal vez, ahí veremos. . . Al día siguiente ni siquiera había pan para el desayuno, Angelita salió temprano y lo dejó durmiendo, vuelvo tarde, le previene al partir, tengo que exponer el resumen.

Escenario nocturno conocido. Ricardo otra vez concentrado en las noticias, ella abre sus libros. Horas después: —Angelita, ¿qué vamos a hacer? . . . no hay nada en el refrigerador. —Pero mi amor yo te advertí. . . —¡Me muero de hambre! —Baja a comer a un restaurant, yo prefiero quedarme estudiando. —Pero Angelita, no vas a comer. . . No tengo hambre. Claro, no le dice que antes de volver pasó a comer al restaurant universitario, tampoco le dice que sabe muy bien que a él no le gusta comer solo. Ricardo vacila, inquieto: —De verdad, no quieres acompañarme. . . —No mi amor, disculpa, estoy tan atrasada. Oye el portazo y se deja llevar por un ataque de risa nerviosa, se siente manipuladora, artera, pero sabe que tiene que aguantarse, que en la vida cada uno pelea con las armas que tiene. Ricardo vuelve de mal humor. Figúrate que salí sin plata, sólo me alcanzó para una cerveza y una cajita de esas papas fritas grasientas que venden en la calle. . . ¡Mira! —le muestra con su sonrisa más desarmante— con este régimen ya tengo que correr el cierre del cinturón. Y no hay nada que la conmueva tanto como esa sonrisa de niño tímido, pobrecito, se siente malvada, y está a punto de confesarle que han iniciado una guerrilla, un verdadero combate, y que como él la aplasta cada vez que discuten, ella ha tenido que recurrir a. . . —Me encontré con Pedro y Juan Carlos, agrega él, estuvieron celebrando tus famosas escalopas, imagínate, mientras yo comía las papas fritas, se me hacía agua la boca. . . les dije que un día de estos se trajeran un vinito para que comiéramos juntos. Y como el seductor reveló su juego, Angelita se retuvo a tiempo: —Imposible, mi amor, no puedo antes que termine los exámenes. —Pero hasta cuándo duran tus exámenes. Dicho con un tono ligeramente violento. Ella abre su libreta, da vueltas las hojas, se demora: —El último es el 15 de julio. —¡Qué! Un mes y medio. . . no puede ser Angelita, me vas a matar de hambre. Tiene que hacer un gran esfuerzo, abriendo mucho los ojos, forzar una expresión de ingenua, mirándolo sin hablar, para que él no se dé cuenta que se está aguantando la risa. —Pero qué vamos a hacer, insiste Ricardo, es un desastre. —No tengo la menor idea, susurra por fin Angelita, aún con los ojos muy abiertos y sin pestañear. Preocupado, tarde en la noche, la despierta: —Tal vez yo podría comprar algo. —Quizás, gime ella, dándose vuelta y tapándose la cabeza con la almohada, para no saltar y decirle, sí, sí, yo te hago una lista. Pero no, que se le ocurra solo. Esperar. . . “Entablar combate sólo en terreno conocido y con las armas que nos convienen”, decía el Manual de guerrilla urbana que estudiaban, allá en aquellos tiempos, en la tierra lejana: “No acepte las condiciones que le propone el enemigo, impóngale las suyas.” Angelita repasaba mentalmente el Manual en el metro, mientras iba a sus cursos: “Golpear al enemigo con justicia, con ventaja y sin sobrepassarse”. ¿Cuál fue el estrategia que lo dijo? Sin sobrepassarse. ¿Cómo determinar cuál es el límite? A punto de ceder la noche en

que él la esperaba consternado, mi amor, me olvidé de la compra, discúlpame. Consolándose uno al otro, él con las tripas retorcidas de hambre, ella simulando, porque hacía días que comía en el restaurant universitario antes de volver a la casa. Magnánima, le ofreció una naranja que guardó del almuerzo. El haciéndole cariño, pobrecita, tanto que estudia y yo no soy capaz de ocuparme de la comida. Aguantándose el sentimiento de culpa, porque ya no era posible hacer marcha atrás ni confesárselo, no se lo hubiera perdonado nunca. Escalofríos de sólo imaginar su reacción si alguna vez lo supiera.

Al día siguiente la esperaba excitado, compré de todo, te tengo un banquete; vino blanco bien helado, palmitos que me encantan, nueces y las primeras fresas del año, carísimas pero no importa. ¡Y ravioles! ¿Te das cuenta? Como los que me hacía mi madre. Ella, con una expresión deslumbrada, poniendo la mesa, sin advertirle, porque “no hay que sobrepasarse”, que los ravioles de tarro son incomedibles. Al primer bocado una mueca: Qué le falta. . . está pésimo. Angelita, estoica, los come sonriendo, —no están tan malos, tal vez si hubieras comprado un poco de queso. . . y champignones. Pero la ensalada de palmitos con nueces está exquisita, y las fresas. . . mmm. . . de chuparse los dedos. Sobre todo darle ánimo, no decirle que se le olvidó preveer el desayuno para el día siguiente, dejarlo que se dé cuenta solo. Lo encuentra aún más seductor que cuando se conocieron, orgulloso de sus nuevas capacidades, alegre y cariñoso. Otra vez siente la tentación de acurrucarse contra su hombro, acariciarle la cara donde apuntan duros, los pelos de la barba, y confesarle todo. ¡Peligro! ¡Alerta a las flaquezas! “Procure que el enemigo no esté al tanto de cuáles son sus armas”, aconsejaba el Manual, “despliegue, si puede, una labor de intoxicación para desconcertarlo.”

Al día siguiente preparó una sopa en polvo, tristemente desabrida, pero ella no dijo nada. El que se quejó fue Ricardo, entendiéndeme Angelita, no tengo paladar de gringo. Porque entre los mitos compartidos, nadie dudaría que los gringos no tienen idea de comidas sabrosas y que les puede servir cualquier mugre. Ponle un poquito de orégano. Pan rallado. Pedacitos de queso. Un huevo batido con cognac, qué delicia. El lunes descubrió los guisos congelados: el Chef ha concebido para usted, instrucciones para una preparación rápida. . . —Encontrar el indispensable equilibrio entre el placer de comer y el tiempo que se invierte en la preparación de los guisos, afirmó, enterrándole el tenedor al lenguado a la provenzal. Y el costo, se preguntó Angelita, pero sólo le dijo que lo encontraba exquisito. —. . . No se trata de alimentarse de nostalgia, sería inútil que yo tratara de reproducir esos guisos maravillosos de mi infancia, le explicó. Con una sonrisa tan evocadora que ella no pudo dejar de hacerle eco, recordando los desayunos con palta y el bavaois de chirimoyas para los días de fiesta. —. . . ¿comprendes Angelita? se trata de gestión doméstica y no de cocina. Como si cambiando las palabras pudiera transformar lo que se subestimaba en algo prestigioso. Estoy preparando una lista de las tareas indispensables, calculando el tiempo que demoran en hacerse. Quiero preparar un programa semanal. La racionalidad al servicio del hogar, terminó afirmando con la voz tronante de sus mejores discursos públicos. Angelita no sabía si llorar o reírse. Admitiendo que realmente hubiera ganado una pequeña batalla, él seguía fuertemente atrincherado detrás de su orgullo, convencido que gracias a él se podrían solucionar los problemas de la vida doméstica.

Ahora podía “ayudarla”, insistía, en esas larguísimas discusiones en que todavía se enredaban, como si les hubieran lanzado un maleficio. Gracias a una organización racional y lógica. Pronunciaba la palabra lógica separando las sílabas igual que los profesores que se sienten obligados a repetir tres veces para los alumnos que no entienden nada. Habría que entender que durante los años en que ella lo hizo todo flotaba en nubes de incoherencia. Estaba segura que no necesitaba un programa escrito para acordarse que tenía que comprar aceite y sal. Pero para Ricardo los hechos tenían una apariencia real sólo cuando los ordenaba en un organigrama, con flechitas y rectángulos subrayados en rojo. Ahora entendía sus problemas (los de ella), repetía, golpeando con el índice imperioso el papel donde le mostraba los siete casilleros y uno especial para las tareas extraordinarias. Eso es lo que te falta, Angelita, capacidad de organización. Qué podía responderle, si él

concebía la nueva división del trabajo como su creación personal, desplazando la esencia del cambio sobre el organigrama. Y así transformaba el terreno perdido en una especie de victoria. Ganas de tirarse al suelo, ahí mismo, y llorar a gritos ¿Cuál era el camino?. Preparar batallas en otros terrenos. Distinguir entre guerrilla y guerra prolongada. La suya quizás, quizás, no se acabaría nunca. Angelita terminó sus exámenes, ya era economista. Empezó a sentirse más segura, como si el diploma aportara una garantía de su capacidad e inteligencia. Se le ocurría que los otros la escuchaban con un poquito más de atención, como si súbitamente lo que decía fuera importante. Ricardo también. Tácitamente, sin discutirlo nunca, no volvieron a las costumbres de antes. El se compró La cuisine pour tous y Las cien recetas que se preparan en 15 minutos. Lo hojeaban juntos, él fijó turnos rigurosos y se entretenía experimentando novedades. En las reuniones de exiliados empezó a hacer alarde de sus nuevas cualidades y un día terminó por interrumpir a un latoso de esos que por enésima vez arreglan el mundo en teoría, para exponer muy seriamente su idea personal sobre la relación entre el erotismo y la cocina. —Te estás volviendo frívolo, Ricardo, le lanzó el latoso agregando el anatema máximo, se te nota lo pequeño-burgués. —Te equivocas, prosiguió él, imperturbable, y citando un antiguo libro chino, aseguró que el mismísimo Mao se inspiraba en viejas recetas especialmente poéticas y sugerentes.

Empezaba enero con nevazones prematuras, las calles estaban heladas y resbaladizas, oscurecía temprano. Ricardo silbaba pensativo “La que murió en París” y Angelita, sentada a la máquina, escribía apurada un resumen que debía entregar al día siguiente. Un timbrado. ¡Sorpresa! Pedro y Juan Carlos, con una botella de vino y dos compañeros del interior. Ricardo los abrazó, los dejó saludarla, pero los condujo inmediatamente a la cocina. —Angelita tiene que terminar un trabajo, no hay que distraerla. Poniéndose el amplio delantal azul que se compró junto con “Las cien recetas. . .” empezó a pelar cebollas. —Un guiso indonesio, le explicó, el más exótico de los sabores. Ya van a probar. . . sírvanse una copa mientras conversamos, ahí hay vasos. . . Una comida alegre y a la vez nostálgica, recordando los amigos desaparecidos, los paisajes maravillosos y agrestes, aquellos inviernos suavécitos, la vieja universidad de nuevo clausurada, el color del cielo y el tamaño de las sandías. Ricardo ofrecía una bandeja de quesos cuando lo interrumpió uno de los compañeros del interior, entre-agresivo y curioso: —¿Quién lleva los pantalones en esta casa? ¿Tú, o ella?

Largos, eternos instantes de vacilación, ¿sería capaz de afrontarlos? Angelita lo observaba aterrada: en la cara de Ricardo pugnaban expresiones contradictorias, vergüenza de darse cuenta que ya no era el macho autoritario de antes, desconcierto, orgullo porque sabía que había cambiado y le gustaba. Pero sus ojos, azorados, le recordaban a Angelita la expresión de un animal acorralado. Qué increíble que alguien que recién conocían pudiera introducirse entre ellos, como una cuña ponzoñosa, demostrando con una sola pregunta la fragilidad de su nueva relación. ¿Qué era, exactamente, lo que estaban construyendo? ¿Una repartición equitativa de las tareas domésticas, o algo más que eso? Y qué era ese algo más. ¿De dónde surgía ese sentimiento profundo de inseguridad que invadía a Ricardo, paralizándolo?

—Se nota que vienen llegando, comentó ella para romper el hielo, nunca han oído hablar de la “pareja moderna”. . . —Hay mucho que aprender en Europa, afirmó Ricardo, agarrándose a la tabla de salvación. Sonrió suavemente, como si estuviera muy por encima de esos problemas. Y se lanzó en una tirada teórica, citando a Mitchell (Juliet, pero él dijo sólo Mitchell), los nuevos etnólogos, las experiencias del movimiento alternativo en Alemania, la necesaria búsqueda de un socialismo integral. . . Y de la misma manera brillante, con un raciocinio impecable desde un punto de vista lógico, justificó ahora lo que rechazaba un año antes, apabullándolos finalmente con ejemplos y citas del nuevo movimiento de renovación del marxismo. Se detuvo para recuperar aliento, cada vez más seguro de sí mismo: —¿Quiéren que les prepare un cafecito? . . . Tenemos mucho que aprender acá en Europa, repitió lentamente, . . . nuevas ideas, otra manera de ser . . . Pero no por eso deja uno de ser menos macho, ¿no es cierto Angelita? \*

# MOMENTUM

□ PEDRO MELENDEZ

Enciendo un cigarrillo e intento escribir un cuento. El humo se me viene todo a la cara. Lo soplo. Y estoy allá: en el lugar exacto. Pero no estoy. Bajo del avión y burlo la aduana. Por suerte no me revisan el maletín de mano. Salgo del aeropuerto en un taxi. No conozco muy bien la capital pero sé adónde ir. Todo está planeado. El radio está tocando "Yesterday" de los Beatles. El recorrido es largo. A ratos me parece que ya habíamos pasado por este lugar. Le pregunto al taxista si todavía falta mucho. Me dice que no, que en un dos por tres estaremos allá. No importa. Puede dar las vueltas que quiera porque no llevo dinero. Aspiro el humo con fuerza. Los pulmones me duelen. Suelto todo el humo y toso. Pero ya llegamos. ¡Por fin! El taxista me mira. —"¿Cuánto es?"— le pregunto al mismo tiempo que abro la puerta. No escuché la cantidad que me dijo pero salí corriendo y le grité: —"¡Qué Dios se lo pague!"— Luego miré para atrás y vi los gestos que hacía el taxista. Parecía muy cómico. Pero no. No hay nada de cómico. "Tengo que matar al Gran Asesino", pensaba. "¿Vale la pena matarlo?", me preguntaba. El cigarrillo se acaba. Doy la última chupada y enciendo otro. Este es más amargo. Pero está bien. Voy directo al edificio. Al llegar muchos guardias me hacen preguntas. No sé cómo pero logro entrar. Camino y subo escaleras. Más guardias. Más preguntas. Cruzo la última puerta y ahí estoy: frente al Gran Asesino. Nos miramos detenidamente. Pasan varios minutos. De repente sonrío y empieza a caminar hacia mí. Se para a unos tres metros. —"¿Con que vienes a matarme, ah?"— pregunta fríamente y se ríe a carcajadas. —"Pero no podrás hacerlo"— continúa —"Yo ya estoy en la lista de los inmortales. Yo no puedo morir. Ni quiero. Para que yo muera hace falta un asesino más grande que yo. ¡Y no hay!"— Sus carcajadas se hacían más sonoras. Yo sólo atinaba a mirarlo. Su sonrisa confiada me molestaba. Rápidamente abrí el maletín, saqué la pistola y disparé. ¡Lo maté! Pero no. No caía. Permanecía en pie. —"¡Creo que ya estaba muerto!"—, pensé. O vivo. ¡Lo maté! . Apago el segundo cigarrillo y busco otro. No hay. Se acabaron. No pude salir de allá. Pero estoy acá: sin cigarrillos e intentando escribir un cuento. \*



El ciego y su mujer, grabado de Carlos Hermosilla Alvarez.

# COYUNTURAS

□ RODRIGO QUIJADA

Bonita, bonita, no era. Pero sabía reirse y tenía un cuerpo como de palmera. Era inteligente, también. O, al menos, conocía más que yo de las cosas marxistas. Ella me enseñó, por ejemplo, que la coyuntura es el estado actual de la lucha de clases y no otro asunto. La definición, aunque no sirve para nada, me ayudaba en las reuniones. De hecho, confieso que terminé abusando del término. Tanto, que los demás terminaron llamándome "El Coyuntura". Al principio, yo me enojaba mucho porque me traían de un lado para otro: que hable el coyuntura, que el coyuntura sea tesorero, que el coyuntura nos hable de su vida. A mí, de verdad, no me molestaba del todo. Había algo bueno. Cuando eso sucedía, ella los hacía callar: "No molesten al compañero", decía. Yo se lo agradecía mirándola en silencio. Quizás por lo mismo, un día alguien pegó un cartel en el diario mural: El Coyuntura está enamorado. Me ofendí mucho. En la asamblea siguiente, pedí la palabra y toqué el tema. Les dije: "Más respeto, compañeros. Las bromas están bien, pero no cuando significan perder tiempo. El que escribió esas tonterías sobre mí, usó papel de la organización, pensamiento y energías. Ese papel, ese pensamiento y esa energía, no le pertenece. Es de nuestro pueblo. O, acaso, ¿cree alguno de ustedes que a nuestro sufrido pueblo le puede interesar que yo esté o no enamorado? Entendámonos: el estado actual de la lucha de clases allá, rechaza la frivolidad. Y esto es pura frivolidad, compañeros". Me senté. Y, aunque algunos se rieron, hubo muchos aplausos. Además, vino lo inesperado: al término de la reunión, ella salió conmigo del local y nos fuimos caminando hacia el metro. Luego de un poco de charla vacía, me dijo: "Estuviste muy vehemente, compañero. Me gustan los hombres que defienden sus posiciones. ¿Y sabes? Lenin, en 1914, dijo algo muy parecido a lo que les dijiste". Casi me dio un infarto. ¡Imagínense! Esas palabras: vehemente, me gustan, Lenin.

Sentí que el pulso se me aceleraba. Quise agradecerle, pero me atrabanqué. Al fin, más repuesto, la invité a una pizza. Para mi sorpresa, aceptó. Fuimos al restorán que está a seis cuadras de la casa de los exiliados. Ahí, pedimos una enorme pizza y un botellón de vino. Lo demás es harina de otro costal y vino solo. No es de hombres contarle, pero lo cierto es que terminamos en su departamento. Y, de veras, tenía un cuerpo como de palmera. Cuando todo pasó, fumamos. Ella me dijo: "Bueno, ¿y estás enamorado realmente?". Asentí. "¿Y se puede saber de quién?". Me quedé callado. Ella insistió. "De ti", le dije finalmente. Ella me dio un beso como de hermana y sonrió. Puedo jurar que en ese momento me pareció ver que una sombra triste le pasaba por los ojos. "¿Estás seguro?", me preguntó. Me puse igual que una niña que debe responder si está embarazada o no. "Sí, sí", murmuré rápido. Ella me contempló. Tenía una expresión dulce. "Gracias. Muchas gracias", dijo. No la volvía a ver en las semanas que siguieron. Desapareció por completo. De vez en cuando, con disimulo, yo le preguntaba a nuestro jefe político por ella. Sin embargo, él, que en otro tiempo había sido embajador o algo así, se las ingeniaba para no responderme. Hasta ayer. Sí, precisamente hasta ayer, que era el día del ampliado. Todos llegamos a la hora y la reunión empezó a las tres en punto. Jorge, uno que le dicen "El Cuchufli", leyó la minuta. En seguida, nuestro secretario se levantó muy serio. Me dió la impresión como que me miraba fijamente. Impresión, nada más. "Compañeros, empezó a decir, tengo malas noticias de Guatemala". Hizo una larga pausa y, luego, la nombró. A ella, la nombró a ella. Algo me ocurrió después. Vagamente recuerdo el homenaje, las palabras del secretario y lo que hablaron los otros. De lo que me acuerdo bien es que abandoné la sala y, como un chiquillo, me encerré en el baño a llorar. Más tarde, me fuí al restorán que está a seis cuadras de la casa de los exiliados y pedí una pizza que no probé. Ahí me encontró el flaco Cárcamo. "¿Que no vas a volver a la reunión, Coyuntura?", me preguntó. Negué con la cabeza. "¿Qué te pasa, Coyuntura?". No le respondí. Tenía un nudo en la garganta y, si hablaba, volvería a llorar. Cárcamo miró la pizza. "¿Puedo?", preguntó. Lo dejé. El empezó a comer. Entre tanto, mi mente se había ido a otra parte. Todavía no vuelve, diría yo. \*

# MANUEL ROJAS: INSTANTES HUMANOS

□ CARLOS LOZANO

En Berkeley de California, allá por los años cincuenta, conocí a Manuel Rojas —en un aula de Wheeler Hall, el tan antiquísimo como memorable pabellón que albergaba la Facultad de Filosofía y Letras de la prestigiosa Universidad de California. Nos reunimos, ya bien entrada la tarde, en un sombrío salón a escucharle una conferencia sobre el acto creador. Como no era yo de los privilegiados —terminaba apenas la carrera—, no había ido a comer con Rojas y sus anfitriones, entre los cuales figuraban sus compatriotas Arturo Torres-Rioseco y Fernando Alegría, así como Edwin S. Morby, si no me traiciona la memoria.

Uno tras otro, los que hacíamos la carrera en lenguas y literaturas romances en dicha universidad, le fuimos presentados. Cuando me tocó mi turno, me miró bien hondo aquel gigante aindiado, aquel Caupolicán siglo veinte, y me sonrió con singular cordialidad. En ese efímero instante, su sonrisa fugaz, pero abierta y acogedora, nos sirvió de vínculo anímico y nos dimos tácito saludo fraternal. Recuerdo que relampagueó por mi imaginación un tropel de epítetos que me inspiraba su presencia, que en la efusión del momento parecían nimbarlo: reciedumbre, corteza, solidez, cedro, araucaria, firmeza. Hasta se me ocurrió que debía llamarse Manuel Robles, y no Manuel Rojas.

Terminada su charla, vinieron las preguntas de los que queríamos lucirnos ante nuestros profesores. Surgió luego una discusión algo acalorada, seguida de lo que estuvo a punto de adquirir matices de interrogatorio. Un apasionado compañero de curso insistía con cierta altanería en determinado detalle. Por un instante, se produjo un clima casi hostil. Peligró el diálogo; estuvo a punto de convertirse en disputa. No lo permitió Rojas. Sin inmutarse, todo calma y dignidad, sin exteriorizar la extrañeza que sin duda alguna le causaba la postura belicosa de aquel estudiante, hábilmente fue guiando a su precoz interrogador hacia una actitud razonable, hacia la mesura. Había intuido Rojas que sólo él mismo podía salvar la situación, que en sus manos estaba el no perjudicar la carrera de su contrincante. De modo que, en vez de hacer matadero de la reunión, nos dio una lección de comprensión, de mansedumbre, de caridad. Hecho que hizo resaltar su profundo sentido de dignidad personal y su característica entereza.

Pasaron los años. En 1963, se me invitó a dar una conferencia ante el profesorado de la Universidad de Oregon. Mi tema: “Parodia y sátira en el Modernismo.” Implícita en dicha invitación iba la oferta de un puesto en esa universidad. Aunque ya veterano de las guerras académicas, sentía cierto recelo, pues únicamente conocía al catedrático Chandler Beall, director de la revista *Comparative Literature*. Llegó el momento de la presentación. Absorto en mi tema, no oí, sino que sentí, las protocolarias con que se detallaban mis modestas proezas literarias y académicas. Al acercarme a la tribuna, mientras se apagaban los aplausos de cortesía, fueme invadiendo un sentimiento de angustia, de abandono. Permanecí con la cabeza inclinada unos instantes. Por fin, alcé los ojos y di con los de Manuel Rojas. Allí estaba el gigante gentil. Su rostro parecía surgir del público que lo rodeaba y fue como si sólo él y yo estuviéramos en el salón. Me miraba con fijeza, tratando de descubrir en mí al estudiante de Berkeley. Entonces, como si adivinara mi estado de ánimo, y en señal de que me reconocía, sonrió. Sí, la misma sonrisa de años antes. Se habían trocado los papeles; ahora era yo el conferenciante. Nos transmitíamos. Cobré ánimos y me lancé.

Al terminar mi charla, luego vino el milagro. Como padre que quisiera sacar a relucir la precocidad de un hijo adelantado, Rojas entabló un diálogo conmigo. Durante largo rato dirigió la conversación a la manera de mago, para que yo deslumbrara a los concurrentes. ¡Qué no dijimos de la estética de Rubén Darío, de su obra, de su dominio absoluto del ambiente literario español, de sus relaciones con los intelectuales de la Península! Satisfecho de que su pupilo había triunfado, me guiñó un ojo. Después de las enhorabuenas, me dio un abrazo muy latino y salimos.

Nos fuimos a cenar a un restaurante chino en Eugene en compañía de su Julie y unos profesores. Rememoramos su visita a Berkeley y pude expresarle mi admiración por su prudencia y comprensión. Logramos hablarnos como hermanos, como hubiéramos querido hacerlo en aquella aula de Wheeler Hall. Corroboré mis impresiones de entonces: era un manso gigante que llevaba a flor de labios su nobleza de espíritu, su bondad. Lo mismo opinaba Julie que no le quitaba los ojos de encima.

Cuatro años más tarde, después del Congreso de Literatura Iberoamericana en Caracas, Fernando Alegría y yo nos encontramos con Manuel Rojas en Santiago de Chile. Salía de la editorial Zig-Zag. Contentísimo, nos habló de la edición que se haría de sus obras completas. La sonrisa de siempre, pero le noté algo agotado, un poco cargado de espaldas, menos rápido en el andar. Nos despedimos, quedando en vernos en casa de Fernando en Berkeley. Y así fue.

Ahora lo recuerdo con afecto. Sí, con afecto de hermano y con respeto. Pienso en la austeridad de su juventud, en los malos ratos que experimentó, en los momentos difíciles que le acosaron a lo largo de su existencia, en su situación económica casi siempre precaria, y no me causa extrañeza que no haya sido un amargado. El sufrimiento logró curtirlo, pero sólo por fuera. Por dentro, en lo más íntimo de su ser siguió siendo tierno y sensible como el protagonista de “Un vaso de leche.” \*

# LUIS MERINO REYES

## BIBLIOGRAFIA

□ DAVID VALJALO

### POESIA

ISLAS DE MUSICA, Editorial Nascimento, Santiago, 1936. 102 pp.

LENGUAJE DEL HOMBRE, Imprenta La Nación, Santiago, 1938. 40 pp.

LATITUD, Editorial Nascimento, Santiago, 1940. 40 pp.

COLOQUIO DE LOS GOCES, Ediciones Campeador, Santiago, 1942. 35 pp.

ROMANCE DE BALMACEDA, Editorial Cultura, Santiago, 1945. 55 pp.

ASPERA BRISA, Ediciones Acanto, Santiago, 1952. Premio Municipal de Santiago. 44 pp.

DUERMEVELA DE AMOR, Ediciones Extremo Sur, Santiago, 1959. 24 pp.

FAENA Y CANTO, Ediciones del Instituto Chileno Arabe de Cultura, Santiago, 1963. 49 pp.

LAS VOCES OBSTINADAS, Ediciones Occidente, Santiago, 1969. 51 pp.

### CUENTOS

LOS EGOISTAS, Imprenta Universitaria, Santiago, 1941. 93 pp.

MURO DE CAL, Ediciones Acanto, Santiago, 1946. 69 pp.

EL CHIQUILLO BLANCO, Editorial Nascimento, Santiago, 1948. 91 pp.

MURCILA Y OTROS CUENTOS, Ediciones Acanto, Santiago, 1953. Premio Municipal de Santiago. 106 pp.

MATRIARCADO, Editorial Prensa Latinoamericana S.A., Santiago, 1965. 99 pp.

LAS HADAS Y LOS DIABLOS, Editorial Nascimento, Santiago, 1968. 152 pp.

EL ALBA Y SU DUELO, Editorial Universitaria, Santiago, 1971. 166 pp.

### NOVELAS

REGAZO AMARGO, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1955. Premio Zig-Zag. 140 pp.

ULTIMA LLAMA, Editorial Nascimento, Santiago, 1959. Premio Atenea de la Universidad de Concepción, Chile. 198 pp.

LA VIDA ADULTA, Editorial Nascimento, Santiago, 1962. 241 pp.

LOS FEROCES BURGUESES, Editorial Renacimiento, Santiago, 1964. 140 pp.

### ENSAYOS

RUMBO A OCEANIA, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1955. 120 pp.

PANORAMA DE LA LITERATURA CHILENA, Unión Panamericana, Washington DC, 1959. 145 pp.

PERFIL HUMANO DE LA LITERATURA CHILENA, Editorial Orbe, Santiago, 1967. 264 pp.

ESCRITORES CHILENOS LAUREADOS CON EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA, Editorial Arancibia Hnos., Santiago, 1979. 137 pp.

### SOBRE EL AUTOR (EN LIBROS)

Francisco Santana, *La nueva generación de prosistas chilenos*, Editorial Nascimento, Santiago, 1949, pp.26-27 y 85-86.

Hugo Montes y Julio Orlandi, *Historia de la Literatura Chilena*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1956, pp.132 y 232.

Nicomedes Guzmán, *Autorretrato de Chile*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1957, p.111.

Antonio Undurraga, *Atlas de la poesía chilena*, Editorial Nascimento, Santiago, 1958, pp.135 y 367-368.

Luis Emilio Rojas, *Biografía Cultural de Chile*, Editorial Nascimento, Santiago, 1974, p.221.

Francisco Santana, *Evolución de la Poesía Chilena*, Editorial Nascimento, Santiago, 1976, pp.137 / 205 / 207 / 209 / 220-221 / 307 / y 315.

Antonio Undurraga, *Archipiélago de poetas*, Ediciones de la Biblioteca del Congreso Nacional, Santiago, 1981, pp.33-34.

*Nota del Editor. Para los lectores que desconocen los antecedentes de los premios literarios otorgados en Chile, damos los siguientes informes: La Municipalidad de Santiago otorga todos los años el "Premio Municipal" al mejor libro publicado en los géneros de poesía, cuento, novela, teatro y ensayo. El "Premio Atenea" es otorgado una vez al año por la Universidad de Concepción al mejor libro, sin considerar género literario. El "Premio Zig-Zag" corresponde a un concurso de novela inédita efectuado por dicha editorial (ya desaparecida), concurso que se realizaba sin regularidad.*

### SOBRE EL AUTOR (EN DIARIOS Y REVISTAS)

Merino Reyes, *Premio de Novela del Cincuentenario de Zig-Zag*, Revista Zig-Zag, Santiago, 17 marzo 1955.

Aldo Torres, *Un cultor del realismo psicológico*, Revista Occidente, Año XI, No. 102, marzo y abril de 1955.

Eleazar Huerta, *Rumbo a Oceanía* de Luis Merino Reyes, Las Ultimas Noticias, Santiago, 4 abril 1955.

Alone, *Rumbo a Oceanía* de Luis Merino Reyes, El Mercurio, Santiago, 15 mayo 1955.

Alone, *Regazo amargo* por Luis Merino Reyes, El Mercurio, Santiago, 17 julio 1955.

*Personajes al desnudo muestra Merino en Regazo Amargo*, Revista Ercilla, Santiago, 19 julio 1955.

Darío Carmona, *Un libro visto desde su efecto*, El Mercurio, Santiago, 18 agosto 1955.

Juan de Luigi, *La novela en el realismo (Regazo amargo* de Luis Merino Reyes), El Siglo, Santiago, 4 setiembre 1955.

M.V. (Manuel Vega), *Regazo amargo* de Luis Merino Reyes, El Diario Ilustrado, Santiago, 11 setiembre 1955.

Ricardo A. Latcham, *Tres novelas de la gran ciudad*, El Diario Ilustrado, Santiago, 2 octubre 1955.

Leoncio Guerrero, *Regazo amargo* de Luis Merino Reyes, Las Ultimas Noticias, Santiago, 25 noviembre 1955.

Nicomedes Guzman, *La observación psicológica en Luis Merino Reyes*, Las Ultimas Noticias, Santiago, 13 abril 1956.

Fernando Alegría, *La Literatura Hispanoamericana actual*, El Diario Ilustrado, Santiago, 4 noviembre 1956.

Ricardo A. Latcham, *Ultima llama* por Luis Merino Reyes, La Nación, Santiago, 25 octubre 1959.

Othon Castillo, *Luis Merino Reyes, exponente de la gran cultura chilena*, La Opinión, Los Angeles, California, 18 setiembre 1960.

Vicente Mengod, *Soledad y angustia (La vida adulta, novela de Luis Merino Reyes)*, Revista Zig-Zag, Santiago, 27 julio 1962.

Juan Marín, *La vida adulta*, La Opinión, Los Angeles, California, 29 julio 1962.

Antonio Campaña, *La vida adulta novela de Merino Reyes*, La Nación, Santiago, 30 setiembre 1962.

Alberto Spikin Howard, *Un complejo de Edipo no resuelto*, La Nación, Santiago, 31 marzo 1963.

Augusto Iglesias, *Una novela adulta*, La Nación, Santiago, 15 setiembre 1963.

Andrés Sabella, *Luis Merino Reyes y los burgueses*, Revista Vea, Santiago, 7 mayo 1965.

Noemí Vergara de Bietti, *La sociedad chilena a través de dos novelistas*, La Prensa, Buenos Aires, 12 diciembre 1965.

Andrés Sabella, *El Premio Nacional y sus Inmortales*, El Mercurio, Antofagasta, 7 julio 1979.

Pickwick (Raúl Morales Alvarez), *Un libro para hoy*, Las Ultimas Noticias, Santiago, 11 noviembre 1979.

Hernán del Solar, *Luis Merino Reyes: Escritores Chilenos*, El Mercurio, Santiago, 11 noviembre 1979.

Eugenio García Díaz, *Luis Merino Reyes. Escritores Chilenos Laureados con el Premio Nacional de Literatura*, Revista Occidente No.284, Año XXXV, Santiago, noviembre-diciembre 1979, pp. 51-52.

Víctor Franzani, *Laureados Nacionales de Literatura*, Las Ultimas Noticias, Santiago, 27 abril 1980. \*

# CONVERSACIONES CON MATTA

*Cuarto día,  
Noviembre de 1981  
en casa del pintor,  
en París.*

□ EDUARDO CARRASCO

*Cuarta entrevista, de una serie de cinco.  
Las anteriores han sido publicadas en los  
siguientes números:*

*Primera entrevista, No. XXIII, enero / marzo, 1983*

*Segunda entrevista No. XXIV, abril / junio, 1983*

*Tercera entrevista, No. XXVI, octubre / diciembre, 1983*

*CARRASCO: Pero me parece que literariamente lo que tú has hecho tiene siempre mucho más vínculos con lo que se podría llamar literatura clásica. Por ejemplo Homero, La Odisea, u otras literaturas como la francesa. . .*

*MATTA: Es que yo soy un tipo que padezco de desarraigo y por eso me ataco a las raíces. Pero no sólo a las raíces latináfricanas sino indias y oceánicas y japonesas y. . . ¿me entiendes tú? Siempre mi cuestión son las raíces. Es como un tipo que se está ahogando y en vez de . . . Un tipo que no se está ahogando en el mar sino en la tierra y entonces las cosas a las que se aferra son las raíces. En ese sentido hay una cosa de búsqueda de raíces. Lo que yo quería decir es una cosa rara. Yo no sé si te la dije el otro día: es sobre el hombre faber.*

*CARRASCO: No, no me la dijiste. . .*

*MATTA: Porque me parece que lo que está pasando es una cosa rara, ¿sabes? porque el hombre faber, que es el hombre que se conoce, que ya empezó, es el hombre que hace y él siempre conoció sus instrumentos. Es decir, conocía el arado y lo sabía hasta hacer a mano él mismo y cuando hacía una cosa con un instrumento era un instrumento que él conocía mucho. Ahora bien, yo pienso que lo que está pasando es que quizás por la primera vez el hombre faber no conoce su instrumento: usa por ejemplo un automóvil y no lo conoce, no lo sabe hacer; usa un refrigerador y no lo sabe hacer, usa una televisión y no la sabe hacer. Y esta es una crisis muy grande para el hombre faber porque el instrumento, la cosa se ha puesto más grande que él. De ahí se pueden sacar muchas conclusiones en las que se ve que las cosas han crecido mucho más que él. Ese sabio que podía ser el hombre faber, uno tiene la imagen de Cincinato o de cualquier filósofo griego, pensaba muy bien el cosmos (y eso no ha cambiado: el hombre sigue pensando igual, no se puede decir que un filósofo actual sea más filósofo que uno del pasado, que Sócrates por ejemplo), pero hoy día los aparatos que han crecido enormemente lo han ido dejando atrás. El no ha crecido. Entonces yo digo una cosa que podría ser y que es que frente a esta situación de destaco, de distancia entre el hombre faber y su instrumento, él no sólo se está dando cuenta de que no conoce su instrumento sino que la cosa se le está dando vuelta y le está gritando en la oreja que él no conoce a su hijo, que él no conoce a su mujer ni conoce a sus amigos. Entonces ha pasado una cosa muy rara: él ha dado un gran impulso a la atención sobre el crecer de las cosas y ha dejado atrás el crecer de su saber humano, de su saber sobre los otros. Entonces podría ser que por una de estas curiosas cosas, esta crisis pueda en fin asustarlo y hacerlo fijarse bien en los otros, en esta cuestión de nos-otros. Y aquí principia una cosa muy rara: que comienza a llamarnos la atención el hecho de que quizás no nos fijamos de*

*CARRASCO: La última vez terminamos hablando sobre Neruda y nuestra conversación se interrumpió cuando tú me contabas sobre la manera cómo lo conociste, que nunca te tomó en serio y que te trataba siempre un poco como el "sobrino" que él conoció en la casa de tu tía en Madrid. . .*

*MATTA: Sí, me vió siempre como un sobrino. Sí, pero yo también trabajé con él aquí. Yo era attaché cultural directamente del presidente, no del gobierno chileno y empecé a trabajar en dos proyectos: uno, el de convocar a todos los artistas latinafros de América y extranjeros ( franceses y etcétera) para que entregaran obras para comenzar a armar un museo que ahora se ha transformado en el museo Salvador Allende. Esto lo empezamos en la Embajada de aquí e hicimos una reunión donde había como setenta pintores que ofrecieron donaciones de obras que después se mandaron. Algunas de ellas se quedaron escondidas en un cajón en alguna bodega del edificio de la Unctad, en Alameda. Y la segunda cosa que empezamos en el 71 o 72 con Jean Pierre Faye fue una idea que el mismo Allende había propuesto y que le gustaba especialmente, que era la de hacer en el 73 y principios del 74 un Congreso Internacional de la Cultura en Chile. Se hicieron los primeros proyectos y después vino esta cosa que derrumbó todo. . . Yo era como attaché cultural y veía casi todos los días a Pablo, sobre todo en las tardes como a las siete. El ya estaba muy enfermo, es decir, en cama. Comía en cama y uno lo acompañaba o tenía que bajar a comer con la Matilde.*

*CARRASCO: Pero tú me contabas un día de cosas más lejanas. Por ejemplo cuando Pablo estaba escribiendo el "Canto General" y se paseaba de un lado a otro de la habitación diciendo en voz baja: "estoy escribiendo una cosa muy importante. . ."*

*MATTA: Sí, y decía una cosa que a mí me sorprendía. Decía: "este es un libro muy importante, tienes que leerlo. . ." Es decir, es muy raro que un tipo le haga publicidad a su cosa. Pero él lo quería decir en el sentido de que él siempre me veía como el chiquillo que no entendía nada de la cosa, de la situación de América, y en el "Canto General" había como una historia del espíritu de emancipación de América de los diferentes pueblos. La verdad es que yo leí muy seriamente esto y hasta se puede decir que hay algunos cuadros que tienen que ver con eso. Por ejemplo hice unas cosas, hice un cuadro que se llama: "Todas las sílabas de la primavera" y otro que se llama "Para cubrir la tierra con un nuevo rocío" que son siempre traducciones mías pero puede decirse que se pueden identificar al espíritu del "Canto General".*

veras en los otros. Por ejemplo, Pablo nunca se fijó de veras en mí. Una sola vez recuerdo que me haya mirado por encima de esa imagen de "sobrino" con la que me tenía catalogado: recuerdo que estábamos hablando sobre un grave problema que le aconteció. Yo venía llegando de Cuba por esta cuestión de la apertura de las relaciones con Frei y él estaba en medio de su gran crisis con los escritores cubanos que le habían hecho una especie de exclusión y estaba furioso. Y tenía razón porque estos tipos habían actuado como niñitos atolondrados bajo las impresiones de heroísmo de Playa Girón. El alegaba contra este incendio de patriotismo revolucionario que lo condenaba porque en ese momento él se encontraba en USA; lo habían usado de chivo expiatorio y en ese momento habían comenzado a atacarlo. Esto él no lo perdonó jamás, y hablando de esto precisamente, en un momento comenzó a decir cosas pasionales que no correspondían y entonces yo le dije súbitamente: "Pablo, no digas tonterías. . ." Y ésa es la primera vez que Pablo me miró de una manera distinta y cambió inmediatamente el tema de la conversación. Yo creo que en una cierta manera, en él se produjo un desconcierto. Si uno pudiera tener una especie de . . .

CARRASCO: *De humanómetro. . .*

MATTA: De humanómetro, de humanómetro, él hubiera dicho "pero qué le ha pasado a este niñito. . ." "¡Cómo es que se atreve a decir una cosa casi política! . . ."

Aquí habría que fijarse mucho, ¿sabes? Aquí es donde principia la cuestión de la cultura a mi juicio, en esta observación; los aparatos han crecido enormemente y muy bien y los proyectos sobre la cosa humana se alfeñican y les pasa lo contrario. Se comienza a hablar de los soviéticos y el soviét desaparece. En la famosa cuestión de los soviets lo que es curioso es que es la tecnología la que creció y el soviét no, los soviets se encogieron. Y esto puede ser que tenga que ver con una cosa muy curiosa y es que en las relaciones del amor digamos, se ha insistido en el sentido sexual y no en el sentido de las relaciones de ternura y de comprensión. Y hay como una especie de tara: el famoso machismo que es una deformación del *instrumento del amor* más bien que de la relación del amor. Entonces sería muy importante comenzar un poco a desprestigiar este machismo y donjuanismo que es la parte instrumental por decirlo así del amor y darle mucho más atención a cómo crezca una relación. Yo comprendo que la causa en la mayor parte de los divorcios sea que la cuestión se apague, la cosa sexual se apague. Pero aprovechando de esta cuestión sexual la pareja debería cultivar como un campo, como en la agricultura, una relación que podría transformarse en hermandad o hermanidad o fraternidad. Y entonces podrían seguir muy bien sin tener que llegar a un divorcio social. Podrían tener un divorcio sexual pero salvar la otra parte de la relación, debería haberse fundado una cosa que fuera familia, o compañerismo profundo que no implicara celos ni esas cosas. . .

CARRASCO: *¿Pero tú crees que necesariamente se acaba el erotismo en una pareja?*

MATTA: No, yo no digo que sea necesario. Digo que cuando esto ocurre si las relaciones, si la cultura fueran fuertes el nudo no debería sufrir de estas carencias. Podrían ocurrir las cosas como en el caso de dos amigos que se cuentan que están enamorados de otra persona. Esto es quizás el gran cuesco que hace que en todo comience esta forma de celos, de posesión, de apropiación de la persona del otro y que dificulta la relación verdaderamente humana, en vez de tejerse, de hacer un tejido, un paño de relaciones en el que la cuestión del gozo sexual entre más bien en el terreno de la glotonería o de la borrachera pero sin romper todo, sin destruir todas las relaciones humanas. Y esto podría ser una especie de gran motivo de atención de parte de la cultura. No hay ninguna razón para que esta especie de celos, que también existe entre los artistas, domine todo. Apenas una técnica o un crecimiento llega hasta un cierto punto comienzan las envidias más raras y esto viene del no haber tejido relaciones. Debería haber más bien campeonatos de solidez en las relaciones en vez de campeonatos de divorcios. Por ahí está la cosa. . . En el caso de Pablo y yo, no había ninguna cuestión de envidia. El ni siquiera veía en su espíritu la posibilidad de que yo pudiera ser una amenaza frente a lo suyo: de manera que no se trataba de eso, se trataba sólo de ceguera, de no creer que un hijo tuyo pueda crecer, seguirlo pensando siempre como el que fue

en el pasado. Ahora, éstas son las cosas que un nuevo renacimiento podría o tendría que mejorar. Un escéptico podría decir que no se puede avanzar en este sentido porque por ejemplo el amor se hace de la misma manera como se hizo en un principio; nada ha cambiado y entonces se puede pensar que esto no podrá cambiar jamás. Pero yo soy más optimista: yo creo que puede haber entre contemporáneos las mismas relaciones que hay con los hombre de épocas diferentes. Por ejemplo: a ningún escritor actual le da rabia porque Cervantes escribió "El Quijote", ¿entiendes tú? Esa relación podría ser entre contemporáneos. Pero en vez de esto, la obra del otro es como un peligro, una amenaza o un asalto, como que un contemporáneo comprenda ciertas cosas fuera un atentado en contra de los demás.

CARRASCO: *El problema es que la jerarquización va a veces en contra de las aspiraciones de cada uno. Si tú te empiezas a elevar el que está al lado se dice: "entonces no soy yo el elegido. . ."*

MATTA: Va bene, pero es que por qué tiene que ser el elegido. . .

CARRASCO: *Tal vez la cuestión está en saber aceptar las jerarquías reales. . .*

MATTA: No las jerarquías.

CARRASCO: *Las desigualdades.*

MATTA: Eso, las desigualdades, las ajenidades.

CARRASCO: *Tal vez se ha insistido mucho con la igualdad y nada con la desigualdad. . .*

MATTA: Ahí está la cosa. La cosa está en cómo no deben compararse cosas que son incomparables.

CARRASCO: *Como cada cual se recogija en lo suyo sin necesidad de. . .*

MATTA: De desprestigiar al otro o desprestigiar la diferencia. Este nos-otros es a mi juicio el centro del nudo. Es ahí que hay que fijarse: dónde empieza uno a constiparse en estas cosas.

Desgraciadamente lo que principia entonces son las jerarquías y son las cosas hieráticas y las supremacías y toda esa clase de burocracia y de poderes. Entra la fuerza en vez de la razón. Razones también hay muchas y muchas que uno no conoce. Entonces la fuerza toma el sitio de la razón y la gente deja de razonar. Incluso el irracional tiene sus razones: éstas son las cosas que habría que ventilar entre los latínafros.

CARRASCO: *Esto se anuncia de alguna manera. . .*

MATTA: Sí, el hecho de que estemos hablando de ellas ya quiere decir que se anuncian.

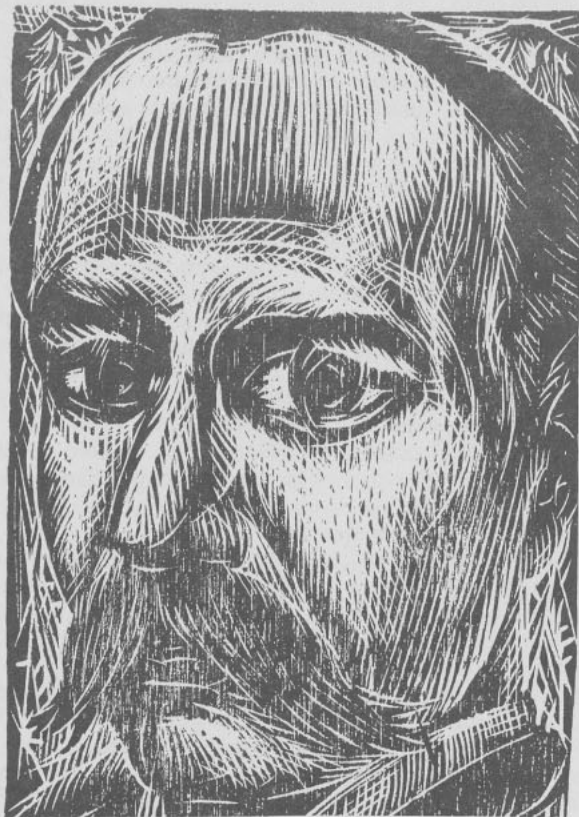
CARRASCO: *Hemos hablado de Neruda y de la Gabriela Mistral. . . ¿Qué otros chilenos son importantes en esta historia?*

MATTA: Uno cambia tanto, ¿sabes? Yo creo verdaderamente que uno se muere varias veces. A mí me pasa una cosa verdaderamente rara: cuando yo era chileno, verdaderamente chileno sin parásitos ni temblores que vinieran de otras partes, de otras experiencias, de otros pedazos de vida (porque después fui casi como neoyorkino y después he sido como cubano y también he sido como vietnamita, no se sabe por qué, o argelino) yo no me acuerdo mucho de ésa época, de cuando era chileno, es casi como la infancia de algo, ¿entiendes? De manera que no conozco mucho, es como mi infancia que casi la he olvidado: hace mucho, mucho tiempo que yo me fui de allí. Todo lo que ha pasado después allí yo no lo conozco bien. . .

CARRASCO: *Pero por ejemplo, para seguir con los poetas, ¿a Huidobro que vivía aquí lo conociste?*

MATTA: Yo nunca lo conocí. Una sola vez me invitó a comer y me trató con mucho desprecio, con mucha displicencia. . . pero no te puedo decir nada porque no lo conocí en absoluto.

Pero yo creo que si yo hubiera vivido en Chile, como hay esta cosa del idioma yo hubiera sido un tipo que colecciona dichos populares. Así como ahora me gusta coleccionar y rodearme de objetos primitivos yo habría coleccionado eso, proverbios, cosas de Perogrullo y de Pedro Urdemales. Me gusta mucho urdir en el idioma y en la cultura por eso me gusta ese personaje. Me hubiera interesado muchísimo en las cosas que dice un carpintero, las cosas que dice un peón o un huaso y seguramente hay cosas de ese tipo allí hoy, pero yo no las conozco. Porque es fatal que cuando uno dice un futuro así, es hacia allá que uno va; como una planta que sabe que da claveles, entonces siente que siendo una planta de claveles los otros que también son plantas de claveles deben dar claveles. De manera que eso está en la cosa, está en el



Benjamín Vicuña Mackenna, grabado de Carlos Hermosilla Alvarez.

aire y por eso es casi seguro de que allá debe haber gente que hace eso. Y yo creo que hoy por hoy, como la reacción siempre gana a largo término, no en el presente contingente (por ejemplo durante la revolución francesa en los años del presente los revolucionarios ganaban todo y la contrarrevolución perdía batallas pero veinte años después fué la contrarrevolución la que tomó el poder y desde entonces las cosas no cambian sustancialmente), hay siempre este péndulo, de cosas que se entierran en el momento vivo y que aparecen transformadas y calmadas en la opresión de la contrarrevolución pero que llegan a pasar y se hacen posibles. La contrarrevolución con todos sus defectos, como es inseparable de la revolución, no puede menos que calmar la parte luz de la revolución y la absorbe de ciertas maneras. De manera que hoy mismo, en que hay la contrarrevolución en Chile, que en el fondo se está urdiendo urdemales desde el primer Alessandri, ella ha tomado toda la fuerza pero no puede dejar de contar con lo pasado. Y etcétera, etcétera, etcétera. . .

Yo veo las cosas siempre así como un espacio, como en un recinto. No las veo como las ve el pasajero del ferrocarril que mira para la derecha y para la izquierda y nada más.

*CARRASCO: Te entiendo tu manera de ver y la encuentro además correcta y realista. Yo creo que para ver hay que ubicarse más allá del partidismo de la historia. . .*

*MATTA: De la historia que nos cuentan. . .*

*CARRASCO: Hay que participar del movimiento, ser un protagonista pero sin hacerse ilusiones de construir nada definitivo.*

*El resultado de lo que estás construyendo siempre es otra cosa y esto es tan válido para uno como para otro lado. . . Es síntesis. . .*

*MATTA: Por eso a mí me gusta la palabra agricultura: porque las semillas no se parecen a todo lo que pasa después, antes de que ellas vuelvan de nuevo a ser semillas. Tú tomas una semilla en la tierra y es una pelotita así y comienza a crecer y a crecer, le salen cosas verdes por un lado y le comienzan a salir cosas de todos colores que son flores y después se transforman éstas en una fruta y todo llega a ser un árbol enorme y después esta fruta se cae, se seca y de nuevo vuelve a ser semilla. Lo que pasó entremedio no se parece a la semilla. Las cosas son medio así, ¿sabes?*

*CARRASCO: Perfecto, ninguna objeción. Pero. . ., quisiera volver a la cuestión de tus relaciones con la literatura. Tú me dijiste en un momento de nuestra conversación que a ti no te interesaba en un comienzo la pintura sino la poesía. ¿Qué presencia tiene la poesía en tu trabajo?*

*MATTA: Es que la poesía para mí no es escribir versos.*

*CARRASCO: Exactamente. . .*

*MATTA: La poesía para mí es un tipo que está creciendo y que piensa que su objetivo es crecer. Entonces crece recomblando las palabras del idioma, poniéndolas de otra manera para que le digan cosas que él, sin hacer esto, no ve. El verdadero poeta es un tipo que está siempre reorganizando las cosas, cualquier cosa. . . Por ejemplo, "Padre nuestro que estás en los cielos", "Los cielos que están en el pan nuestro", así, y tú estás siempre cambiando las cosas y si tú las estás poniendo de otra manera eres como un tipo que estuviera afinando su violín.*

*CARRASCO: Me interesa esto: tú no hablas como habla cualquiera, sino de una manera original, con todo el peso que tiene esta última palabra. Tienes una relación personal y nueva no sólo con la lengua, del espacio, del color y de la forma sino también con la lengua del lenguaje. ¿Cómo ves esta relación con la lengua?*

*MATTA: Yo creo que quizás eso es lo que está cambiando. Está cambiando la literatura, es decir, la relación del hombre con este arte. La literatura es un mundo aparte, es decir, es una manera de usar el idioma muchas veces inventando situaciones que casi siempre le achuntan bien, pero que muchas veces no. Por ejemplo toda esa tendencia que hay. . . ciencia ficción, política ficción, no le achunta para nada. Son cosas imposibles. A mi juicio, a partir del surrealismo que quería decir sur-realismo, es decir, mucho más realismo, la dirección está dada. Por ejemplo Breton nunca escribió novelas de ésas que comienzan así: "La marquesa salió a las cinco. . ." que dan lugar a casi todo el cine y a todas estas cosas que son imposibles, pero que, como son fantásticas, divierten; pero divierten en los dos sentidos: divierten y te desvían. La intención en lo que yo pienso es que el arte es para encontrar relaciones sociales, es decir que la política debería ser *el arte* de las relaciones sociales. Hay muchos Pedro Urdemales que son poetas pero que no son literarios.*

CARRASCO: *¿Pero cómo, tú, Pedro Urdemales descubriste tu relación con la lengua? ¿Tú siempre hablaste así como hablas? Por ejemplo, tú muchas veces usas las palabras en un sentido más original que el que tienen habitualmente.*

MATTA: Eso viene de haber perdido el contacto con la lengua. Probablemente el distanciamiento con la lengua produce que las palabras aparezcan de otra manera. Yo veo la lengua y veo siempre las palabras. Por ejemplo cuando estoy leyendo, como tengo que usar tres o cuatro idiomas cuando estoy leyendo veo por ejemplo "four" que es "cuatro" en inglés, pero es "horno" en francés. Entonces estas clases de cosas hacen que tú veas la lengua como una cosa completamente convencional que los pueblos usan para hablar de un "cuatro", no para escribir "four". Entonces hay muchos poetas que les gusta el sonido "cuatro" y "atro" y con el colorido de las palabras pincipian a hacer versos y se olvidan de que con esa palabra se trata del "cuatro" y es ahí donde empieza el desvío. Por eso, con esto me pasa lo mismo que con la pintura, que yo no sé ver en abstracto. La pintura que me interesa es aquella en la cual esa forma rara es el ombligo del rinoceronte y no una forma abstracta. Los que creen en la pintura abstracta como deleite de combinaciones de color y forma pierden la oportunidad de decir. Por ejemplo si tú tienes una forma que se parece al ombligo del rinoceronte y tienes otra forma que se parece a una roca de la Isla Negra tú puedes ponerlas juntas y entonces decir: "La roca de la Isla Negra es el ombligo de un rinoceronte". Entonces te sale una cosa de veras. Si las pones una al lado de la otra no quiere decir nada, pero si las pones juntas es otra cosa. Entonces el proceso es siempre de despertar el idioma, de chutear el idioma, chutear las palabras para que dando bote creen el juego. Si la pelota da un salto y se principia a mover, todos los jugadores van a ir donde está la pelota. Entonces chutear la cosa haces como visitar toda la realidad que el idioma contiene. Yo creo que en Latinoamérica está pasando una cosa a nivel del continente y no sólo al nivel local. El hecho de que en Colombia aparece Zalamea y que después aparece García Márquez y que hay un Guillén en Cuba y un Octavio Paz en México, todas estas cosas son en el fondo la misma. Lo que pasa es que todavía tienen la tendencia a hablar un poco criollamente, cuentan cuentos de tías abuelas muy divertidos y muy bien hechos pero son siempre o cuentos de tía abuelas o presidentes. Tías abuelas o presidentes, presidentes o tías abuelas. Tiranos, tías abuelas y presidentes. De repente puede ser que se pongan a hablar de un tipo jodido en alguna parte que está tratando de salir de toda esta abolenguería, de toda esta especie de arsénico y encaje antiguo. Pero eso está pasando, está pasando, ¿sabes? Pues yo no siento las fronteras sino como un invento de los generales. Son ellos los que dicen que de aquí para allá es el Perú. Para mí no existe esa cosa.

CARRASCO: *Tú me has nombrado varias veces a Michaux. ¿Por qué?*

MATTA: Porque Michaux en la lengua francesa tiene esta misma preocupación que tengo yo. Las cosas que él dice son siempre sobre algo que ocurre o está muy cerca de él. Por ejemplo, él se quebró un brazo y se puso a observar muy minuciosamente qué cosas veía cuando le dolía el brazo, hasta qué punto él no podía caminar o hacer ciertas cosas porque no tenía su brazo. Es decir, la quebradura del brazo fue la ocasión para ver que un enfermo tiene otro mundo. En ese sentido la de él es una poesía que se dirige a alguien. Yo le decía ayer: usted por lo menos tiene una cosa y es que por lo menos puede asegurarse que tendrá lectores en todos los hombres con brazos rotos, cosa que no le ocurre a la mayoría de los pintores. Al menos eso, porque los otros poetas no tienen ni siquiera eso. Es una manera de crearse provincias de lectores. Otra vez se ha ocupado de esta cuestión de las drogas y entonces tiene lectores entre todos los aficionados a las drogas. Porque todos estos hombres tienen otro mundo, otra manera de ver. . . . Hablando de esto, anoche había en la reunión otro que se había roto un brazo y decía la cosa más rara: "apenas me caí yo no tenía dolor pero miraba el paisaje y éste no era el mismo del momento anterior. Y esas cosas son ciertas pero lo que pasa es que la mayor parte de los artistas están hablando de las cosas evidentes y convencionales: "cuánto te quiero", "corazón de rosa". Eluard dijo una cosa muy buena sobre esto, dijo: "el primer tipo que dijo

que una rosa era bella era un gran poeta, pero todos los que lo han dicho después son unos huevones..."

Zalamea es un tipo interesante en América Latina porque se preocupaba de todas las culturas de la tierra. Yo no sé estas cosas muy bien pero me parece que él es uno de los pocos que ha coleccionado poemas y músicas de la Oceanía, de la Indonesia y otras cosas de ese tipo. Gabriela Mistral tenía también un interés por los otros pueblos, de cómo uno es otro y es por ahí la cosa, cómo es ser otra persona. Tú no podrás ser jamás otra persona pero éste es el viaje más formidable que se puede hacer, es ir hasta otra manera de vivir. Y esto también se puede hacer con los animales: Michaux es un tipo que se interesa enormemente en los pájaros, por ejemplo. Hay un artista cubano Camacho, que también se interesa en estas cosas: pintor y poeta en este sentido. Y después hay tipos así, muy latosos (esto no hay que decirlo demasiado, pero en fin...) tipos que escriben estas enormes novelas como Fuentes y otros que yo no las puedo ni siquiera abarcar, y que en el fondo son la cosa burguesa, desmedida, como una hacienda. Son como almacenes. En un almacén desde el punto de vista del almacenero hay toda clase de cosas, pero desde el punto de vista de la persona cualquiera que llega a comprar lo que hay es la mantequilla que él quiere y ha ido a comprar; las otras cosas no le son necesarias. Estos tipos tienen el punto de vista del almacenero: quieren tener todas las cosas. Es una cosa un poco mercantil este asunto. No es que tengan un vocabulario profundo: tienen un vocabulario como un comerciante donde hay de todo para vender. Tienen que haber verdaderas relaciones y no almacenes. Una cosa es la relación y otra cosa es el almacén.

CARRASCO: *¿Y volviendo a Michaux?*

MATTA: Michaux es uno de los pocos poetas francófonos que viaja. Tú tienes que darte cuenta de que yo desde hace cincuenta años que vivo en francés. . .

CARRASCO: *¿Más que en italiano?*

MATTA: Italiano últimamente. El italiano me es muy vecino y el inglés también. He vivido en inglés pero en realidad vivo en francés porque después de todo, el idioma que ya en Chile yo hablaba al lado del español, era el francés. El francés está desde siempre en mi piel. Como te debe haber pasado a ti también, a mí en el colegio nunca me enseñaron la historia de Chile; me enseñaron la historia de Francia. Sabía de Juana de Arco, de toda esa clase de cosas, de las cruzadas, de Ricardo Corazón de León y todo esto. Nadie me hablaba de Caupolicán ni de los aztecas. No hablaban de eso nunca. Yo hice el quinto y sexto en un año, el sexto no lo hice en el colegio, lo estudié en el verano, solo, para pasar el examen y arrancar y era en el sexto que se estudiaba la historia de Chile y la historia de América. De manera que yo me fui antes. . . . La leí pero la leí para pasar el examen durante el verano. De modo que yo rompí mi educación en ese sentido. . . . Hice el quinto y el sexto en el mismo año. Los exámenes del sexto los hice en el Instituto Nacional y los de quinto en el colegio. Y durante el verano hice el bachillerato. De manera que no sé nada: aprendí todas estas cosas como un loro, aprendí a repetir en relación al examinador y no en relación a la materia misma que había que estudiar. Es por eso que yo soy casi analfabeto en una cierta manera. No tengo ninguna educación filosófica porque la filosofía también se estudiaba en sexto año.

CARRASCO: *¿Y los clásicos que aparecen a menudo en tu obra?*

MATTA: Eso me ha llegado más tarde. Y no he leído esas cosas como literatura sino como el trabajo de un hombre, de un tipo que se llamaba por ejemplo Cervantes. Ese tipo vivió estas cosas y te trasdice. Yo las veo así, no las veo como el tipo que se tiene que leer Don Quijote porque tiene que pasar un examen de literatura. En el fondo estoy siempre viendo el tipo, sus dificultades que tenía porque en cierta manera en el libro está entremezclada su biografía. Cervantes fue un tipo que siempre vivió muy jodido, con problemas, con problemas con sus hijas y con sus herencias y sin dinero y la mujer le dejaba una casa y él se tenía que mudar porque le tenían que haber pagado los años de militar que vivió y éso no se lo pagaron nunca. Entonces tenía que ir a hacerle la pata a alguien para que le pagaran y. . . Yo veo a Cervantes siempre en Don Quijote y por eso el tipo se pone muy vivo y se pone increíble porque en el fondo él debe haber sido un caballero viejo en esa época y escribía cosas tan divertidas para la época. . . \*

# LIBROS

*María de la Luz Hurtado, Juan Andrés Piña y Hernán Vidal.*  
**TEATRO DE JUAN RADRIGAN.** Edición de Ceneca & Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura, Minneapolis, 1984, 418 pp.  
por Teresinka Pereira, University of Colorado.

Juan Radrigán (Santiago, 1937) es un dramaturgo chileno que empezó a producir incansablemente teatro desde 1979. Desde entonces, sus once obras ya han sido montadas en toda clase de locales, inclusive en lugares no especialmente dedicados al teatro, como sindicatos, poblaciones, escuelas, etc. Por sus temas, que están definitivamente relacionados con la lucha de la gente del pueblo por su propia supervivencia, es natural que su teatro tenga mejor recepción en el ambiente popular que en los teatros del ambiente burgués.

En 1982 Juan Radrigán recibió el premio del Círculo de Críticos de Chile por su vasta producción dramática. Este año, el Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura de la Universidad de Minnesota publica sus once obras, con estudios sobre ella de María de la Luz Hurtado, Juan Andrés Piña y Hernán Vidal.

Aunque el libro fue impreso en Chile en la Editorial Universitaria, la edición fue preparada y distribuida internacionalmente por el Ceneca. El lanzamiento de Juan Radrigán como dramaturgo toma así más que un camino académico, una apreciación ideológica. Juan Radrigán es tal vez uno de los poquísimos dramaturgos activos en los tablados de Chile, ya que los dramaturgos más conocidos e importantes hasta el golpe de Estado de 1973 viven y producen en el exilio, y muchas de sus obras son montadas no en español sino en inglés, francés, sueco, etc.

El teatro de Juan Radrigán sirve como alimento político, intelectual y literario al pueblo que quedó luchando en su patria e intentando sobrevivir esta época trágica. Es un teatro que continúa una obra cultural empezada por los compañeros de Allende e interrumpida por los militares.

Su lenguaje no sólo es español, sino chileno para que el pueblo lo entienda y se sienta parte de la actuación de la representación de su difícil vida:

*RAFAEL.- . . . No seai porfiá po, Sabina, saca la cuenta: pagamos cinco gambas por las tres cajas de plátanos, dos más por las paltas y tres por los limones; total una luca. ¿Cómo le vamo hacer dos al tiro? Sino tamos na vendiendo oro po. Continás que yo te dije que'l plátano era re poco lo que deja ahora (p.65).*

En el ensayo con que presentan el libro, María de la Luz Hurtado y Juan Andrés Piña explican cuál fue la razón por la que eligieron entre todos los dramaturgos chilenos contemporáneos a Juan Radrigán: porque él desarrolla en el mismo contexto histórico de la dictadura en Chile una línea diferente de la usada anteriormente a su primera obra "Testimonios de las muertes de Sabina" (1979):

*Así, conjuntamente con su carácter de denuncia social implícita en la exhibición de la extensión y variedad de una miseria aislada de la sociedad que parece funcionar por otros cauces, posee la capacidad para recuperar a todos aquellos que están de diferentes maneras marginados de lo social de lo que los rodea, de sí mismos, de lo trascendente, universalizando su problemática" (p.13).*

Aunque la obra de Juan Radrigán sea de muy difícil lectura y entendimiento para un lector extranjero, es importante expresar que vale la pena el esfuerzo de su estudio. Hay una gran innovación en este teatro que, como dice Hernán Vidal en su ensayo "Juan Radrigán: Los límites de la imaginación dialógica", está sobretodo rompiendo con la tradición literaria chilena, forzando al intelectual de la clase educada a tomar contacto con el pueblo, su hermano pobre, obrero, deseducado y marginal. De este contacto saldrá irremediamente la toma de conciencia en favor de los dos: el pueblo educando al burgués y el burgués reconociendo por primera vez la importancia de la opinión del pueblo. \*

*Eduardo Llanos Melussa.* **CONTRADICCIONARIO**, Santiago, Ediciones Tragaluz, 1983, 120 pp.

por Marcelo Coddou, Drew University.

Lo que sucede es que en Chile llevamos bastante tiempo —ya puede contarse un decenio y fracción— buscando la palabra que no se someta a imposiciones, lejos de ese consumirse en dudoso panegírico o en rincón de acomodaticio refugio. Y, en intentos tales, lo que es acidez y crítica necesaria, suele enmascararse en modos que parecen un salirse del juego.

Pero, de repente, surgen voces que quieren reescribir nada menos que el diccionario de nuestros desvíos cotidianos. Un "contradiccionario", entonces. Buscan negar, por ejemplo, la *función establecida* al poeta y proponer, así, lo más osado: un cumplir con lo constitutivo esencial del oficio, "y agregar algún suspiro" a la neblina del pasar de los días. Aproximándose, de tal modo —tocándolo un poquito, aunque sea un poquito—, al "abuelo triste y demasiado lúcido/como para tomarnos en serio" (ése es Borges). Todo para inventarse otra realidad, "confundiendo sueño y poesía". Y quien habla es el que se confiesa "perseguir con ahinco las imágenes más dignas", cuando, en el fondo, sabe muy bien que, por contradictorio, no le queda sino renunciar a cualquier absolución, ya que adolece de la costumbre de quejarse. . . El mismo —sí: el mismo— que quiere hacerse —pretencioso él— digno de su propio lenguaje.

Y claro: hay un lenguaje ajeno hecho suyo, al que imita, viola y corrompe, encontrando una dicción personal. Lo bueno es que se logra a pesar del bombardeo de "veinte mil chácharas internas", siendo él víctima segura de su "yo teatral", como también posible objeto de diagnóstico de críticos pretenciosos.

Recoge en texto suyo a François Villon y traduce: "en mi país estoy en tierra extraña" ("En mon pays suis en terre lointaine"). Y cómo no, si para él —hablante en el texto— aún ciertos muertos están más vivos que él mismo.

La visión que desacraliza —cómo aceptar los falsos mitos— golpea y quiere herir, viene de quien, en el "agua sucia" de la poesía, se busca con afán. Búsqueda en un "escribir describiendo", a contrapelo, entre *tanteos* y *manoteos*, siempre "encadenado a las palabras" —vicio y oficio suyos— en gesto erótico que no es sino otro modo más de lo mismo —bajo la piel de la amada deshojada oye "un canto gregoriano".

La actitud de Cardenal —el poeta grande, tierno y fuerte de ese país doloroso y esperanzado que sí ha descubierto cómo llegar a lo suyo— la actitud de los otros de la misma sangre que deambulan por el mundo sin haber puesto su voluntad al hacerlo (Hahn, Millán, Nómez); la actitud de los que asumen la palabra coloquial y la imagen llana (llana y de expresividad absoluta) es la que este *Contradiccionario* recoge, devolviendo en sonrisa e ironía ("bilis propia que sorbe en la penumbra"), en dolor y final confianza, la plenitud de todo, de lo que "también tiene que estar en la argamasa".

Así, nada de aceptar lo que es de buen tono: "solemnizar las páginas con versos musicales y centelleantes metáforas". Es ella, la amada, la que comprende sus "bajos instintos literarios", la poesía toda, la realidad toda. Ella, porque en ella —con "esa patria plena que es su cuerpo"—, puede el hablante prolongarse. La amada, sí; pero también hay un espacio que se habita, Historia y circunstancia, "ciudades cubiertas de mendigos clamando por un pan bajo la lluvia"; y manifestaciones colectivas de denuncia, y represiones masivas que pretenden el escarmiento. Sorprende la amplitud del registro temático: Dios, el amor, la lectura, la opresión y la solidaridad social. ¡Es que hay tanto que pide reescritura! Y cómo no, si suman muchos los que deben preguntarse "cuál - cuál borracho delirante hizo el mundo". Por eso el trabajo arduo para dignificar —colegas de una misma generación, todos "cohabitantes de la misma caleta"— el oficio, se cumple *afinando* y *afilando* el idioma y entregarlo, así, "al poeta que vendrá/ y que será más grande que nosotros". Con esta apertura al porvenir se cierra el *Contradiccionario*, primer libro —editado— de una voz que ya no podrá dejar de oírse. Su calidad es tal que hasta al más malo de sus lectores no le sucederá lo que en nuestro país tanto se repite y sobre lo que Gómez de la Serna escribiera una de sus greguerías: "La mosca se posa sobre lo escrito, lo lee y se va, como despreciando lo que ha leído. ¡Es el peor crítico literario!" \*

José Donoso. *EL JARDIN DE AL LADO*, Barcelona, Seix Barral, 1981, 264 pp.

por Hernán Castellano-Girón, Wayne State University.

En la narrativa chilena sobre y del exilio se ha explorado extensamente los múltiples problemas/situaciones del desarraigo. Por lo general los textos se centran o gravitan en torno a la difícil supervivencia de los exiliados y a la nunca disminuida nostalgia por la patria. Las más diversas generaciones se han juntado en esta gran caldera: de Edwards a Urbina, de Giaconi a Skármeta, sin excluir al que escribe estas líneas. La novela de Donoso replantea ciertamente esta problemática, pero en ella hay muchos aspectos y angulaciones interesantes que señalar. Donoso se mueve con soltura en el terreno del *revival* y de la fusión de géneros y estilos novelísticos. En este caso, el resultado es el de una especie de *thrilling* editorial en el cual la premisa o pre / texto, es la historia de una novela escrita por un chileno exiliado en España y su consecuente o intrínseco fracaso. Esta situación es explorada en profundidad, desde el punto de vista de la pareja protagonista de Julio Méndez y Gloria Echeverría de Méndez. Sin embargo, Méndez, como escritor chileno fracasado, no llega a ser la encarnación del intelectual exiliado —si es que Donoso quiso retratar al intelectual exiliado *después* de 1973— sino más bien de la propia clase social cuya vida y proyecciones el novelista chileno ha explorado hasta en los más minuciosos vericuetos. Como un delgado micrófono —la conciencia de esa hoja que secciona en el laboratorio estratos muy sutiles de la carne— Donoso ha ido exorcizando, atomizando y recreando los fantasmas de su propia clase social entendida como microcosmos autosuficiente, y construyendo con ello una novelística más que respetable, centrada siempre, de uno u otro modo, en dicho universo.

Debemos decir que el mundo de los exiliados descrito en *El Jardín...* no es un mundo típico. Aunque verdadero, es atípico. Es el mundo de los exiliados “dorados”, los que en Chile tenían jardínero, chófer y un equipo de sirvientas, y que en el exilio “reproducen su circunstancia” como el propio Donoso dice, aunque les falte —en este caso— el privilegio económico. Julio Méndez y Gloria Echeverría, *momios de izquierda*, escritores fracasados ambos pero con ambiciones ilimitadas, viven en estas páginas su fracaso hasta las heces, y las heces significan, para ellos, reconocer ese fracaso en su hipertrofiado, encallecido ego. Después de ese triste período, se *apitutan* y también reciben la herencia de la madre loca —que se obstinaba en creer a Allende todavía en La Moneda, y adjudicarle las humillaciones de los chilenos— cerrando con ésto su historia, su mínima parábola vital. En nuestros largos años de exiliados en Roma conocimos muy bien a ese tipo de personaje, que generalmente medra de su pasado poder político, diplomático, económico/familiar o cultural y que vive la vida saturada del ocioso, el funcionario con rentas brujas de las socialdemocracias europeas, o el burócrata de partido. No había medias tintas en ello: la alternativa al estamento de los chilenos privilegiados era la mendicidad, eufemística o no, y el trabajo en excusados, cocinas y escaleras.

El interés de la novela de Donoso reside en el tratamiento literario de esta crisis, en la forma en que relaciona todo ello con el contexto político de la España de Suárez, y el conflicto generacional entre padres e hijos de exiliados, donde se encuentran observaciones excepcionales, como el personaje de Bijou, hijo de chilenos (pintores, exiliados en París), fauno/*tapette* que es ejemplo de ese desarraigo auténtico. La única raíz de nuestros hijos nacidos y crecidos en el exilio es, precisamente, el desarraigo o las nuevas raíces, que la vieja generación obviamente rechaza visceralmente. Además, esos hijos adolescentes o jóvenes rechazan al fascismo implícito (que es el mismo substrato psicológico organizado bajo signo castrense, sea dicho) de sus padres exiliados y tratan de construirse una alternativa vital que generalmente niega a sus ancestros y que los mayores ven como un insulto ideológico. La de Méndez es una crisis personal, humana, generacional y biológica, más que una crisis política propiamente tal, puesto que ninguno de

ellos —afuera o adentro— parecía superar una dimensión de exquisito *snob*, viviendo en la superficie de las cosas.

Pero su fracaso personal constituye un texto y eso lo sabemos al final. No revelaremos aquí el “misterio”. Donoso construye este laberinto viviente que se escribe, y adjudica respetable distancia a ese hablante, consigo mismo y su grupo del “boom”. La presencia fantomática de Marcelo Chiriboga, escritor inventado como otros inventan un país, refuerza esta distancia puesta por Donoso con el doloroso Méndez, por una parte, como también con el resto de los integrantes del “boom”, criatura en parte suya. Chiriboga, *cisne encuadernado*, es la quintaesencia del éxito y preside ese mundo de complejidades mafiosas y refinadas, cortesanías formalidades. El hablante condena al mundo editorial barcelonés, encarnado por la super-agente Nuria Monclús. El autor, en cambio, pareciera haber estado siempre en buenas relaciones con ellas. El episodio del rechazo de la novela de Méndez nos parece inverosímil: si la obra hubiera sido “pura retórica, imitación de lo que está de moda entre los escritores latinoamericanos de hoy” (p.224) habría sido publicada de prisa y sin problemas, desde Hanover a Caracas, y desde México a Barcelona; habría sido ensalzada y no humillada. El jardín vecino que otorga su nombre es el *prato ameno* donde se realizan —y no se escriben— los actos de la vida, la bella desverguenza del orgasmo, de la musculatura sin colesterol, de la materia sin loges del chulo peludo y afortunado. El paraíso jardínero del cual Méndez nació excluido por la parábola inexorable de los años y del tiempo histórico, aunque sí poseyera otro, el jardín santiaguino ya más que mítico, que para el exiliado va convirtiéndose en el *locus* de la afanosa memoria, más allá de las vidas posibles e imposibles del texto. \*

Manuel Peña. *HISTORIA DE LA LITERATURA INFANTIL CHILENA*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, 135 pp.

por A. Alejandro Bernal, Indiana University.

Esta es la primera investigación que se hace acerca de la literatura infantil chilena. Esta historia abarca la literatura para niños desde sus orígenes hasta el presente.

Después de una breve introducción sobre qué es literatura infantil, su forma e influencias, el autor hace hincapié en la evolución de esta literatura en Chile y en cómo a los niños les atraía de acuerdo a la época y sus inquietudes. De esta manera, como forma metodológica, Manuel Peña clasifica su obra cronológicamente por décadas, enfatizando determinados autores, obras y revistas. Después de esta cronología descriptiva, aparece una sección de anexos que complementa aspectos no profundizados en la anterior cronología. Estos anexos tratan de conceptos e investigaciones, juegos y juguetes, autores famosos, cuentos y estilo. La introducción al libro es vaga por no referirse a autores que han tratado de definir lo que es literatura infantil o que han investigado sobre los orígenes y desarrollo de ésta. Sin embargo, el recuento de autores, dibujantes, cuentos, adivinanzas, tiras cómicas, revistas, folklore infantil, poemas, canciones, juegos y juguetes a través de la historia de Chile es completísimo como panorama. Aquí, aparecen tanto las publicaciones que dan importancia a historias importadas como las que son netamente chilenas.

Entre las revistas se destacan *El Peneca*, *Don Fausto* (aunque es más para jóvenes que para niños), *Okey*, *La Revista de los Niños*, *Campeón*, *El abuelito*, *El Cabrito* (semejante a la revista argentina *Billiken*) y *Mampato*. Entre los cuentos y novelas que Peña menciona, aparecen *El último grumete de la Baquedano* de Francisco Coloane, *Juan, Juanilla y la Abuela* de Alicia Morel, *Cuentos a Pelusa* de Ester Cossani, *Papelucho* de Marcela Paz, “Pocas Pecas” de Ana María Güiraldes aparecido en *El Mercurio*, *Cuentos para adolescentes románticos* de Saúl Schkolnik y otros sobre los cuales el autor hace una pequeña reseña.

Manuel Peña abarca todo lo que se refiere a literatura infantil. Tal vez, el lector que no conozca estas revistas, cuentos y novelas extrañe el argumento de algunas historias. Sin embargo, la explicación de las más importantes es completa en la medida que una antología histórica lo permite. Finalmente, cabe decir que el autor, a través de esta publicación, ha mostrado cuán importante es la literatura para niños y ha incentivado a los escritores, maestros y padres a utilizarla como medio de comunicación generacional. \*

Marjorie Agosin. LAS DESTERRADAS DEL PARAISO, PROTAGONISTAS EN LA NARRATIVA DE MARIA LUISA BOMBAL, Senda Nueva de Ediciones, New York, 1983, por Emma Sepulveda-Nolan, University of California, Davis.

Marjorie Agosin ha demostrado un profundo conocimiento de la obra de María Luisa Bombal a través de sus estudios presentados en conferencias, como en la publicación de diversos trabajos sobre la novelista chilena. Su nuevo libro es una recopilación y ampliación de los excelentes estudios a los que se ha dedicado estos últimos años la profesora Agosin.

En este libro nos ofrece una agresiva e innovadora re-evaluación de toda la obra de la novelista. Se le presenta al lector un minucioso estudio de cada heroína que aparece en las creaciones literarias de la Bombal, enfocado de una manera completamente diferente a las presentadas anteriormente. Las heroínas que se aceptaron siempre por la crítica como seres enajenados, marginados o incapaces de vivir una existencia normal, reviven en este estudio con un profundo deseo de liberación que las ayuda a romper la existencia regida por los cánones masculinos.

La tesis que nos propone la profesora Agosin es muy revolucionaria si la comparamos con la crítica que se ha hecho antes sobre la obra de esta escritora. Para ella no hay condena contra las heroínas escapistas, sino por el contrario, se alaba la admirable capacidad de crear en la imaginación, junto a la posibilidad de vidas alternas, que le dan a la mujer la gran oportunidad: vivir en un mundo de ellas y para ellas.

El primer capítulo presenta un excelente estudio de la protagonista sin nombre de *La última niebla*. Se basa en el modelo propuesto por Campbell para analizar el viaje que emprende la heroína para buscar la ruta de su mejor destino. El supuesto viaje de la novela es a través del ensueño, y por eso todas las dimensiones se dan en un plano totalmente simbólico.

El capítulo siguiente está dedicado a la protagonista de "El árbol" que ejemplifica la mujer pasiva y resignada de la clase burguesa. Se destaca en esta sección la participación del narrador del relato para ayudar a crear la imagen de una mujer "observadora" más que "hacedora". Se hace hincapié en la creación de un dúo narrativo en oposición, en el cual el narrador omnipresente es un cómplice que nos empuja a descubrir la dicotomía que envuelve a la protagonista. El texto nos presenta el esquema padre-esposo-narrador en un frente común contra Brígida. Brígida supera el ataque al iniciar un proceso de crecimiento que está delineado por las tres partes del concierto. La heroína logra un conocimiento de su condición de mujer estereotipada y rompe las barreras que mitifican el papel tradicional de la mujer.

El capítulo siguiente presenta un análisis de la novela *La amortajada*. En éste se destacan los tres niveles que estructuran la obra. El primer nivel, que traza la trama de la novela, representa el mundo exterior de la narración; el ir y venir de los personajes que visitan a la mujer en el ataúd. El segundo nivel, espacio interior de la narración, "refleja la agudización de la conciencia de Ana María". El último nivel pertenece al ámbito sobrenatural y ejemplifica el descenso de la protagonista al mundo de los muertos. La novela en su totalidad intenta explicar dos movimientos convergentes y divergentes; limitación y expansión. La vida está simbolizada por la limitación y la muerte con la expansión. Se destaca en este capítulo la religiosidad de la protagonista, Ana María, que había sido ignorada por la crítica que se ha dedicado a *La amortajada*. El capítulo cuarto nos ofrece una interpretación muy diferente de las que se han dado anteriormente sobre el cuento "Las islas nuevas". Agosin basa su estudio temático-estilístico en las definiciones propuestas por Tzvetan Todorov sobre la literatura fantástica. Siguiendo estas pautas se elabora un interesante esquema del cuento en el cual el motivo estructurador de la caza, invierte la tensión interna y, vemos frente a nosotros Yolanda - la mujer pájaro, y Juan Manuel - el hombre cazador, convertidos en: cazadora (Yolanda) y cazado (Juan Manuel).

En las siguientes páginas se analiza "La historia de María Griselda", como un intento de María Luisa Bombal de crear un cuento de

hadas a la inversa. Esta inversión llega a ser para el lector un documento más de ejemplificación de la constante en las heroínas de su obra: enajenación y soledad. María Griselda, la protagonista, termina dejándonos un sabor muy diferente al que nos dejaron los cuentos de hadas tradicionales. Aquí se cambia la acostumbrada frase, "y vivieron para siempre felices", con un firme convencimiento de que la mujer es una "exiliada perpetua"; "una desterrada del paraíso original", y no tiene la mínima posibilidad de llegar a un final que se acerque al del cuento de hadas.

Las últimas páginas del libro de la profesora Agosin están dedicadas a esclarecer muchas incógnitas que envuelven a la Bombal.

Reaparece la pregunta que nos hemos hecho tantas veces en Chile como en el extranjero: ¿Por qué dejó de escribir María Luisa Bombal en la cúspide de su carrera? Marjorie Agosin le da por primera vez una respuesta que nos deja conformes. El libro de la profesora Agosin no sólo contesta la mayoría de nuestras interrogantes, sino que despierta un gran interés en volver a leer la obra de la escritora chilena; reevaluarla, y quizás de este modo, darle a la Bombal lo que es de la Bombal. Dicho de otro modo, darle a la gran escritora chilena lo que tanto mereció y nunca recibió. \*

Poli Délano, PIANO-BAR DE SOLITARIOS, México, Editorial Katún, 1983, 126 pp.

por Fernando Alegría, Stanford University.

Hábil explorador de microcosmos a través de los cuales siempre sabe proyectar una imagen de la enormidad de nuestra alienación en el mundo actual, Poli Délano embarca en su última novela a una pequeña humanidad a navegar por las mismas aguas tumultuosas de la *Stultifera Navis* medioeval. Que la barca de los locos o de los necios sea en este caso un piano-bar, no demuestra sino su certera puntería para escoger sus imágenes. Me atrevo a decir —y lo digo a sabiendas de que Délano es, en la jerga aérea, un "millonario del aire", piloto de experiencia literaria internacional— que *Piano-bar de solitarios* es, hasta la fecha, su mejor novela. Veamos por qué. Desde luego, el maestro cuentista que Poli es, ha sabido estructurar un manojito de historias en torno a una idea básica que les da la nítida consistencia de una novela. Esto mismo lo había intentado con bastante éxito en *En este lugar sagrado*, cuyo eje central es, como se recordará, un excusado en el que un hombre encerrado bajo llave vive los angustiosos días del golpe de 1973, al mismo tiempo que le pasa revista a su vida íntima. Pero, en esa novela un elemento fundamental de tal modo de narrar, le juega algunas sorpresas desconcertantes: el tiempo. Diríase que se le va entre varios acontecimientos de igual peso e importancia, mas de diversa orientación. Ahora lo maneja con gran sabiduría y le da la unidad precisa para que las anécdotas se transformen en actos esenciales de un Yo colectivo, piezas con que el narrador va armando eso que Huxley llamaba "contrapunto", en términos musicales, para indicar una organización de temas que jamás pierden conexión con su idea inicial.

Alrededor de un bar, es decir, amarrados todos a un mismo destino, un número de "naufragos de la vida", como diría un cronista policial, responden a la partitura infinita de un pequeño gran ser, Javier, pianista excelso, centro del universo. Habla Javier en letras cursivas, como debe ser. Sus notas, tocadas o cantadas, dan o quitan vida a los mortales que se pasan de mano en mano el micrófono para representar su papel de *espontáneos*. La verdad es que Javier sabe qué van a decir y por qué lo dicen. Despechados, desilusionados, agresivos, desesperados, resignados, los inmortales del círculo se escuchan, muéstranse compasión, se odian, pelean, se matan o se aman para descubrir que después del sufrimiento siempre habrá una pena más para renovar las esperanzas y seguir viviendo.

Délano hace hablar y actuar a este círculo de alienados de la gran ciudad en el siglo que ya empieza a dejarse tapar por la resaca convertida en ruina universal. Nada de sentimentalismo en las historias, mucho de crudeza y de humor brutal. Se da la unidad de Forma, como la quería Wombrowitz, en el estilo de la acción y del lenguaje. Estas gentes de Poli Délano hablan como dicen que hablan los que, parados en el dintel de una ventana de rascacielo,

se aprestan a saltar. Nada de bromas, ni tampoco de actos heroicos: el heroísmo y la cobardía se penetran y se abrazan en un sólo desenlace que cada uno entiende y explica a su manera. Me parece extraño que Déllano, a novela de tantas proyecciones, le haya dado una brevedad tan contundente. Pienso que se debe al modo como la concibió: es un solo monólogo inspirado, un do de pecho sostenido a través de altos, bajos y gallos, una línea como la quería R.L. Stevenson para sus relatos, directa, veloz e irremediable.

Otra cosa. Déllano nos da un discurso hablado en que se confunden los modismos chilenos con los mexicanos y argentinos y hasta norteamericanos. Cosa natural y, a mi juicio, admirable. Sin embargo, a veces el narrador se siente obligado a ofrecer equivalencias entre paréntesis —“sí, de hecho se me ha subido la cerveza al coco (mate, sería en chileno)” —; “pinche mundo (iba a decir ‘mundo huevón’, pero ‘pinche’ va mejor aquí)”. ¿Para qué? ¡Qué bien estaría todo esto mezclado y refregado! Así habla la humanidad alrededor del piano y lo que se entiende, se queda; y no será precisamente las palabras sino la carga que ellas llevan. Lo demás se descarga en el camino.

¿Qué vendrá después de este fascinante *Piano-bar*? Es difícil predecirlo. Poli Déllano es el más activo escritor de su generación y, por consiguiente, el más popular. Escribe y publica como rayo y, como rayo, a veces le pega a la punta del Empire State y, otras veces, revienta en el aire o en desplazado. No obstante, siempre arma la gran bulla, gana premios por docenas y lectores por miles. Una cosa es, para mí, indudable: *Piano-bar de solitarios* lo consagra muy por encima de las fronteras de su generación. \*

**Silverio Muñoz. JOSE MARIA ARGUEDAS Y EL MITO DE LA SALVACION POR LA CULTURA**, Minneapolis, Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura, 1980, 152 pp.

por Francisco A. Lomelí, University of California, Santa Barbara.

En la presente exposición crítica sobre la obra del consagrado escritor peruano José María Arguedas, nos topamos con un clarividente intento por examinar su narrativa con una óptica ideológica. Lo más seguro hasta ahora ha sido tratarlo como exponente de la novelística indigenista, mas pocas veces se cuestiona el núcleo de ideas que motivan al autor a crear sus fábulas y sus personajes. Pese a la abundante crítica que existe sobre la literatura indigenista, el estudioso de este libro nos hace entender que la perspectiva que se suele tomar por lo general evita tocar los puntos centrales de la realidad social de donde ha nacido la obra literaria. Parte de su tesis, entonces, es proponer un análisis que le permitirá “comprender” y “explicar” la obra narrativa de Arguedas, según la acepción que Lucien Goldmann confiere a esos términos. El científico proceder de Muñoz adentra en un sinnúmero de delicados asuntos con el fin de desmistificar parte de la crítica en torno al escritor peruano. Si por un lado entabló una forma de acercarse al autor indigenista, por otro lado delata algo aún más grave: que parte de la crítica no ha sabido subsanar las discrepancias entre texto y contexto en cuanto a la visión de lo indígena que se forja. Dicho juicio hace pensar que mucha de la crítica hispanoamericana opta por la fabricación fantaseosa en vez de enfocar en lo substancial que realmente importa, o sea, en una aplicación concreta para comprender lo real o lo que aparenta serlo. Así es que el presente estudio de Muñoz sacude la arraigada comodidad de la crítica que ha creído tener una especie de monopolio en lo que significa una tradición literaria indigenista.

Al estructurar su punto de partida en el autor mismo, se establecen a lo largo del análisis partes claves del meollo narrativo que compone la obra de Arguedas, haciendo hincapié en un “monstruoso contradictorio” del mismo que conduce a revelarse mediante las contradicciones. El acercamiento que se desarrolla va más allá de ser simplemente revisionista porque a Muñoz le interesa, sobre todo, enfocar en la mentalidad que opera detrás del narrador y su conciencia. Claro, aquí se le puede acusar al crítico de confundir la biografía del autor empírico con el narrador ficticio de la obra, un hecho que en sí resulta difícil de comprobar en el estudio de la literatura. No obstante, insiste en el trasfondo mental e ideológico que tiene su función en motivar la creación de la obra, a la vez que se propaga una manera de ver el mundo. Seamos claros: no se propone dar una interpretación psico-analítica del autor. Más bien,

constata hechos y valores que se encuentran en las obras para señalar al “autor-pensador”, o sea, al ideólogo que da voz a sus narradores y relativa verosimilitud a los personajes y las situaciones en que se hallan. Lo demás puede tomarse como circunstancial conforme a la naturaleza de la fábula. Con respecto a Arguedas, afirma: “Reconocer que la obra de Arguedas gira, con una persistencia obsesiva, en torno al poblador andino, no equivale a admitir que, dada esa homogeneidad temática, exhiba su obra una subyacencia ideológica igualmente homogénea” (p.31). Debido a que reconoce una variación en su trayectoria, Muñoz demuestra cómo el escritor peruano cambia radicalmente empezando con su primer libro, *Agua* (1935), obra que confirma un contacto entrañable con Mariátegui, y *Yawar fiesta* (1958) que culmina su propia transformación en busca del mito de la salvación por la cultura. Lo que se desprende es una lamentable contradicción en términos de la funcionalidad que puede tener su literatura, ya que desde las primeras señas de una reivindicación progresista cambia en su última etapa a refugiarse en una visión culturalista. El crítico señala en su conclusión: “cae en contrasentidos tan peligrosos como el de defender el folklor local. Peligroso, puesto que nunca la conciencia de clase va a organizarse en torno a factores o elementos de esa naturaleza, ya que mantener un folklor local es lisa y llanamente ir en contra de la conciencia de clase” (p.145). Las contradicciones, o contrasentidos, de Arguedas, para Muñoz, toman una forma de traicionar su temprana preocupación por captar lo indígena con el fin de proyectarlo como realidad social capaz de ser comprendida. Esa presencia indígena aparentemente asume una cualidad de falsedad en su última etapa como escritor, demostrando una actitud de conformista que en sí niega sus extensas investigaciones antropológicas, cayendo así en lo fetichista por su indigenismo idealizado. Implícito está, según Muñoz, que el autor ahora expresa en su literatura los valores subyacentes de la clase dominadora, debido en gran parte al hecho de que su posición social es segura, lo cual lo mueve a mirar hacia el pasado —aunque sea sin óptica de nostalgia— mediante la promulgación de la cultura como solución a problemas de índole socio-económica. Arguedas, entonces, ha caído en la trampa de la “deformación antropológica” para la conveniencia de su propia clase social, algo que Muñoz considera simplemente ofusca el verdadero sentido de llegar a entender las infraestructuras de Hispanoamérica de acuerdo a su raigambre de problemas sociales que toman carácter de ser institucionalizados. El crítico chileno recoge interpretaciones de varias fuentes, las compara, las yuxtapone y logra elucidar en los textos de Arguedas una perspectiva original dentro de una crítica socio-histórica. Su análisis detallista de *Yawar fiesta* resulta ser una labor admirable en cuanto combina el ojo perspicaz con un equilibrado sentido histórico e ideológico. Es decir, trata con elementos obvios de la trama, la caracterización y su impacto temático, pero los compagina para extraer de ellos una idea refrescante de la lectura del texto con el fin de entender su estructura interna y su depósito donde operan las ideas. Todo argumento está en función de desmentir las flagrantes mistificaciones que suelen hacerse con respecto al indígena y así entabló su tesis de que la crítica necesita ir en contra de los mitos fabricados, especialmente el mito de la salvación por la cultura que, según Muñoz, no conduce a pensar en un posible cambio social, sino en cómo rigen ciertos elementos costumbristas. El resultado de esto es que se proyecta a una sociedad indígena como estampa exótica para el bien de una sociedad mayoritaria que no permite, ni le interesa, su verdadera integración. Lo que surge debajo de esta lógica es una visión colonialista de la sociedad hispanoamericana, algo que Muñoz aboga por cambiar empezando en el campo de la crítica. Finalmente y sólo de paso, vale mencionar que la edición de este libro está plagada de un sinnúmero de errores tipográficos, algo que va más allá del autor mismo. No obstante, estos descuidos en la impresión no le quitan el valor a la obra, ya que Silverio Muñoz ha conseguido su fin: reiniciar una dialéctica sobre las obras de Arguedas, sobre Arguedas mismo, y tal vez más importante, sobre la literatura indigenista. Su enfoque, su argumentación y sus atrevidas opiniones contribuyen a darle al estudio una composición de franqueza crítica y estamos seguros que ayudará a estimular el interés en sus planteamientos. \*

# LITERATURA CHILENA

CREACION Y CRITICA

APARECE 4 VECES AL AÑO  
DESDE ENERO DE 1981

INVIERNO Enero / Marzo  
PRIMAVERA Abril / Junio  
VERANO Julio / Septiembre  
OTOÑO Octubre / Diciembre

## SUBSCRIPCIONES:

### INVIDIDUALES:

1 AÑO \$ 16.-  
2 AÑOS \$ 28.-  
3 AÑOS \$ 40.-

### INSTITUCIONES:

1 AÑO \$ 22.-  
2 AÑOS \$ 40.-  
3 AÑOS \$ 58.-

P.O.Box 3013  
Hollywood, Ca. 90078  
U.S.A.

# LITERATURA CHILENA en el EXILIO

COLECCION COMPLETA  
PUBLICADA DESDE  
SU INICIACION HASTA SU TERMINO

14 NUMEROS EN TOTAL  
3.1/2 AÑOS  
Desde ENERO de 1977  
hasta ABRIL de 1980

## COLECCION COMPLETA

Personal \$ 44.-  
Instituciones \$ 60.-

Solicítela a nuestra dirección postal

P.O.BOX 3013  
HOLLYWOOD, CALIFORNIA 90078, USA.

## TRADICION Y MARGINALIDAD EN LA LITERATURA CHILENA DEL SIGLO XX.

Anejos No. 1 de  
LITERATURA CHILENA, creación y crítica.

Editado por Lucía Guerra-Cunningham  
y Juan Villegas.

Trabajos de: Juan Armando Epple / Naín Nomez  
Jaime Quezada / Poli Délano / David Valjalo  
Juan Gabriel Araya / Hernán Lavín Cerda  
René Jara / Jorge Hernandez-Martín /  
Ivonne Gordon / Peter Roster / Fernando Alegría.

Selección de los trabajos del Simposio  
de Literatura Chilena Contemporánea  
realizado en la Universidad de California, Irvine,  
del 18 al 23 de Octubre de 1982.

Valor \$ 5. Solicítelo a nuestro  
P.O.Box 3013 / Hollywood, Ca. 90078

# ARAUCARIA DE CHILE

Dirigida por  
VOLODIA TEITELBOIM  
Secretario de Redacción  
CARLOS ORELLANA

La Correspondencia, pedidos,  
envío de valores dirigidos a nombre de  
Revista Araucaria  
Apartado 5056, Madrid 5, España.

Valor de subscripción:

Un año.....\$ 24.00  
Dos años....\$ 45.00  
Tres años...\$ 65.00

En los EE.UU.

Araucaria de Chile  
P.O.Box 497, Cathedral Station,  
New York, N.Y. 10025

## CARTA DEL EDITOR

Nuestro número anterior (N\*27) estuvo dedicado íntegramente al cine chileno actual. Por primera vez aumentamos las páginas de la revista de 40 a 52, ya que el material así lo exigió. Numerosas son las cartas recibidas en relación con este ejemplar. Los elogios deben ser compartidos con Zuzana M. Pick de la Universidad de Ottawa, efectiva e incansable colaboradora de esa edición. Al mismo tiempo son muchos los lectores que nos han insinuado dedicar números especiales a los diversos géneros literarios. En forma inmediata los miembros del Consejo Editorial tienen la palabra al respecto, como también nuestros lectores.

La presente entrega se inicia con un valioso trabajo de Pedro Bravo-Elizondo, catedrático en Wichita, Kansas, sobre *Tarapacá novela olvidada de la era del salitre*. Este trabajo no sólo actualiza dicha era, sino que también nos refresca la memoria al analizar las condiciones de trabajo de los obreros en la pampa salitrera y su relación con el estado financiero del país. No resistimos la tentación de citar algunos antecedentes de la época: Impuestos en entradas ordinarias de la nación 45.331 libras esterlinas (1890) / 7 libras en 1894. Después de esa fecha se dejó de aplicar. Impuesto sobre la tierra 115.555 libras esterlinas (1890) / dos libras en 1902. En el polo opuesto, el jornal del obrero era pagado en *fichas* y los justos reclamos y huelgas fueron respondidos con masacres. Sobre la literatura nortina hay que mencionar los trabajos de investigación de Mario Bahamonde en Antofagasta.

Veintidos páginas del N\*24 se dedicaron a nuestro compañero Guillermo Araya, con motivo de su fallecimiento en su exilio en Holanda. El número siguiente (N\*25) correspondiente a septiembre fue dedicado a Allende y Neruda. Luego, con la colaboración de Naín Nomez, en el N\*26, también dedicamos veintidos páginas a la poesía chilena nueva que se escribe dentro del país. Cuaderno N\*5, es la separata que se ha hecho con el contenido de los poemas de este número. Seguimos adelante y el N\*27 fue dedicado al cine chileno actual, como ya dijimos. Todo esto nos impidió incluir hasta ahora el valioso trabajo de Carlos Droguett, sobre Guillermo; más valioso aún si se considera que el novelista, como él mismo dice, *jamás* conoció a Guillermo en persona. El hecho que su hijo, el médico Marcelo Droguett, estuviese detenido en la cárcel de la isla Teja (Valdivia), junto a Araya, da los antecedentes directos para que escriba sobre la represión, y particularmente en el ámbito de la Universidad Austral de esa ciudad del sur.

En poesía, esta vez incluimos nueve poemas del poeta español José María Naharro, catedrático de la Universidad de Pennsylvania, como también trabajos de Mario Ferrero, Carlos Bolton y Antonio Campaña, los tres radicados en el país. Ferrero aparte de su valiosa labor poética es un fecundo ensayista; Bolton es pintor y arquitecto y Campaña lo mismo que Ferrero también cultiva el ensayo, con preferencia en poesía. La muestra poética de estos tres chilenos en su diversidad señala hitos que desgraciadamente no han sido valorados por la crítica oficial, cultivada a nivel de 'compadre' en los incalificables suplementos dominicales de los diarios.

En narrativa, de Ana Vásquez exiliada en Francia entregamos *Pequeñas revoluciones sin importancia* y de Rodrigo Quijada exiliado en México *Coyunturas*. Ambos desde diversos ángulos toman el exilio, abandonando los temas comunes para dar una visión completamente diferente del tema. Pedro Meléndez de la Universidad de Colorado nos entrega una breve narración sumamente original.

Del profesor Carlos Lozano, fundador del Departamento de Lenguas Extranjeras de Bakersfield State College y actualmente profesor Emeritus en dicha casa de estudios, hace un recuerdo de nuestro Manuel Rojas en su paso por EE.UU.

Por nuestra parte damos la bibliografía completa de los volúmenes de Luis Merino Reyes, y por las dificultades de la distancia sólo agregamos algunas referencias críticas. Merino Reyes es poseedor de una de las más depuradas prosas en la narrativa chilena. Esta nueva sección de la revista, la bibliografía, fue iniciada con el trabajo de Juan Armando Epple, sobre Guillermo Araya y continuada por Patricia Rubio de Lértora con los trabajos literarios publicados en el diario *La Nación* durante el período de la Unidad Popular. En el próximo número se continuará con el aporte de Marcelo Coddou sobre el poeta Gonzalo Rojas; esta vez sí, con las referencias críticas completas. En el género de entrevistas, se continúa con la interesante serie de Eduardo Carrasco con Roberto Matta. Esta es la cuarta de ellas, quedando aún pendiente la quinta y última.

Reseña de Libros en esta ocasión consta de siete trabajos. En poesía Marcelo Coddou trata sobre el libro de Eduardo Llanos *Contradictionario*; en teatro, Teresinka Pereira sobre el volumen de Juan Radrigán; en narrativa Hernán Castellano-Girón analiza la novela de José Donoso *El jardín de al lado*; Emma Sepúlveda-Nolan, el libro de Marjorie Agosín sobre María Luisa Bombal; Fernando Alegría se refiere a *Piano-Bar de solitarios*, última novela de Poli Délano, quien recientemente ha regresado al país; el profesor y ensayista Francisco A. Lomelí estudia el volumen de Silverio Muñoz sobre el peruano José María Arguedas y Alejandro A. Bernal el libro de Manuel Peña sobre literatura infantil, edición reciente de la editorial Andrés Bello.

Recomendamos a nuestros colaboradores preocuparse de la insinuación referente a volúmenes especiales que hemos propuesto en estas líneas.

NOTAS: Informamos nuevamente que el Zip Code de nuestra dirección postal ha sido cambiado por el servicio de correos. La antigua dirección era P.O.Box 3013, Hollywood, CA. 90028 / La nueva dirección es P.O.Box 3013, Hollywood, CA. 90078. El cambio es solamente en código de correos. El Post Office Box ( Apartado o Casilla de correos ) continúa siendo el mismo.

También manifestamos una vez más que el único financiamiento de la revista es la ayuda que se recibe de sus subscriptores. Nuestra publicación No recibe ayuda de Fundaciones, Organizaciones Gubernamentales ni Partidos Políticos. Por lo tanto solicitamos a nuestros subscriptores remitir oportunamente el valor que se indica. De otra manera, en vista de los problemas que afrontamos, nos veremos en la triste obligación de suspender el envío de la revista. La verdad es que unos ejemplares más o menos no afecta mayormente, pero el gasto inútil de correo sí perjudica el normal funcionamiento de la publicación.

# LITERATURA CHILENA

## creación y crítica



*Vicente Huidobro, grabado de Carlos Hermosilla Alvarez.*

*No se trata de hacer belleza, se trata de hacer hombre. Yo no creo en la belleza. Las obras de arte de todos los tiempos son, para mí, simples documentos humanos. Jamás he abierto un libro o he ido a los museos en busca de la belleza, sino para saber cómo se han expresado los hombres en las diferentes épocas de la historia.*

*Vicente Huidobro.*